

PORFIRIO DIAZ

ANTE SUS

CONTEMPORANEOS.

POR

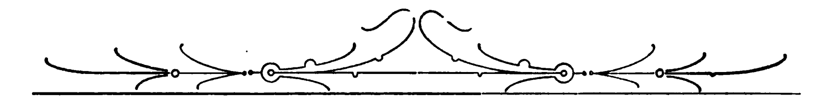
ENRIQUE OROZCO.



PUEBLA.

TIP. ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DEL ESTADO.

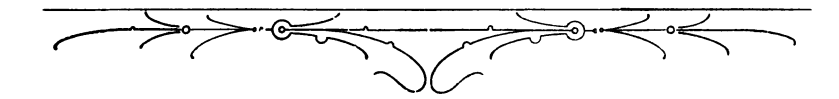
1908.



OBRA DEDICADA

AL SEÑOR GENERAL

DON MUCIO MARTINEZ.



* *

Al lector.

LAS diversas apreciaciones de los escritores que se han ocupado en narrar los grandiosos episodios de la guerra de Reforma, la exageración que consciente ó inconscientemente hay en multitud de hechos atribuidos á determinados personajes de los que intervinieron en esa epopeya, así como la omisión de muchedumbre de pormenores que caracterizan á otros y explican la causa de su grandeza como figuras políticas ó guerreras, ha sido causa de no pocos errores en la historia de nuestro país, y de ahí que esos libros, por muy recomendables que sean, dejan cierto vacío y alguna ansiedad en los lectores reflexivos; porque comparando éstos lo que aquellos libros dicen con la tradición y muchas veces con el recuerdo de lo que ellos mismos vieron, hallan que falta exactitud en la historia, bien que abunden en bellezas de otro género.

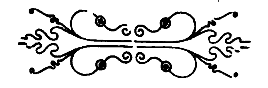
Hace pues falta una narración que abarque con sencillez de estilo y verdad incontrovertible, todos los hechos dignos de tenerse en cuenta para la historia de la República; ya porque ellos caracterizan las tendencias civilizadoras de aquella formidable revolución; ya porque con sus detalles anecdóticos, la manera especial de ser de

aquella generación que está por extinguirse y de la cual la juventud contemporánea, acaso no se ha formado el concepto exacto de lo que valió, harán su lectura útil y agradable á la vez; así como también pondrán de manifiesto que en la evolución actual de México no podrán producirse hombres de las condiciones de aquellos, ó que, de producirse, serían más perjudiciales que benéficos; puesto que muchas veces la exhuberancia de la vida y el no hallar foco á dónde hacer converger las pasiones y actividades guerreras, conducen al crimen ó al enervamiento.

Estas consideraciones nos han obligado á tomar como tipo de aquella generación á uno de los hombres más populares, no sólo en el país, sino en la América entera: el esclarecido General de División Porfirio Díaz.

Por otra parte, nos ha guiado en esta elección, la certibumbre de que nada de cuanto digamos podrá ser desmentido; pues viven aún testigos presenciales de la mayor parte de los hechos, á quienes fácil les sería destruir con una plumada el error en que llegáramos á incurrir.

Siendo verdad lo que asentamos, creemos que el presente libro servirá de mucho para el historiador futuro que, con toda imparcialidad, cordine las causas del creciente desarrollo de nuestra Patria.



I.

El bautizo de Sangre.

Ardía en todo su vigor la llama de la revolución fratricida que en la historia patria se conoce con el nombre de "Guerra de tres años." El partido reaccionario enfurecido á causa de las leyes de desamortización de los bienes del clero y la promulgación de la Carta Magna de la República, el 5 de Febrero de 1857, se propuso ensangrentar el país con la esperanza de terminar con el partido liberal, y al grito de "Religión y fueros," lanzó sus huestes por todos los ámbitos de la Nación. En el Estado de Oaxaca la tea revolucionaria flameaba con más fátidicos destellos, quizá porque en él fungía como Gobernador el Benemérito D. Benito Juárez quien había hecho que se organizara en pie de guerra la "Guardia Nacional," hermosa institución á que se confió la defensa de los derechos del pueblo mexicano.

El 13 de Agosto de 1857, un batallón de Guardia Nacional de Oaxaca, compuesto de la segunda compañía de Granaderos, y un piquete de la de Ejutla, llegaba á la una de la tarde al pueblo de la jurisdicción de Ometepec. la fuerza iba mandada por el Teniente Coronel B. J. M. Velasco y el Mayor Montiel, que se agregó con 100 zapadores, y tenía por objeto reunirse con el Teniente Coronel Bustos, á quien D. Juan Alvarez mandó del Estado de Guerrero, para que, en combinación, pudiera combatir á los reaccionarios al mando del Coronel Salado, quien, en el mes de Julio, se había pronunciado en Jamiltepec, Al llegar á Ixcapa, después de un ligero descanso, se dispuso la marcha, cuando el Alcalde del pueblo manifestó al Jefe de la fuerza que los reaccionarios ha-

biendo sabido la dirección que traía ésta y el punto á que se encaminaba, se había emboscado á cierta distantancia del pueblo en el camino de Cuajuinicuilapan, con el fin de sorprenderla y destruirla. Entonces el Coronel mandó hacer alto y acompañado del Alcalde y algunos sargentos, fué á cerciorarse de la noticia que se le había dado. Al llegar á las cumbres de unas lomas pudo ver efectivamente, que el enemigo en número muy superior á la fuerza que él llevaba, obstruía el paso del camino que tenía que seguir. Comprendió que era imposible continuar la marcha por ese lado y regresó á donde estaba su columna, dando orden de contra marcha y manifestando con imperdonable imprudencia y en voz alta, de modo que mucha parte de la tropa pudo oírlo, que el enemigo era muy superior á su fuerza y que combatir con él era exponerse á una derrota segura.

Como sucede en tales casos, la tropa perdió hasta cierto punto la moral, pero entre aquellos heroicos hijos del pueblo, que habían dejado sus hogares, llenos de fe en el triunfo de la libertad, había oficiales que, aunque no aguerridos todavía, sí eran pundonorosos, valientes hasta la temeridad, y deseosos de cubrirse de gloria; por eso el joven Capitán de la Compañía de Granaderos, al oír la opinión del Coronel tan imprudentemente expresada, le dijo con respetuosa energía: que sus soldados estaban dispuestos al combate y tenía fe en el triunfo; que una retirada casi frente al enemigo daría resultados fatales para la causa que defendían. Mas en los momentos en que se entablaba una seria discusión entre el Capitán y el Coronel, puso fin á ella, la aparición de los fuerzas enemigas que descendian de la loma dejando la emboscada á consecuencia de los tiros que habían hecho algunos de los que acompañaron al Coronel en su exploración.

Luego que el joven Capitán de Granaderos, vió la columna, sin esperar órdenes, mandó calar bayonetas, arengó, con bélico entusiasmo á sus soldados y al grito de "Viva la Libertad, mueran los mochos," se arrojo á pa-

so veloz sobre el enemigo que tenía al frente, seguido de sus bravos compañeros.

Siguió su ejemplo el denodado Teniente J. María Ramírez con su compañía de Ejutla compuesta de 40 hombres, quedando el resto de la fuerza con los jefes superiores en espectativa de aquel arrojo que juzgaban descabellado por la superioridad numérica del enemigo, como por la posesión que ocupaba. Pero no sólo ésto era lo que estaba en contra del movimiento iniciado por los dos jóvenes guerreros, sino que el enemigo había destacado una columna ocultamente por dentro del pueblo, que debía obrar en combinación con la que descendía de la loma y sorprender atacando por el flanco á la tropa liberal; y así lo hizo efectivamente.

Al atravesar las primeras calles del pueblo, la Compañía de Granaderos que llevaba á la cabeza á su intrépido Jefe, fué sorprendida por una lluvia de balas, lo que hizo que por un momento vacilara en el ataque; pero la pericia y arrojo de los dos capitanes la hizo dar un rápido movimiento de frente y se lanzaron con denuedo á la bayoneta contra los que los habían sorprendido. El hecho fué rudo, instantáneo y decisivo, como lo son casi siempre los encuentros al arma blanca.

Con una furia espantosa arremetieron los reaccionarios sobre las fuerzas oaxaqueñas y luchando cuerpo á cuerpo, sucumbió el oficial reaccionario que había hendido el cráneo al sargento de la guardia; pero éste tuvo tiempo aún de disparar su fusil á quemarropa dejando muerto á su contrario.

En la primera descarga que hicieron los reaccionarios sobre la compañía de Granaderos, cuando á paso veloz cruzaba la bocacalle del pueblo con dirección á la loma, una bala atravezó al joven capitán que tan heroicamente la había conducido al combate, haciéndole caer al suelo inundado de sangre.

Aquella sangre era la primera que derramaba en aras de la libertad y en defensa de la democracia y ella fué

su nobilísimo bautizo de sangre en los campos de batalla. Aquel joven intrépido que no tan presto calló cuando se levantó para seguir combatiendo á pesar del reguero de sangre que á borbotones manaba de su cuerpo, hoy llena de América con su nombre que es pronunciado con admiración y respeto por las naciones cultas y con veneración por los mexicanos; aquel joven capitán era PORFIRIO DIAZ.

El Teniente Ramírez, ilustró también su nombre y llegó á ser después Gobernador de Chiapas.

Derrotada la columna reaccionaria que mandaba el Teniente Coronel Gazca, huyó en dispersión, y fué á reunirse al grueso de las fuerzas de Salado, que descendía de la colina en número de 700 hombres.

El Capitán Díaz y el Teniente Ramírez, no obstante la terrible herida del primero, avanzaron con ardorozo ímpetu sobre el enemigo y se empeñaran en un desigual combate, cuyo triunfo en favor de las armas republicanas, vino á decidir la llegada del resto de guardias nacionales que habían quedado como respetadoras del primer combate, pues al ver que el enemigo volvía la espalda se discipó el pánico, que al principio se apoderó del Teniente Coronel Velasco, y mandó avanzar su columna, dando una carga oportuna que puso en completa derrota al jefe reaccionario. La persecución fué tenaz; pero á la mitad de la colina, el Capitán Porfirio Díaz ya no podía avanzar por la mucha sangre que había perdido y lo doloroso de la herida que interesó músculos importantes del torax, al penetrar la bala por la última costilla izquierda, cruzando hasta la fosa iliaca derecha por lo que mandó hacer alto á su compañía, retirándose poco después al pueblo. Como en esas luchas terribles que á diario se empeñaban, entre los liberales y reaccionarios, las guerrillas y guardias nacionales, no tenían servicio de ambulancia, ni médicos; los pobres heridos se curaban como podían. Ya en el pueblo, el Capitán Díaz por instigaciones del cura del lugar que había sido maestro del

herido, se puso en manos de un indio curandero, quien, como era natural, no hizo más que agravar las condiciones peligrosas de la herida, tratándola con el sistema de *rechinos* (hilas con ungüento), lo que desarrolló una supuración peligrosa. Pocos días después fueron transladados los heridos á Cacahuatepec y el Capitán Díaz tuvo la mala suerte de que los conductores de la camilla, soltaron ésta, ocasionando al herido un golpe tan rudo que lo decidió seguir la marcha á caballo, poniendo en la montura almohadas para amortiguar un tanto la trepidación del paso de la cabalgadura. Llegado á la Hacienda del Pié de la Cuesta, cuyo dueño era amigo personal de D. Porfirio, tuvo mejor asistencia, aunque la curación se hacía más difícil por falta de un médico.

D. Benito Juárez, sabedor del triunfo de las guardias nacionales de Oaxaca, mandó desde luego al Dr. Estéban Calderón, Juez de Tlaxiaco, para que improvisara un hospital de sangre y asistiera á los heridos. Don Porfirio, fastidiado de la falta de elementos para curarse, decidió irse á Oaxaca; emprendió la marcha con muchos sufrimientos y á poco encontró al Dr. Calderón, el que le obligó á regresar, y lo asistió, consiguiendo salvarle de la peritonitis aguda que le sobrevino á consecuencia de la herida, no sin haberlo hecho sufrir horriblemente con las incisiones que practicó para buscar la bala; incisiones de las que una fué muy favorable, pues hizo desalojar la acumulación purulenta, que hubiera causado quizá la muerte, á no haberse hecho, y calmando por consiguiente los dolores atroces que el herido tenía pero sin lograr extraerle la bala que dos años después le extrajo un cirujano norte-americano, en el puerto de la Ventosa.

Restablecido por completo, volvió el joven Porfirio Díaz á Oaxaca á seguir la lucha que tanto le había de costar, pero que tanta gloria le reservaba para lo porvenir.

El joven estudiante Porfirio Diaz lanzado á la revolución.—Su primer combate.

Algunos días después de que el venerable Caudillo del Sur de Puebla, D. Juan Alvarez, proclamó el plan de Ayutla, que dió origen á la libérrima Constitución por la que se gobierna hoy día nuestra floreciente patria, el General D. Antonio López de Santa Anna, dió un decreto á virtud del cual se recogieron en toda la República votos que determinaran quién había de regir los destinos del país.

El mes de Diciembre se reunió en el portal de Oaxaca, una comisión partidaria naturalmente del General Santa Anna, para recoger la votación de los habitantes de aquella Capital. La junta estaba compuesta de personas de gran significación política, y la presidía el Gobernanador del Departamento, que lo era entonces el General Martínez Pinillos.

Se había recibido ya gran número de votos, todos en favor de Santa Anna, pues aunque entre los votantes había muchos que simpatizaban con la revolución que inició el Caudillo suriano, tuvieron la prudencia de ocultar sus ideas, y por consiguiente votaban en pro del Dictador Santa Anna.

Entre los votantes, tocó su turno á D. Serapio Maldonado, Jefe de la manzana en que estaba la casa de un estudiante de derecho, de quien la Junta no tenía buen concepto respecto á las ideas políticas que dominaban en aquellos momentos, porque era el audaz estudiante, discípulo y amigo de un distinguido personage: el Sr. Lic. D. Marcos Pérez, desterrado en aquellos días á Tehuacán por asuntos políticos que se ligaban con la revolución de Ayutla. Maldonado se acercó á la mesa y dijo: «A nombre de todos los vecinos de la manzana, doy tantos votos en favor del General Santa Anna.» No bien acabó de hablar, cuando se escuchó la voz reposada pero enérgica, de un joven que dijo:

—«Suplico á la Junta, que de los votos que acaba de consignar el Jefe de la manzana en que está mi casa, se descuente el mío, pues no quiero hacer uso del derecho de votar.»

La sorpresa por aquella audacia juvenil se pintó en los rostros de los concurrentes, y el presidente, General Pinillos, tuvo que consultar al Secretario de la Junta que lo era el Lic. Manuel Pozos, quien resolvió, que en efecto, el acto de votar era un derecho y no una obligación. Entonces el General Pinillos con marcado disgusto mandó descontar el voto del atrevido estudiante; pero en seguida tocó el turno de la votación al cuerpo docente del Instituto Literario de Oaxaca, y al votar los miembros de ese cuerpo, notaron la presencia del estudiante, quien tenía el cargo de catedrático suplente de Derecho Natural, y aunque con anterioridad, aquel catedrático ya había manifestado al Director del Establecimiento, que lo era el Dr. D. Juan Bolaños, que no quería votar por Santa Anna; cuando se le invitó á ello en el Instituto, al verlo en la mesa en que se recibía la votación, el Lic. Enciso le preguntó en voz alta:

—¿No vota Ud?

—No señor, contestó el joven; no hago uso de ese derecho.

Picado el Lic. Enciso con aquella respuesta que tanto parecía un reproche como una convicción sincera de ideas propias, contestó:

— Sí, el votar es un derecho; pero no hace uno uso de él cuando tiene miedo.—No bien acabó la frase el Lic. Enciso, cuando el joven estudiante cojió la pluma, se abrió paso y tomó el libro en que se asentaban los votos, y con pulso firme y semblante sereno aunque algo contraído el entrecejo escribió:

«Voto por su excelencia el General D. Juan Alvarez.» Dejó la pluma y sin saludar ni ver á nadie, salió de la estancia.

Aquellas letras escritas por la mano viril, que después

había de empuñar la espada de la democracia arrancando al destino girones de gloria, resplandecían con destellos fatídicos; por las circunstancias especiales en que fueron escritas.

Porfirio Díaz, que era el atrevido joven que las asentó, había escrito su sentencia de prisión. Admirados los de la Junta de tanta audacia, pues que en efecto lo era dar su voto nada menos que para el jefe de la revolución apenas iniciada, era también un desacato y por lo mismo la Junta declaró que el estudiante Porfirio Díaz había cometido un delito, tanto por dar el tratamiento de General á un pronunciado, cuanto por proponerlo para Dictador. En tal virtud, se ordenó á la policía que inmediatamente se hiciera la captura del delincuente.

No se le ocultó al joven catedrático que con su razgo de energía cívica, iba á ser procesado por un delito político, y desde luego comprendió que sólo podía escapar de las garras de sus enemigos lanzándose á la revolución de que era ardiente partidario. Así lo resolvió, y al salir del portal, teatro de su azaña, se encaminó presurosamente á la casa de su maestro, Lic. Pérez; tomó dos pistolas, salió con rumbo á la casa de Maldonado á quien encontró en la calle, y casi al mismo tiempo pasó junto á ellos Serapio Maldonado, policía, y al disimulo le dijo: que había orden de aprenderlo, y siguió el policía su carrera muy distraidamente. Prosiguió el joven estudiante su marcha solo, con dirección á su casa, y al pasar por una tienda un dependiente de apellido Pardo, le hizo señas para que viera á un policía que le iba á dar alcance.

Entonces el joven, con ademán resuelto y en alta voz, dijo:

—«Vengo á ver si se atreven á cojerme.»—El policía que oyó la frase no se encontró capaz de hacer la aprehensión solo, y anduvo de priesa para llamar á sus compañeros. Luego que el joven vió que el policía daba vuelta á la esquina y por un momento lo perdía de vista,

emprendió una rápida carrera interponiendo así cuatro cuadras de distancia entre sus perseguidores y él. Cuando éstos aparecieron en la esquina, ya el joven estudiante había entrado en la casa de Flavio Maldonado, su amigo y condicípulo, y desde allí mandó orden á su mozo para que simulando que iba á dar agua á su caballo al río de Atoyac, lo sacara y se lo llevara á la casa de Maldonado, así como las sillas y armas que debía sacar en un canasto cubierto con basura, simulando ir á tirarla. Pero antes de que estas órdenes se cumplieran, se presentó la policía á la casa de Maldonado, preguntando si estaba el estudiante Porfirio Díaz; á lo que se le contestó con toda calma y serenidad:

—No ha venido aún, pero regularmente viene á esta hora, así es que no ha de dilatar, si quieren verlo espérenlo.—Con una respuesta tan categórica y serena el Jefe de la policía la juzgó verdadera y se propuso esperar al joven Díaz, situando á su gente en la esquina y otro número competente en la casa habitación del joven.

Entre tanto el mozo cumplió fielmente lo mandado y sin inspirar sospechas, introdujo armas, montura y caballo á la casa de Maldonado.

El joven Díaz tenía amistad con un hombre muy enérgico y muy valiente, llamado Esteban Aragón, quien varias veces lo había invitado para que se fueran á la revolución. Inmediatamente lo mandó buscar y cuando Aragón se presentó, dijo:

—¿Nos vamos á la revolución?

—Sí, pero no tengo caballo.

—Pues yo solo tengo dos espadas, dos pistolas y dos sillas.

—Bueno, présteme Ud. una espada.

—¿Pero donde va?

—No dilato.—Y Aragón salió ocultando la espada debajo del sarape.

El joven Díaz quedó impaciente y en la incertidumbre de lo que su compañero de aventura iría á ejecutar.

Entre tanto Aragón se fué al lugar en que los vecinos del Sur de Oaxaca, dan agua á los caballos y encontró á un muchacho que llevaba un caballo regular. Sacó la espada, lo amenazó; el muchacho asustado entregó el animal, y Aragón, con la rapidez y agilidad propia del charro mexicano, montó en pelo y á galope se dirijió á la casa de Maldonado.

—Vamos luego, luego,—dijo al joven Díaz,—quien por lo pronto no comprendió el motivo que impulsaba á su compañero para tal violencia; más como también le convenía salir de la ciudad cuanto antes, ensillaron violentamente los caballos, montaron y salieron á la calle. En la esquina estaba la policía y luego que los ginetes lo vieron, se lanzaron sable en mano sobre ella, y Aragón con destreza y bizarría acometió de tal manera que no dió tiempo á que los combatidos les interceptaran el paso; así casi sin dificultad, arrollaron á los agentes de seguridad y poco después se encontraron en campo abierto.

Ya está pues, el joven pasante de Derecho, Don Porfirio Díaz, lanzado á la revolución.

Tomaron los dos atrevidos aventureros por Ocotlán, pasaron por Santa Catarina y llegaron á Ejutla. Allí encontraron á Don Pablo Lauza, amigo personal del joven Díaz, y al contarle al episodio que los había lanzado á la revolución, supo de boca de Aragón la hazaña del caballo.

—¿Entonces es robado?

—¡Pues qué remedio.

—Pues hay que comprar uno y dejar éste, porque se nos puede perseguir por ladrones, contestó con entereza el joven Don Porfirio y dió el importe de un caballo que se le proporcionó á pocos momentos, entregando el robado á la autoridad de Ejutla, el cual caballo se mandó atar á uno de los árboles de la plaza por orden de la autoridad, para que lo recogiera su dueño. Razgo es éste que caracteriza la idiosincracia de Don Porfirio Díaz,

acerca del respecto que siempre tuvo y á tenido á la propiedad agena y su instintiva repugnancia por el robo y por el lucro indebido; y así lo manifestó en casi todos los actos de su vida militar, como tendremos oportunidad de ir notando. Esta tendencia repulsiva, orgánica en él, se asentuó más con la ilustración que tenía y de ahí que le fuera tan útil, por las simpatías que su conducta honrada le creaba en una época en que el robo estaba á la orden del día.

Salieron de Ejutla al anochecer con rumbo á la mixteca baja, donde ardía la revolución sostenida por el patriota huajuapeño, D. José María Herrera, caminando de noche, siempre que tenían que pasar cerca de las poblaciones.

Reunido el joven estudiante con las tropas de Herrera, que eran pocas, mal armadas y peor disciplinadas, encontró un foco donde dar expansión á sus innatas cualidades de hombre de armas, extratégico por intuición, atrevido, valiente y sereno, con las que tantos triunfos conquistó después. En aquel momento histórico, el joven Díaz era el gérmen del génio republicano, lanzado en medio de las escabrosas montañas de la mixteca, para que al respirar el ambien de la libertad, su alma se templara con los ayes dolorosos de moribundos sacrificados en aras de la Patria, y entre los gritos de júbilo de los triunfadores en el primer combate.

La instrucción que entonces poseía, muy superior á la de Herrera, así como los conocimientos que adquirió en la Cátedra de Táctica y Estrategia, creada en el Liceo de Oaxaca por D. Benito Juárez, y á la que siempre asistió con puntualidad el joven Díaz, bien pronto le dieron cierta preponderancia con Herrera. De aquí resultó que al saber que los iban persiguiendo el Teniente Coronel Canalizo, con una fuerza compuesta de 80 caballos del 4º Regimiento y cosa de 50 infantes á las órdenes del Capitán Ortiz, el joven Díaz hiciera su primer ensayo de guerrero, disponiendo que esperaran al ene-

migo en la cañada de Teopongo, emboscados en un hermoso aguaje, que por su exhuberante vegetación les ponía á cubierto del enemigo. La elección del lugar no podía ser mejor. Comprendió que la fatiga del camino haría que los soldados hicieran alto allí para beber agua, y entonces los atacarían de improviso con probabilidades de triunfo. Al efecto mandó colocar enormes piedras en la parte más elevada del cerro, detenidas por palancas, de manera tal, que al menor impulso pudieran descender sobre los que se encontrasen en el aguaje. No podía esperarse menos de aquel fecundo ingenio que bien pronto encontró con qué suplir la falta de armas y de tropa, capaces de ponerlos en condiciones de atacar á un enemigo bien disciplinado y equipado, toda vez que las fuerzas de Herrera, eran un puñado de labriegos, armados de garrochas, hachas y machetes, entre los que á lo sumo había 20 con escopetas y fusiles viejos. Así y todo, el joven Díaz fiado en el valor tradicional del montañez y en los recursos que su imaginación le sugería, dispuso el ataque con una estrategia y tino poco comunes en hombres que por primera vez van á oír silbar las balas enemigas.

No se hizo esperar el resultado de esta hazaña. A poco, sin sospechar siquiera lo que les esperaba, pasaron los soldados de la caballería enemiga, sin detenerse en el aguaje, pero no así los infantes. Estos, como lo había previsto el joven guerrero, se detuvieron á beber agua y entonces se oyó una descarga de las fuerzas de Herrera; las palancas arrojaron sus proyectiles con espantosa violencia y gran estruendo, y, como era natural, el pánico se apoderó de la infantería de Ortiz y la resistencia fué inútil, huyeron en desorden. Pero también las fuerzas de Herrera se desbandaron y el joven estudiante, después de su feliz maniobra, tuvo que emprender la marcha rumbo á Tlaxiaco, seguido de su compañero Aragón y de Rivera, el que ya no quiso continuar con su antiguo jefe.

Este combate, fué el primero en que se encontró el esclarecido General Porfirio Díaz, y por lo narrado, fácil es comprender lo que se esperaba en lo porvenir, de aquel cerebro caldeado por el ideal Republicano, y de esa alma joven, llena de energía y de bélico entusiasmo y de una imaginación fecunda en recursos estratégicos.

Llegaron á Tlaxiaco en el peso de la noche y tuvieron una entrevista con el cura D. Manuel Márquez, hermano de D. Cenobio del mismo apellido que era uno de los caudillos de la revolución en aquella localidad.

Mas como la presencia del joven Díaz podía comprometer al cura, éste procuró alejarlo y le dió carta de recomendación para el cura de Chalcalongo. De Chalcalongo pasó á Cuanana donde permaneció casi un mes, con el cura D. Ignacio Cruz, hasta que los sucesos políticos hicieron que el General Pinillos dejara el Gobierno de Oaxaca y fuera sustituido por D. J. M. García, de quien era Secretario el Sr. Lic. D. Guillermo Valle, muy amigo de D. Cenobio Márquez, y por mediación de éste, dió seguridades al joven pronunciado Porfirio Díaz, y así pudo volver á Oaxaca, con la esperanza de extender su esfera de acción en pro del ideal republicano que tanto amaba.

Notable hazaña del estudiante Porfirio Díaz.

En algunas ciudades de nuestro país ó en los pueblos en que no hay esa aglomeración perjudicialísima de gentes, como sucede en las grandes capitales, los niños y los jóvenes, por pobres que sean, se desarrollan fisicamente de una manera satisfactoria. Nadie que haya nacido en un pueblo, respirando las auras embalsamadas que rizan los sembradíos, podrá dudar de cuán distinto modo se educa el joven, comparativamente con el que nace en las capitales de Puebla y México, por ejemplo. Allí en el poblacho, en el rancho, en la ciudad de pocos habitantes, el niño adquiere vigor, audacia, valor, agilidad

y un desarollo muscular conveniente, porque sus primeras diversiones son: ora lanzarse al río, desafiando el ímpetu de sus olas; ora trepar á un arbol gigantesco hasta las simbrantes ramas; ora asender al empinado cerro y desender á la carrera; ora, en fin, montar el brioso potro ó jinetear el pujante becerro; y de tales ejercicios resulta que su físico se hace insencible á la intemperie, y lo mismo resiste la fatiga y el abrazante sol de la llanura, que la granizada, el chubasco ó el gélido y cortante vientecillo de riguroso invierno.

Esa educación física, muy peculiar de los hijos desheredados de nuestro pueblo, fué la que recibió el joven estudiante D. Porfirio Díaz y además, ejercitó siempre su fuerza y agilidad en la gimnasia y aun en la cacería, por lo que para él, saltar una tapia, arrojarse al río, ascender por un cable, montar un potro salvaje ó perseguir en la serranía una pieza de caza, eran cosas más que sencillas. Confiado en estas dotes, fué como ejecutó la hazaña que en seguida vamos á narrar, la que por lo peligrosa, hubiera puesto de puntas el cabello á cualquiera, no sólo al ejecutarla, sino al mirarla.

El Lic. D. Márcos Pérez fué uno de los hombres más honorables de Oaxaca, y su bufete en aquella época, era de gran nombradía.

El joven estudiante de derecho, D. Porfirio Díaz, lo eligió por maestro para hacer su práctica de jurisprudencia y llego á establecerse entre maestro y discípulo un verdadero cariño, franco; sincero y leal; y el joven Díaz sacó gran utilidad de aquella noble amistad, por que las relaciones que tanto en lo civil como en la política tenía D. Márcos, le habrieron camino para su futura gloria. El joven Díaz se relacionó con el Lic. Pérez, porque fué pasante de latinidad de un hijo de aquel, y una vez que el notable jurisconsulto oyó dar clase al estudiante Díaz, pudo valorizar el naciente talento de éste, y desde entonces le distinguió con su aprecio. El fué quien más tarde presentó á D. Porfirio Díaz con el Be-

nemérito D. Benito Juárez, cuyas relaciones y amistad le fueron también muy propicias.

Al iniciarse los primeros síntomas de la revolución de Ayutla, el joven Porfirio Díaz estaba como hemos dicho, en el bufete del Lic. Pérez, y éste se hallaba complicado en los planes revolucionarios y había hecho su confidente á su discípulo, encargándole que sacara del correo la correspondencia que con nombre supuesto le dirigían al Lic. D. Márcos, los directores de la revolución.

Sucedió que un día fué sorprendida la correspondencia, y el Lic. D. Márcos Pérez, con este motivo, reducido á prisión y puesto incomunicado en el convento de Santo Domingo, perfectamente custodiado por centinelas, tanto en la parte alta ó azoteas, como en la puerta y ventana que daba á la calle, de modo que era imposible, no sólo la evasión, sino en lo ostensible, la comunicación con persona alguna del exterior.

Pero para la juventud y el valor hay pocos imposibles. Así es que el audaz discípulo de D. Márcos se propuso comunicarle algunos datos interesantes relativos á su proceso, y que sabía, porque una vez al ir á cobrar al Coronel Pascual León, asesor de la causa, vió abierto en el bufete el proceso que se seguía contra su maestro, y aprovechando un momento en que se quedó solo, lo leyó violentamente y se puso al tanto de lo que interesaba á D. Márcos. Mas la empresa para comunicárselo á éste, era, como hemos dicho, no sólo resgosa, sino sumamente difícil.

No se arredró sin embargo el joven estudiante, y comunicó su proyecto á su hermano Félix Díaz, quien tan valeroso y atrevido como él, se congratuló en ayudarlo en las maniobras. Al efecto, eligieron la noche, por cierto muy lluviosa y obscura, lo que hacía que las calles estuvieran desiertas, tanto por ésto como por el pánico que el *Cólera* producía en la Ciudad, reteniendo á los habitantes en sus casas.

La celda que se eligió para calabozo de D. Márcos, era

la que servía de prisión á los frailes y estaba en la torrecilla del convento. Para llegar á ella era necesario tener conocimiento exacto del convento, valor, serenidad y agilidad suma; todo lo que poseía el joven Díaz, y por eso no vaciló en escalar las tapias de la huerta del edificio, acompañado de su intrépido hermano Félix Díaz.

Hay que advertir que el convento era el cuartel en que estaba el Batallón activo de Oaxaca, y por lo mismo en las azoteas había muchos centinelas. Cerciorados de que en la huerta no había soldados, caminaron sobre la barda de la pared hasta llegar á la azotea de la panadería. A esa hora los panaderos trabajaban, y no fueron necesarias muchas precauciones para cruzar la azotea; llegaron á otra más alta y la escalaron, subiendo el joven estudiante en los hombros de su hermano; después ascendió éste. Al llegar á la azotea fué preciso que se acostaran para que los vigilantes no los distinguieran y con inmenza dificultad iban avanzando, cada vez que un centinela daba el grito de alerta, pues la voz les servía de guía para evitar un encuentro que les hubiera sido fatal.

Así consiguieron escalar todas las azoteas principales y de ellí á la torrecilla. Llegados sin novedad á este lugar, pasaron á la azotehuela, debajo de la cual estaba la prisión de D. Márcos, y aquí la dificultad fué mayor y el peligro inminente; porque la celda sólo tenía una ventana alta, cuya parte superior se encontraba cerca del techo y guarnecida de barrotes de hierro clavados en el interior de lo grueso del muro, de modo que fué necesario que el joven estudiante se atara de la cintura con una cuerda y su hermano lo fuera descolgando hasta que pudiera tomar los hierros de la ventana y apoyarse en el dintel superior.

Ya se comprenderá desde luego lo peligroso de la situación, tanto del joven que sostenía como del que descendió. Si á este peligro se agrega lo obscuro de la noche y la vigilancia de los centinelas que estaban frente á la ventana y que á cada momento asomaban la cabeza

por un boquete que tenía la puerta de la prisión para vigilar al preso, lo que obligaba al atrevido joven á retirarse de la ventana y quedar suspenso sobre el avismo cada vez que aquello sucedía, se podrá tener idea del temple de aquellos heroícos partidarios de la libertad; y era tanto más resgoso el procedimiento, cuanto que abajo también estaba otro centinela, el que al menor descuido, á la más ligera imprudencia, habría notado que un hombre se sernía sobre su cabeza y el resultado hubiera sido fatal.

Cuando el estudiante llegó á la ventana, apoyó los piés en el dintel; se sostuvo de la reja con una mano y con la otra arañó la pared, hasta conseguir arrancar diminutos fragmentos del revocado y los arrojó al interior del calabozo. El preso, luego que oyó ruido, se puso á pasear, recitando salmos en latín para no infundir sospechas al centinela, quien le obligaba á que se acostara, temiendo que le diera el *Cólera.*

Se acercó á la ventana y dijo en voz alta y en latín:

—«Non posumus loquere, dat mi papiro et estilo.»

Lo que equivalía á decir: «Es peligroso hablar, deme papel y lápiz.»

Aquella noche se limitaron los escaladores á lo que hemos referido y á la siguiente volvieron á su audaz empresa; arrojó el joven Porfirio Díaz papel y lápiz y un escrito en que constaban las declaraciones de los cómplices de D. Márcos

De ese modo pudo el preso saber á qué atenerse, y por tercera vez se comunicó con su querido discípulo de la manera expresada, hasta que lo cambiaron de aquella celda á otra que se llamaba «La Rasura.»

Aquí usó el estudiante otro medio ingenioso de comunicarse, pues tenía urgencia de manifestar á D. Márcos que había llegado una amnistía, y para ello se valió del siguiente ardid que le sugerió su fecundo ingenio:

La ventana de la prisión veía al atrio del convento, y se distinguían muy bien las azoteas de la manzana de en-

frente. Pero para mayor seguridad del preso la ventana se tapó con adobes hasta una altura que dejaba un pequeño claro en la parte superior. El preso subido en una silla que colocaba en una mesa, podía ver para afuera. En estas circunstancias, el ingenioso estudiante subió á la azotea de enfrente de la prisión, y por medio de un grande alfabeto que hizo, formando cada letra con un pliego de papel, pudo decir al preso lo que deseaba sin que nadie sospechara el ardid.

Llegada la amnistía salió D. Márcos de la prisión y el notable hecho de su discípulo, sin saberse á punto fijo cómo se traslució, fué conocido del Coronel del Batallón Activo de Oaxaca, y de varios enemigos políticos de D. Porfirio, lo que le obligó á dejar el empleo que en el instituto tenía de Bibliotecario, y su atrevida hazaña lo designó como peligroso para el partido imperante.

En efecto, basta analizar un poco el hecho narrado, para comprender desde luego que el que lo concibió y llevó á cabo era un hombre superior. Todo lo había previsto, nada fué casual, y la cautela con que obró revela una sagacidad extraordinaria y un valor á toda prueba. Natural era que los partidarios de Santa Anna, lejos de admirar el hecho, comprendieran que aquel estudiante sería para ellos un adversario de consideración, pues que reunía juventud, valor, talento, instrucción y un amor inmenso á su patria y grandísima lealtad para sus favorecedores y correligionarios, hechos todos que comenzaron á popularizar su nombre.

Primer cargo político de consideración que tuvo el joven pasante de abogado, D. Porfirio Díaz.

Las circunstancias en que se encontraba el país, por una parte, y por otra, su decidida afición á la carrera de las armas, impidieron al joven D. Porfirio Díaz se licenciara para ejercer la profesión de Abogado, por lo que

decididamente entró á la política, afiliado en el partido liberal y dejó para siempre los estudios.

El primer puesto de importancia que ocupó, fué la Jefatura de Ixtlán. En este cargo, desde luego procedió á establecer y disciplinar una guardia nacional, lo que indica las altas miras que le animaban y manifiesta una vez más la creencia que poseía de que la organización inteligente de una fuerza cualquiera, da al que consigue efectuarla, un gran prestigio, como en efecto se lo dió poco después aquel puñado de paisanos, á quienes enseñó el A. B. C. de la táctica militar. Pero no fueron pocas las dificultades con que luchó para llevar á cabo su levantada idea, por que el gobierno de Villa Alta, adonde pertenecía Ixtlán, había exceptuado á los habitantes de este pueblo del servicio militar por creerlos ineptos. Esto no obstante, el activo Jefe Político para entusiasmar al paisanaje, ordenaba que se hicieran bailes públicos y otros pasatiempos á los que asistían de preferencia los que se iban alistando. También suprimió el arresto en los lugares en que lo sufrían los que cometían faltas de policía, y cuando hacía arrestar á un guardia le daba por prisión el atrio de la iglesia, y en fin, usaba cuanto medio le sugería su fecunda imaginación á fin de prestigiar la institución y hacerla simpática aun á los más tímidos.

De esa manera consigió formar un batallón, regularmente disciplinado, que le prestó grandes servicios y fué el pedestal de su carrera; porque los servicios que prestó con sus guardias á la causa de la libertad, llamaron la atención del Sr. Juárez, quien, cuando fué Gobernador de Oaxaca, le dió todos los elementos de que podía disponer para poner en pié de guerra á sus ixtleños. Entre los hechos que tuvo en cuenta el Sr. Juárez, los siguientes son dignos de mencionarse porque ellos caracterizan profundamente á D. Porfirio, como hombre que, por seguir una idea concebida y meditada con la clarividencia que ha poseído siempre, en algunos casos fué hasta inobediente con sus superiores, como tendremos opor-

tunidad de ir notando y hemos advertido ya en el combate de Ixcapa:

Amagado por los juchitecos, el Gobernador de Villalta, le dijo al Jefe Político de Ixtlán que pidiera auxilio al Gobierno de Oaxaca. Don Porfirio pidió el auxilio, pero al mismo tiempo reunió 100 hombres de sus guardias nacionales, y se puso en camino para Villalta, con tan buen éxito, que apenas tuvieron conocimiento los juchitecos de que D. Porfirio iba á batirles, se retiraron dejando tranquilo el Departamento. A virtud de tal hecho, cuando D. Benito Juárez fué Gobernador de Oaxaca, autorizó al Jefe Político de Ixtlán, D. Porfirio Díaz, para que organizara en pié de guerra su guardia nacional y la dotó de clarines y tambores para que tuviera una banda competente. Otro hecho notable, que tuvo gran significación política para el Jefe Político de Ixtlán y que también supo apreciar en lo que valía el Sr. Juárez, fué el siguiente: El General García, Gobernador entonces de Oaxaca, ordenó al Jefe Político D. Porfirio Díaz que secundara el pronunciamiento que aquél había efectuado en favor del partido conservador.

Mas no contaba con las energías del joven Jefe á quien tal orden comunicó, pues éste, cuyas convicciones liberales jamás vacilaron, no sólo se negó á secundar el procedimiento, sino á obedecer las órdenes recibidas; se creyó con derecho á combatir contra el que dejaba de ser su superior, y al efecto, se encaminó á Oaxaca con sus guardias nacionales para batir al General García; pero al llegar á un pueblo que está muy cerca de Oaxaca y se llama Tlalixtaca, recibió noticias que le trasmitieron los directores de la política liberal, D. Luis Carbó y D. Luis Fernández del Campo, de que el General García se había pronunciado, lo cual obligó á D. Porfirio Díaz á regresar á su Jefatura de Ixtlán.

Poco tiempó después volvió el referido Jefe Político á movilizar á sus nacionales y los condujo en actitud amenazante á Oaxaca, porque la conducta del Gobernador

García se había hecho sospechosa á los liberales. Acuarteló D. Porfirio su fuerza en el convento de Santo Domingo, en compañía de otros jefes políticos á quienes excitó para que secundaran su movimiento, consiguiendo solamente que dos, los de Ejutla y Miahuatlán, que lo eran D. Bruno Almaraz y D. Pablo Lauza, se le reunieran.

El Gobernador le mandó que disolviera su fuerza y se retirara á su distrito, pero D. Porfirio desobeció la orden y se fué á reunir con las fuerzas liberales acaudilladas por Fernández del Campo, Carbó y Ordaz, y para justificar su procedimiento dijo al Gobernador que obraba así, á virtud de órdenes recibidas de D. Benito Juárez, quien había sido nombrado Gobernador de Oaxaca y ya iba en camino para la capital.

En efecto, el Lic. D. Benito Juárez, cuando el General Alvarez se retiró para el Sur, dejando á Comonfort como Presidente sustituto de la República, fué nombrado Gobernador de Oaxaca. La llegada del Sr. Juárez puso fin al conflicto y D. Porfirio volvió á su distrito, con encargo, como se ha dicho, de organizar lo mejor posible su guardia nacional, para lo cual le extendió el nuevo Gobernador la patente de Mayor de Guardia Nacional. El Sr. Juárez quedó muy complacido del manejo de D. Porfirio y le llamó mucho la atención el siguiente razgo, que habla muy alto en pro del patriotismo de éste. Al presentar la liquidación de los fondos que había ocupado, notaron que no cargó sueldo para sus oficiales ni para él, y que entregaba una cantidad considerable de numerario.

Se le pidió explicación y dijo:

—Mis soldados sirven por patriotismo y los oficiales en nada se distinguen de ellos, así es que, como no tienen ambición ni la instrucción que debe tener un oficial, sólo les abono sueldo como soldados. En cuanto á mí, tengo el sueldo de Jefe Político y con ésto me basta.

Razgo es éste, que estereotipa la honradez que desde

sus primeros pasos en la política y en la milicia lo caracterizó.

Al regresar á Ixtlán se dedicó á ilustrar á sus nacionales, y organizó una banda, pero necesitaba un individuo que supiera tocar bien el clarín, y al efecto, utilizó los servicios que voluntariamente le ofrecía el mozo de estribo de D. Miguel Castro, persona que figuró como Secretario General de D. Márcos Pérez cuando fué Gobernador de Oaxaca. Este mozo de estribo se llamaba Fidencio Hernández, había sido clarín del ejército y á él fué á quien encomendó la dirección de la banda de sus nacionales D. Porfirio, y puede decirse que aquí comenzó su carrera el referido D. Fidencio Hernández, quien más tarde llegó á ser General de Brigada.

Algún tiempo después la Guardia Nacional de Oaxaca eligió al Jefe Político de Ixtlán, Capitán de uno de los cuerpos que organizaron en ese Estado, y Díaz que vió mayor porvenir en la capital, renunció el empleo de Jefe Político y entró decididamente á la milicia activa.

Don Benito Juárez, comprendiendo que D. Porfirio se perjudicaba, pues el sueldo que ganaba como Jefe Político era mayor que el de Capitán, no quería acceder á la solicitud del joven Díaz, pero al fin le concedió lo que deseaba y ya entonces entró como Capitán 2º de la Compañía de Granaderos, la cual organizó á su entera satisfacción, con hombres de reconocido valor y aptitudes para la milicia. Ya lo hemos visto en Ixcapa recibir su bautizo de sangre á la cabeza de esta compañía.

En plena lucha por la libertad.

El joven Porfirio Díaz comienza á distinguirse por su arrojo y por su iniciativa entre sus compañeros de armas y sus enemigos.

Con motivo de haber sido nombrado por Comonfort, Ministro de Gobernación D. Benito Juárez, quedó de Go-

bernador en Oaxaca Díaz Ordaz, uno de los principales jefes del partido liberal en aquel Estado. Este hecho se verificó cuando el joven Porfirio Díaz, después de la función de armas de Ixcapa, había regresado á su ciudad natal con el fin de terminar la curación de la herida que recibió en aquel combate. Por esos días llegó á Oaxaca el General D. José María Cobos, temible jefe de partido reaccionario y ocupó por sorpresa la ciudad, quedando en poder de los liberales los conventos del Cármen, Sto. Domingo y Sta. Catarina.

Don Porfirio Díaz tenía su alojamiento en Sto. Domingo; donde estaba la mayoría del cuerpo de Guardia Nacional de la que se encargó con motivo de la licencia que disfrutaba el Mayor Montiel, y porque aún no sanaba de su herida para ponerse en activo servicio.

Cuando Cobos tomó la ciudad, se reunieron en Sto. Domingo el Gobernador Ordaz, el Teniente Coronel D. Ignacio Mejía y el Coronel Salinas, á discutir los medios de defensa que podrían emplear y se lamentaban de la carencia de oficialidad. Don Porfirio estaba presente y al oír ésto ofreció sus servicios, no obstante que aún su herida estaba abierta.

—Acepto la patriótica oferta de Ud. y su buena voluntad—dijo el Gobernador,—y desde luego va Ud. á encargarse de la defensa y fortificación del Convento de Sta. Catarina, con el carácter de Comandante. El compañero Salinas se encargará de la del Cármen y yo de éste, (Santo Domingo.)

Se le dió á Don Porfirio un piquete de la Guardia Nacional de Ocotlán, uno de la de Tuxtepec y otro de caballería de Jayacatlán, á las órdenes, respectivamente, de los Capitanes Ramón Pino, Márcos Carrillo, quien llegó después á General, y de Vicente Bolaños que llegó á ser Teniente Coronel. La fuerza hacía un total de 60 hombres. Don Porfirio sintió no tener á sus órdenes á su compañía, pero como ésta era la mejor y más activa, la tenía en otro punto. Sin embargo, se conformó en

vista de los buenos oficiales que pusieron á su mando é inmediatamente convirtió en fortaleza el punto que se le encomendó, dejando en buen estado de defensa.

Habían pasado como 20 días desde que Cobos ocupó la ciudad, y las tropas liberales carecían ya de víveres y estaban desmoralizadas. Don Porfirio lo notó, y al saber que en la esquina del Cura Unda, el enemigo tenía una trinchera formada con sacos de harina y de salvado, concibió el atrevido proyecto de asaltar aquella trinchera y apoderarse de la harina que tanto necesitaban.

Comunicó su proyecto al Gobernador, y éste, quizá porque lo encontró verdaderamente audaz, no quizo aprobarlo de pronto; sin embargo, habló con el Coronel Mejía, cambió de opinión y entonces llamó á Don Porfirio y le ordenó que se pusiera de acuerdo con aquél. Aceptado el proyecto de toques que propuso el Comandante Díaz, á fin de que el enemigo no sospechara ni comprendiera los movimientos de los asaltantes y de los que habían de auxiliarlos, puso en planta su proyecto.

A las diez de la noche del día 8 de Enero de 1858, comenzó á horadar las casas de la acera que lo separaba de la trinchera objeto de sus afanes. Las casas en su mayor parte son de adobe, y Don Porfirio ordenó que se agujerearan haciendo uso de instrumentos de carpintería y mojando el adobe para evitar el ruido. Con tal sistema llegaron sus taladros hasta la última casa sin ser notado por el enemigo.

Al llegar al segundo patio de la casa en que estaba la trinchera, el General Cobos que se encontraba en los comunes, vió á los soldados de Don Porfirio salir por el taladro y dirigirse al primer patio. Comprendió el peligro á que se exponía al ser descubierto por los asaltantes, y optó por quedar escondido en el común. Entre tanto Porfirio Díaz, avanzó á la cabeza de su pequeña columna y atacó por retaguardia la trinchera, librando un sangriento combate entre la tienda y la trastienda. Los reaccionarios peleaban con brío y en número muy



Sr. Gral. MUCIO MARTINEZ.
Gobernador del Estado de Puebla.

superior á los asaltantes. El pequeño piquete de Don Porfirio, mermaba y se hacía más difícil la pelea porque la puerta de la trastienda estaba obstruída de cadáveres.

Había pasado más de media hora de tenaz lucha, cuando Don Porfirio, mirando que sólo le quedaban tres hombres y un corneta, y que por la calle no lo auxiliaba ninguno como había convenido con el Coronel Mejía, mandó tocar diana, con cuya señal pedía refuerzo según el plan combinado.

El toque de diana se repitió por los clarines y tambores de los liberales, se echaron á vuelo las campanas, pero á pesar de eso, no recibió el auxilio prometido, y, desesperado, no le quedó más recurso que arrojar tres granadas de mano á la trastienda, para mientras hacían explosión, detener al enemigo para que le diera tiempo de emprender la retirada con los tres únicos soldados que le quedaban; retirada que era tanto más urgente, cuanto que la trinchera acababa de ser reforzada con una columna de doscientos hombres al mando del intrépido Teniente Coronel reaccionario D. Manuel González, persona que por su valor y talento llegó á ser General de División y Presidente de la República. En tanto que las granadas detenían al enemigo, D. Porfirio retrocedió por los taladros, pero al cruzar por el segundo patio, en vez de dirigirse al zaguán donde estaba la oradación, tomó en línea recta y fué á dar á un corral sin salida, en los momentos en que los reaccionarios de la trinchera aparecían en el primer patio, avisados por el General Cobos, quien al ver que los asaltantes retrocedían, salió de su escondite y dió la voz de alarma.

Afortunadamente la tapia del corral no era muy alta, y D. Porfirio que como hemos dicho en otro lugar, era sumamente agil, saltó la pared, y se dirigió por las azoteas á la línea de los suyos. Los soldados de la trinchera por seguir á D. Parfirio, perdieron el camino que conducía á los taladros y ésto dió lugar á que los hombres que

quedaron apostados en cada horadación se salvaran y pudieran reunirse con sus compañeros.

El fracaso de este atrevido asalto que puso en relieve los sentimientos humanitarios á la vez que la serenidad en el peligro y el valor á toda prueba de D. Porfirio, pues que se determinó á él, por proporcionar alimento á sus tropas, fué debido á que no se cumplieron por parte del Coronel Mejía los ofrecimientos hechos al denodado Capitán Díaz que estuvo á punto de parecer en tan atrevida empresa.

Asalto á Oaxaca.

Las tropas liberales que circuían el centro de la ciudad de Oaxaca en la que estaba Cobos, se encontraban ya desmoralizadas por falta de víveres y más aún, porque se propaló la noticia de que el Gobierno iba á retirarse á la montaña y dejar la población en poder del enemigo. La inútil tentativa del filantrópico Capitán Díaz para proporcionar víveres á los soldados, y de la oficialidad que en su mayoría era de jóvenes ardientes y entusiastas, ganosos de distinguirse en serios combates que les abrieran paso al porvenir que anhelaban, y por consiguiente una lucha de espectativa, les era enteramente antipática.

Cuando la oficialidad supo la determinación del Gobernador Ordaz y del Coronel Mejía, de retirarse y dejar el campo al enemigo, se formó una alianza entre todos y ofreció aquella heróica juventud, desobedecer las órdenes de levantar el sitio, y lanzarse de *motu propio* sobre el enemigo y perecer en la demanda ó arrancar sus laureles á la victoria. Tan noble promesa llegó á oídos de los jefes superiores, los que, sin medios para reducirlos al orden, determinaron castigar su inobediencia, poniéndolos á la cabeza de las columnas que debían intentar un asalto á la plaza.

Tomada esa determinación se formaron cuatro colum-

nas de asalto que arremetieron contra los sitiados por diversos puntos paralelos de la plaza.

A la cabeza de la primera columna se puso al valiente J. Mª Batalla, Teniente Coronel y como su segundo, al Capitán Don Vicente Altamirano.

Iba al frente de la segunda columna de ataque el intrépido Teniente Coronel Manuel Velazco, con Don Porfirio como segundo.

La tercera la mandaba el Teniente Coronel Don J. Mª Ballesteros, y como segundo el Capitán Don Luis Terán, notable después por su arrojo y valentía, y que llegó á ser General, pero que en esa vez apenas comenzaba su carrera, dejando el comercio de abarrotes donde hasta entonces se había distinguido como dependiente honrado y activo, y era muy querido por su excesiva modestia.

A las seis de la mañana del día 16 de Enero de 1858, las columnas avanzaron llenas de ardimiento y arrojo, arrollando á su paso cuanto encontraban.

El valiente Batalla, á la mitad de la línea que tenía que recorrer, cayó acribillado por las balas enemigas para no levantarse más; su segundo tomó el mando, animó á sus soldados y al frente de ellos y poco después, fué gravemente herido. Quedaba la columna sin Jefes, pero no obstante, siguió avanzando entre el mortífero fuego de los reaccionarios, llevando á su frente al Capitán D. Mariano Jiménez y llegó la columna hasta la plaza; encontró á la que iba á las órdenes de Velazco, que era en la que se encontraba Don Porfirio. Al cruzar la línea que se le encomendó tuvo que tomar por asalto una trinchera perfectamente defendida y con el cañón de que se apoderó, hizo fuego á los que huían y siguió con él hasta el átrio de Catedral. Allí entre el nutrido fuego que se les hacía cayó herido el Teniente Coronel Velasco, y entonces tomó el mando de la columna Don Porfirio Díaz, en los momentos que se unió la 1ª columna, ya sin Jefes y averiada. Con los restos de

una y otra formó nueva columna de ataque, y á su cabeza, se dirigió al frente del Palacio, dejando en la esquina del átrio la clumna de reserva que con 400 hombres acababa de llegar. Con arrojo inaudito atacó el Palacio por las puertas del frente, en tanto que la tercera columna en la que iba Terán, batió con no menos empuje la puerta del costado del mismo edificio.

El enemigo no pudo resistir y salió de huída, dejando en poder de los liberales 30 prisioneros de la oficialidad y gran número de los de la tropa. La pérdida del enemigo fué de consideración así como la de los asaltantes.

El Teniente Coronel Don Manuel González salió del Palacio con una fuerza del 9º y fué conocido por los liberales á causa de que llevaba en el pecho una cruz roja, pero en el momento en que le iban á hacer fuego dió vuelta á la esquina y los disparos que algunos se apresuraron á hacer, resultaron inútiles.

A esto debió su salvación aquel Jefe reaccionario, que como hemos dicho, llegó después de afiliarse en el partido liberal, á Presidente de la República.

Cobos con el resto de sus soldados y Don Manuel González, después de su completa derrota, tomaron rumbo á Tehuantepec.

En el hecho de armas que queda relatado, creció mucho el prestigio que á fuerza de valor, de audacia y de intrepidez, iba adquiriendo el nombre del joven militar Don Porfirio Díaz, y los enemigos presintieron que en lo futuro encontrarían en él un antagonista de grande empuje.

Ascenso del Capitán Porfirio Díaz á Comandante de Batallón.

El 25 de Julio de 1858 el periódico «La Democracia» de Oaxaca, en su número 28 del tomo III, traía este suelto de gacetilla.

«ASCENSO.—El valiente Capitán Don Porfirio Díaz,

actual Jefe Político de Tehuantepec, á sido ascendido á Comandante de Batallón. Las recomendables prendas del Sr. Díaz lo hacen acreedor al aprecio y consideración del Supremo Gobierno del Estado, que al premiar sus distinguidos servicios con dicho ascenso, ha creado un Jefe que dará siempre honor á nuestra Guardia Nacional. Reciba el Sr. Don Porfirio Díaz nuestro más cumplido parabien.»

El prónostico, del periódico oaxaqueño se cumplió, pero en mucho más grande escala, pues el joven Capitán á quien sinceramente felicitaba aquella publicación, no sólo dió honor á la Guardia Nacional, sino que dió gloria y honra á toda una nación con sus ínclitas azañas de guerrero, así como una política tan hábil que nadie en aquella época podía esperar.

Pero veamos cuáles fueron los distinguidos servicios que al decir del periódico, premia el Estado de Oaxaca, dando el ascenso al joven Porfirio Díaz.

Como recordarán nuestros lectores, Cobos y Don Manuel González, después de su completa derrota, tomaron rumbo á Tehuantepec. En aquel pueblo fanático y rico en elementos de guerra, encontraron muy buena acogida y pronto se repusieron de las pérdidas sufridas; de manera que al mes, tenían una columna de tres mil hombres, aunque gran número de ellos armados sólo con machetes de monte que les proporcionó el Comandante de la goleta inglesa «La Elisa» apellidado Woolrich, armamento que había metido de contrabando.

Cuando el Gobierno de Oaxaca se vió otra vez amenazado seriamente por Cabos, organizó prontamente una columna que persiguiera á éste, y dió el mando de ella al coronel Don Ignacio Mejía, columna que tendría á todo rigor 700 hombres, y contaba con oficiales denodados. Los cuerpos de infantería quedaron bajo las órdenes del Lic. Teniente Coronel J. Mª Ballesteros, el Teniente Coronel Don Alejo Espinosa y del Capitán de Granaderos Don Porfirio Díaz. La sección de artillería

de montaña se encomendó al Teniente Don Nabor Bolaños, y un escuadrón de caballería de guardia nacional, al Teniente Coronel Miguel Luna.

El Coronel Mejía movio su columna rumbo á Tehuantepec; tuvo un encuentro en el rancho «Las Vacas,» con tropas enemigas que fueron derrotadas por el Capitán Cortes. y al llegar á San Cristóbal, tuvo noticia de que Cobos venía á su encuentro y se preparó para el ataque.

En efecto, antes de que Mejía llegara al pueblo de Jalapa, empezó á ser tiroteado por las fuerzas de Cobos.

Luego que la columa liberal descubrió el núcleo de la tropa enemiga lo atacó vigorosamente y lo destruyó por completo, no abstante que tenía una posesión ventajosa, pues ocupaba los dos cerrillos que están á orillas del pueblo de Jalapa y además, tenía como parapeto el convento de dicho pueblo, y era en número seis veces mayor que la columna liberal, pero ésta peleó con un ardor inaudito, quizá recordando con légitimo orgullo el atrevido asalto de Oaxaca. El combate duró más de una hora y fué enteramente activo Las pérdidas de Cobos fuerón de mucha consideración, al grado que durante dos días después del triunfo tuvo la columna liberal que estar levantando muertos y heridos de uno y otro bando, quedando en poder de Mejía cuatro cañones que traía Cobos.

Este jefe, después de una marcha violenta y penosísima, pernoctó en Huamelula y al día siguiente al pasar por el rancho del Garrapatero, los soldados y oficialidad de Cobos, vieron unas vacas de ordeña y se detuvieron á ordeñarlas para satisfacer el hambre que llevaban; cuando de improviso, los juchitecos que lo esperaban emboscados dentro del rancho y habían puesto las vacas como una celada para atraerlos, calleron como fieras sobre los descuidados soldados y asesinaron casi á todos y á varios curas que iban como estado mayor de Cobos. Este y Don Manuel González, no perecieron porque no se detuvieron, pues crían que los liberales los segurían

de cerca. Luego que supo lo que pasó á los suyos, atravesó la Mixteca y llegó á Tehuacán donde se reunió con los de su partido que ocupaban la Capital de México y otras de la República.

Después de la derrota de Cobos, la columna liberal llegó sin tropiezo alguno á Tehuantepec, y el Coronel Mejía procuró desde luego organizar el gobierno de aquel importante punto; pero á poco tiempo recibió orden de ir á escoltar á Don Benito Juárez, Presidente de la República, quien iba á establecer el Gobierno Constitucional á Veracruz y venía á la sazón por el Pacífico, para desembarcar en el Istmo de Tehuantepec y atravesar la Sierra y llegar á Veracruz, pues la Capital de la República estaba ocupada por el partido conservador.

El Coronel Mejía, al cumplir la orden de marchar con su columna, se vió en la necesida de dejar un corto destacamento en Tehuantepec; pero lo difícil de la situación hizo que ninguno de los jefes superiores que iban con Mejía, quisiera aceptar el gobierno de aquel Departamento, pues demasiado comprendían que la tranquilidad aparente de aquella localidad era por respeto á la fuerza que había; pero una vez retirada la columna, la situación tendría que ser insostentible, pues de los tres mil hombres que llevaba Cobos cuando fué derrotado, la mayoría estaban en las cercanías de Tehuantepec, y sólo esperaban oportunidad para volver á las hostilidades.

Mirando Mejía que ninguno aceptaba el cargo de Gobernador militar de Tehuantepec, habló al Capitán Don Porfirio Díaz y le hizo alhagüñas promesas.

Don Porfirio, quizá mejor que ninguno, comprendía lo arduo del gobierno que se le encomendaba; pero, hombre de gran resolución y fé en su actividad, contestó al Corenel Mejía que, su deber como soldado era obedecer y aceptaba aquel Gobierno sin que Oaxaca tuviera fuerzas para auxiliarlo, y por lo mismo su situación era peligrosísima, contando sólo con 160 hombres que se le dejaban en un pueblo donde todos eran enemigos.

Los temores del nuevo Gobernador no eran infundados, y pocos días después de la salida de Mejía, los reaccionarios empezaron á hostizar á la guarnición diariamente, sin que las tropas liberales pudieran hacer nada de provecho, pues aunque salían en persecución de los facciosos, éstos nunca presentaban núcleo y se desbandaban en las cerranías.

Envalentonados con ese sistema de guerra, y fuertes ya en número, decidieron atacar Tehuantepec, con la seguridad de que la pequeña guarnición sería destruida.

El día 12 de Abril de 1858, al amanecer, llegaron sus avanzadas hasta los suburbios de la ciudad, y situaron el grueso de sus tropas al otro lado del río, en la hacienda de las Jícaras que está á muy corta distancia.

Don Porfirio,con esa atingencia genial que tantos triunfos le valió, comprendía que lo menos que se esperaba el enemigo era que pudiese la guarnición liberal salir y sorprenderlo en sus cuarteles. Así es que, como siempre lo hizo, una vez concebida la idea y madurado el plan de ataque, en el acto resolvió su realización con la fé y valor que le eran característicos, y por veredas extraviadas salió la noche del 13 del mismo mes, y atacó al enemigo con la retaguardia con tal ímpetu y sigilo, que su avanzada quedó destrozada completamente antes de que tuviera conocimiento de ello el grueso de las tropas. El jefe de la avanzada, que lo era el Capitán Don Manuel Santibáñez, se salvó, gracias á que era un buen nadador y atravezó el río á nado. Este jefe después llegó á general en las filas republicanas.

El escritor francés Brasseur de Bourghour, publicó un libro en 1861 que contiene la narración de su viaje al Istmo de Tehuantepec, Chiapas y Guatemala, y en él hace el retrato del joven Mayor de infantería y Gobernador (Jefe Político) de Tehuantepec, en los términos que á continuación traducimos: «El señor Avendaño, rico comerciante de Tehuantepec, me condujo á casa del Gobernador, quien me hizo una acogida muy bondado-

sa. Zapoteca de raza pura, presentaba el tipo índigena más hermoso que jamás había yo contemplando en mis viajes. Su aspecto y porte llamaron vivamente mi atención. Cría tener á mi vista, la imagen de Cosijopi, en su juventud, ó de Cuauhtemoctzin, como yo me lo figuraba.

De elevada estatura, con un aspecto de notable distinción y con su noble rostro ligeramente bronceado, me parecía ver en él los signos más perfectos de la antigua aristocracia mejicana. Porfirio Díaz era entonces todavía joven. Después de esa entrevista tuve ocasión de verlo casi todos los días, pues tomaba sus alimentos, así como otros tres oficiales de la guarnición, en casa de mi huesped: puede por consiguiente estudiar su persona y su carácter. Haciendo punto omiso de sus ideas políticas (el escritor era sacerdote) puedo asegurar que las cualidades que un trato más íntimo me hizo reconocer en él, me confirmaron en la buena opinión que había yo formado después de nuestra primera entrevista, y en el juicio de que sería de desear que todas las provincias mejicanas estuvieran gobernadas por hombres de su temple.»

La justa opinión de este escritor, acerca de la personalidad de Don Porfirio Díaz, hizo que el nombre de este caudillo franqueara los dinteles de la patria y comenzara á popularizarse allende el Atlántico. Los hechos posteriores han confirmado plenamente que el sacerdote francés, no se equivocó un ápice en el juicio que entonces formó acerca del joven Jefe Político de Tehuantepec y hoy esclarecido patricio y Presidente de la República.

Pero, continuemos en la narración de los hechos que formaron el pedestal de la grandeza del General Díaz.

La situación de Don Porfirio se puso en peor estado al retirarse el Coronel Salinas, porque los juchitecos que aparentemente estaban de parte de aquel, comenzaban á entenderse con los sublevados de Tehuantepec, entre los que se encontraba un Jefe juchiteco de gran prestigio que se llamaba Antonio A. López. Así pues, una vez

que unos y otros se pusieron de acuerdo, la derrota de Don Porfirio era segura, dada la escacez de elementos que tenía. Casualmente, este afortunado jefe que nunca desaprovechaba una oportunidad, tuvo ocasión de manifestar una vez más en provecho de su causa, su talento político y conciliador. Es el caso, que al celebrar los juchitecos la fiesta de año nuevo, el 1º de Enero de 1859, concurrieron muchas familias de aquellos á Tehuantepec, y como se decía que Don Porfirio había distribuido armamento á los juchitecos y que era conducido en las carretas en que iban las familias que regresaban para Juchitán; los sublevados las asaltaron. Don Porfirio inmediatamente acudió en auxilio de aquellas, y los soldados hicieron grandes estragos á los asaltantes, persiguiéndolos hasta entrar á una laguna donde les daba el agua á la mitad del cuerpo. Don Porfirio conmprendió que era oportuno dejar agradecidos á los juchitecos, é inpedir á la vez que se pusieran de acuerdo con los sublevados, y para conseguirlo, siguió escoltando á las familias á pié hasta cerca de Juchitán, en donde lo alcanzó su asistente con su caballo y algunos oficiales entre los que iba el Doctor Calvo, Médico de las tropas de Don Porfirio. En la noche convocó Don Porfirio á una reunión popular y propuso el exterminio de los pronunciados, logrando que se alistaran dos mil hombres, á los que dividió en secciones, y dispuso dar una batida á todo el territorio.

En esta expedición, como en otros muchos casos, Don Porfirio recurría con pasmosa habilidad á poner en práctica cuantos recursos y medios de llegar á un fin, le sugería su fecunda y pronta concepción para encontrarlos, como lo demuestran los siguientes hechos, en los que se ve el ingenio, el valor y una audacia sin límites.

Los juchitecos querían que se embalsamara el cadáver de uno de sus oficiales, y pidieron á Don Porfirio que su Médico lo hiciera y como de negarles tal servicio, dado el carácter revoltoso de aquella gente, sería motivo de predisponerlos en su contra y ocasionar graves trastor-

nos, ordenó que el médico ejecutara lo que aquellos pedían; pero éste dijo que era imposible, y al oírlo Don Porfirio, le pisó un pié, el médico comprendió; entonces con grande energía le mandó Don Porfirio que embalsamara el cadáver cualquiera que fuera el costo y las dificultades que tuvieran que vencerse. Cuando estuvieron solos el médico y Don Porfirio, éste le dijo, que bastaba con sacar las entrañas del cadáver y llenarlo de cal y paja, pues al fin aquella gente nada sabía acerca de los procedimientos para embalsamar. Así lo hizo el médico y los juchitecos quedaron muy agradecidos y se prestaron á dar ayuda á Don Porfirio con sus tropas, como antes dijimos.

Bien pronto surgió otro incidente que puso en gran peligro á Don Porfirio, porque como hemos dicho, aquella gente es completamente voluble y lo que hoy hace, mañana lo deshace. Al publicarse en Tehuantepec las Leyes de Reforma del 12, 13 y 27 de Julio de 1859 que establecieron el Registro Civil, los juchitecos se pronunciaron creyendo que aquellas leyes atacaban la religión.

Como Don Porfirio no tenía elementos suficientes para atacarlos, y por otra parte la alianza de aquel pueblo le era necesaria en lo absoluto, concibió el atrevido proyecto de hablar con los pronunciados y convencerlos.

Se hizo acompañar de Fray Mauricio López, de un ayudante y un ordenanza, y al llegar al pueblo, dejó en los suburbios á sus acompañantes, y entró solo con ánimo de meterse en la casa de D. Alejandro Givez, rico comerciante y de gran influencia en el pueblo, y llamar allí á los cabecillas y entenderse con ellos; pero antes de llegar á la casa encontró una partida de pronunciados que iban ebrios. Le conocieron y trataron de hacer fuego sobre él pero Don Porfirio los contuvo diciéndoles: «—No tiren, vengo como amigo de Uds., vengo á acompañarlos y á seguir la misma suerte que Uds.»

Entraron en conversación y condujeron á Don Porfirio á la plaza, donde estaba el pueblo amotinado; allí con

grande trabajo consigió convencerlos de que iba solo y no llevaba gente de Gobierno. Luego que se calmaron, hizo Don Porfirio que llamaran á Fray Mauricio y éste les explicó en idioma zapoteca que la ley del Registro Civil, no atacaba la Religión. Cuando ya Fray Mauricio los estaba convenciendo, Apolonio Jiménez, que era uno de los principales cabecillas, el que después asesinó al General Don Félix Díaz, hermano de Don Porfirio, propuso que fusilaran á éste y al fraile, porque si no lo hacían, el fraile convencería al pueblo y se desbarataba el pronunciamiento.

Así lo hubieran hecho, si de casualidad, un viejo que era muy respetado del pueblo, no se hubiera opuesto, increpando duramente la idea de Jiménez y castigándolo con severidad. Al terminar Fray Mauricio de hablar con el pueblo, éste quedó convencido y volvió al órden, deshaciendo el pronunciamiento, tal como lo preveía el asesino Jiménez.

Como se ve en este hecho, la audacia de Don Porfirio al penetrar solo en medio de un pueblo insurreccionado, y el haberse hecho de la amistad de un sacerdote y utilizarlo para sus fines, lo libró de un descalabro seguro, pues no hubiera podido seguir en Tehuantepec, pronunciado Juchitán.

Batalla de Areu. Una hazaña más.

En Diciembre de 1859, enviaron de los Estados Unidos al General Don Juan Alvarez, una regular cantidad de armamento, consistente en 8,000 fusiles, 2,000 barriles de pólvora, plomo en lingotes, municiones labradas, machetes y carabinas. La circunstancia en que se encontraba el Gobierno constitucional en aquella época, hacía que un convoy de tal naturaleza fuera de suma importancia; así es que se le encomendó á Don Porfirio, quien se encontraba en el Puerto de Ventosa, donde un cirujano que acababa de llegar de los Estados Unidos, le extrajo la bala que tenía incrustada en el cuadril des-

de que recibió su bautizo de sangre en el pueblo de Ixcapa. Al día siguiente de la operación, recibió orden del Gobierno,que estaba en Veracruz,para que inmediatamente se transladara á Minatitlán, y escoltara el convoy, hasta el Puerto de Ventosa. No obstante que la herida estaba enteramente abierta, ningún obstáculo puso Don Porfirio, pues celoso hasta el extremo en el cumplimiento del deber, comprendía que la causa á que estaba afiliado, era antes que su persona. Por otra parte, supuso, y con razón, que una demora cualquiera, traería la pérdida del importante convoy, toda vez que los reaccionarios tenían conocimiento del envío, y los resultados para los constitucionales hubieran sido malísimos. Este hecho amerita en gran manera á Don Porfirio, y como veremos adelante, su energía y actividad, desbarató los planes del enemigo y prestó un gran servicio á la causa de la libertad, por la que luchaban tantos heróicos mexicanos.

Sin pérdida de tiempo reunió su pequeña fuerza y se puso en marcha. Apenas llegó al río de la Puerta, cuando tuvo noticia de que tanto los pronunciados de Tehuantepec, como Don Juan Argüellez, con tropas de Orizaba y de Córdoba pretendían interceptar el paso del convoy. Entonces Don Porfirio concibió una idea audaz, que le dió magníficos resultados.

Dejó en el río de la Puerta á su tropa, al mando de los Capitanes Omaña y Castañeda, y se embarcó en una canoa, en compañía del Teniente Coronel Gallegos y sus dos asistentes. La canoa no tenía boga, y ninguno de los cuatro que la tomaron sabían remar; lo que les obligó á dejarse llevar por la corriente, procurando evitar las rocas de las márgenes, para no estrellarse, porque allí la corriente es rápida. Así llegaron hasta el río de Coatzacoalcos, y después de miles de trabajos y con las manos estropeadas arribaron á Súchil.

Por casualidad en aquel punto estaba Mr. Wolf, Capitán de un vapor que tenía necesidad de ir á Minatitlán.

De buena voluntad se prestó el Capitán americano á servir de boga, y los enseñó á remar, y con su auxilio pudieron llegar á Minatitlán, en los momentos en que la columna de reaccionarios salida de Orizaba estaba á 10 leguas de ese punto, no había pues tiempo que perder; Don Porfirio engañó al Jefe político de Minatitlán, diciéndole que no dilataría en llegar su fuerza, y mandó preparar gran cantidad de rancho, con lo cual todos suponían que la tropa llegaría y en gran número. Sostuvo el engaño toda la noche, y sólo estaba en el secreto el Contador Don Francisco Mejía, quien llegó á ser Secretario de Hacienda, en tiempo de Lerdo.

Entre tanto, dispuso el trasborde del armamento al vapor Súchil que le prestó á Don Porfirio la Compañía Luisiana de Tehuantepec, y él mismo se fué en el primer viaje hasta Súchil, donde encontró á su tropa que se había abierto paso á machete entre los bejucales y pantanos de la ribera del río.

Allí mandó preparar mil mulas que tomó de San Juan Guichicovi, pero como no tenían aparejos, la carga se hacía imposible, entonces mandó que se improvisaran con tablas que facilitó la Compañía Luisiana, y sepos de los en que venían empacadas las armas, y con los carpinteros que había en la tropa se puso él mismo á dirigir los trabajos y á hacer nuevas cajas para diez fusiles con lo que se facilitó la carga de las asémilas.

Durante todo el tiempo que se empleó en esas operaciones, los soldados y el mismo Don Porfirio no tenían más alimento que plátanos, piñas *simarronas* y la pesca que podían adquirir.

Dispuesto el cargamento salió de Súchil á jornadas muy cortas y con una marcha penosísima, y sosteniendo diariamente tiroteos con el enemigo; así llegó al Llano de Saravia, donde las autoridades de Tehuantepec habían situado más de 200 carretas y 20 guayines que facilitó la Compañía Luisiana, con lo cual pudo llegar sin novedad el armamento hasta Tehuantepec.

Hemos entrado en estos detalles minuciosos porque ellos caracterizan perfectamente al General Díaz, para quien las dificultades nunca existieron, pues á fuerza de ingenio, actividad y energía, sabía vencerlas, condiciones de su carácter que necesariamente tenían que llevarlo muy lejos.

Mientras que Don Porfirio se ocupaba en la hazaña del convoy, los sucesos de la guerra habían tomado nuevo cariz.

Creyendo el Gobierno de Veracruz que no había en Oaxaca Jefes organizadores, y con motivo de las disenciones que había entre los caudillos del orden civil y los Jefes militares, Don Benito Juárez nombró al General Iniestra para que organizara una brigada que saliera á la Mesa Central á batir á los reaccionarios. Iniestra salió de Oaxaca para Tehuacán con 2000 hombres bien armados y disciplinados, pero el descontento de la oficialidad hizo que el Presidente Juárez le quitara el mando y colocara en su lugar al Coronel Don Ignacio Mejía. En Tecomavaca recibió éste la fuerza y continuó la marcha para Tehuacán, donde se debían incorporar Alatriste y Carvajal; pero como no se presentaron, regresó Mejía para Teotitlán, donde lo derrotó completamente Don Vicente Miñón en connivencia con Don José María Cobos, el 30 de Octubre de 1859. Cobos ocupó por segunda vez á Oaxaca y el Gobierno de este Estado se retiró para la Sierra de Ixtlán.

Poco después, Cobos destacó una columna de reaccionarios sobre Tehuantepec, columna que mandaba el General Alarcón.

De todos estos hechos no tenía conocimiento Don Porfirio. Así es que fué grande su sorpresa, cuando á poco de haber desembarcado el armamento, supo que Alarcón pernoctaba en el pueblo de Jalapa y pedía cuarteles en Mixtequilla, que dista dos leguas de Tehuantepec. Por otra parte los sublevados de Pochutla á las órdenes de Eustaquio Manzano, y en unión de Ojeda Santibáñez,

que mandaban á los sublevados de Tehuantepec, llegaban á la Hacienda de Zuleta distante seis leguas.

La situación no podía ser peor y á Don Porfirio no le quedaba más recurso que irse para Juchitán, pero para transportar un convoy tan considerable, no había carretas disponibles, y con las pocas que consiguió, empezó á cambiar el armamento para el barrio de San Blas, en tanto le enviaban las carretas que con urgencia mandó traer á Juchitán. Al día siguiente, recibió 200 de ellas y salió para Juchitán, abriéndose paso por entre el monte, y se internó hasta la más tupida arboleda, tapando, después de haber pasado, el camino que abrió. Luego que estuvo seguro el armamento, se dedicó á formar un batallón de juchitecos, al que dió el nombre de «Independencia,» y puso al mando del Teniente Coronel Pedro Gallegos.

Los reaccionarios en vez de haber ocupado Tehuantepec, permanecieron en Areu y Tagolaba, porque creían que Don Porfirio había minado el convento de Tehuantepec.

Don Porfirio, una vez que organizó su batallón, salió con él por rodeos al monte, y sin que los soldados supieran á dónde iban, cortó el camino que conduce de Ventosa á Tehuantepec. El río estaba crecido y se dificultaba el paso para Tehuantepec, y para entretener al enemigo y que no sintiera ó sospechara que lo iba á combatir por retaguardia, situó algunos soldados de San Blas á su frente, los que durante la noche lo estuvieron tiroteando y de esa manera pudo Don Porfirio llegar á la madrugada del 25 de Noviembre de 1859, á las avanzadas del enemigo. Luego que descubrió las fogatas, dejó su caballo con la columna, y acompañado de cuatro oficiales notables por su audacia y valor, se internó con ellos entre las milpas hasta llegar á donde estaban los hombres que formaban la avanzada, se arrojaron sobre ellos y sin disparar un solo tiro, los aprisionaron. Este golpe de mano tan audaz y llevado á cabo tan felizmen-

te, dió por resultado el triunfo; pues si uno se hubiera escapado ó se hubiera disparado un solo tiro, el asalto al enemigo hubiera sido imposible.

Don Porfirio asciende á Coronel.

Hemos dicho que la audacia y valor temerario de Don Porfirio le permitieron sorprender y capturar á la avanzada del enemigo sin que hubiera un solo disparo, y que tal hazaña la efectuó con el auxilio únicamente de dos oficiales. El grueso de la tropa no podía creer que la atacara el Caudillo Oaxaqueño por retaguardia, tanto más cuanto que la avanzada no daba ninguna seña de alarma, y que reforzó sus vigías por el camino de Tehuantepec á Juchitán, en la creencia de que por aquel lado sería combatido; así es que destacó su caballería hasta un punto mucho más cerca de Juchitán que del punto en que estaban la mayor parte de los soldados.

La tropa se hallaba acantonada en una casa de la plaza principal de Sta. María Areu, en el cerro de la Cueva y en el de Tagolaba. Don Porfirio conocía perfectamente esta posisión, y una vez sorprendida la vanguardia formó una columna de ataque al mando del Capitán F. Cortés para que atacara el cerro de Tagolaba; otra que mandaba Gallegos, obraría sobre el de la Cueva, y él se quedó con la tercera columna para atacar la plaza. El enemigo muy ajeno de que estaba cercado por las columnas republicanas, al amanecer, tocó rancho y luego salió la banda á la plaza á dar el toque de diana. En ese momento, como por encanto, apareció Don Porfirio por una de las calles que desembocan á la plaza y batió el cuartel con tal violencia que penetró á él antes de que la banda enemiga hubiera tenido tiempo de entrar y dar aviso de lo que ocurría. Las columnas que cercaban los cerros, luego que oyeron los primeros disparos, atacaron con energía.

La sorpresa de los de la plaza fué tal, que los asaltan-

tes tropezaron con la guardia que aun estaba acostada en el zaguán de la casa que les servía de cuartel, y lo mismo pasó con las cuadras, de manera que apenas pudieron defenderse media hora con un fuego nutrido, y cayó el cuartel en poder de Don Porfirio. Inmediatamente que lo tomó, mandó reforzar la columna del Capitán Cortés que ya descendía del cerro, porque había sido herido. Hizo lo mismo con Gallegos y á pocos momentos ocupó todas las posesiones del enemigo. Pero cuando ya parecía que el combate estaba terminado, apareció Trujeque con su caballería que venía en auxilio de la plaza no creyendo que la fuerza que estaba allí era liberal. Después que salió de su error, por el fuego activo con que fué recibido, huyó rumbo á Oaxaca, y como Don Porfirio no tenía caballería, no pudo perseguirlo. Los reaccionarios quedaron completamente derrotados no obstante su fuerza que pasaba de mil hombres, en tanto que la de Don Porfirio apenas llegaba á trescientos setenta. Como se ve, sólo la estrategia, el arrojo. y valor de Don Porfirio, pudieron darle el triunfo en un combate en que el número de fuerzas enemigas, era más que suficiente para haberlo despedazado.

Después de la victoria, los auxiliares de las tropas de Don Porfirio se disolvieron y él se quedó sólo con 40 hombres, de modo que si á Trujeque se le ocurre atacarlo, lo hubiera destruído completamente.

Al terminar el combate, Don Porfirio dirigió una calurosa alocución á sus soldados, y un americano que allí se encontraba, tomó nota de ella sin que Don Porfirio lo supiera, y lo mandó al «Herald de Nueva York,» periódico que la publicó.

Cuando el Presidente Juárez, que estaba en Veracruz, supo del triunfo obtenido por el Caudillo Oaxaqueño, le mandó el despacho de Coronel de Guardia Nacional.

Primera derrota de Don Porfirio. Batalla de Mitla.

Luego que tuvo Don Porfirio su despacho de Coronel, se ocupó en Juchitán de organizar un batallón, pues tenía intenciones de tomar Oaxaca, ocupada entonces por los reaccianarios.

Cuando su batallón estaba listo, por orden del Presidente Juárez, se le unieron las fuerzas de Ruiz y de Vela, procedentes de Chiapas. Con esa columna salió de Tehuantepec rumbo á Oaxaca, el 5 de Enero de 1860. Después de una penosa marcha y de haber sujetado á los juchitecos, quienes querían sublevarse, llegó hasta cerca de Tlacolula, donde de improviso fué atacado por Canalizo que formaba la vanguardia de Marcelino Cobos, que estaba en Tlacolula, con 1,300 hombres; y al saber que venía Don Porfirio, mandó á Canalizo á darle encuentro y después salió con el grueso de su fuerza para atacarlo.

Don Porfirio resistió el primer ataque del enemigo y en él quedó muerto el Coronel Canalizo, lo que dió el triunfo á Don Porfirio, quien ocupó la Hacienda de Xaga, cerca de Mitla. Poco después llegó la infantería y artillería de Cobos, y cuando cercaban á Don Porfirio, los juchitecos huyeron antes del combate. El enemigo atacó con brío la loma que defendía Don Porfirio, pero fué enteramente derrotado, no obstante la huída de los juchitecos, pues con el resto de los granaderos que siempre fueron fieles á Don Porfirio, resistió vigorosamente quitándole dos piezas de artillería. Pero bien pronto se rehizo el enemigo, y Don Porfirio que sólo había quedado con 80 hombres, tuvo que dejar las piezas capturadas y abandonar la colina en poder de los contrarios; siguió el camino de la sierra, perseguido muy de cerca por las tropas de Cobos.

Esta fué la primera derrota que sufrió Don Porfirio, la cual lo contristó demasiado, pues ya se había acostumbrado á triunfar en cada acción que emprendía.

Después del fracaso siguió para la sierra de Ixtlán, á incorporarse á la columna que debía reunírsele en Tlacolula, pero no lo consiguió sino tres días después de la derrota, y sintió mucho no haberse encontrado en la batalla que dicha fuerza, al mando de Ordaz, dió en Sto. Domingo á los Cobos, José María y Marcelino, que reunieron sus fuerzas para ir al encuentro de la columna.

En esta acción fueron completamente derrotados los Cobos, pero el Gobernador de Oaxaca, Díaz Ordaz, gravemente herido, murió al siguiente día del combate, y la columna quedó al mando del Coronel Salinas, hombre de mucho valor, pero de pocos conocimientos militares. En Tlalixtac, se le incorporó Don Porfirio, avergonzado de su derrota, y le propuso sitiar y tomar Oaxaca. Obsequiada la indicación de Don Porfirio, el 10 de Febrero de 1860, llegó la columna á San Felipe del Agua, que tomó á viva fuerza y comenzó el sitio que duró hasta el 11 de Mayo del mismo año en que la columna sitiadora se vió obligada á levantarlo; porque habiendo algunas discusiones entre Don Marcos Pérez Gobernador de Oaxaca y el Coronel Salinas, que era Gobernador interino, los amigos de éste creían que debería ocupar el Gobierno definitivamente y hostilizaron á Pérez, por lo cual éste ordenó á Don Porfirio que aprehendiera á Salinas y se encargara del mando de las tropas sitiadoras. Don Porfirio comprendió lo peligroso que era para la causa que defendía, la división entre los caudillos liberales, y suplicó á Don Manuel Toro que fué el que le llevó la orden, que rogara á Don Márcos Pérez no insistiera en que se ejecutara tal orden. Don Márcos, aunque no aprobó la conducta de Don Porfirio no insistió, pero el Presidente Juárez supo las discusiones que había y entonces mandó como Jefe de las tropas al General Don Vicente Rosas Landa, quien se encargó del mando el mes de Febrero de 1860.

Este jefe, acostumbrado á mandar tropas disciplinadas, no aprobó los proyectos de los jefes sitiadores, para

dar un asalto y tomar la plaza, sino que ordenó que sólo se hostilizara al enemigo mientras llegaban fuerzas de Veracruz.

Indudablemente que si sigue los consejos de Don Porfirio el sitio no se hubiera levantado, pues durante los tres meses en que sólo se titoreaba al enemigo se hubiera tomado la ciudad, antes de que la columna de más de mil hombres que mandó el Gobierno reaccionario establecido en México, para auxiliar á los sitiados, hubiera llegado. Pero no fué así, y cuando el Coronel Mariano Miramón, hermano del General Miguel Miramón, que era Presidente, se acercó á Oaxaca, Rosas Landa ordenó levantar el sitio, lo que se verificó el 11 de Mayo de 1860.

Aunque el sitio se malogró, Don Porfirio durante él, ejecutó hechos, que como todos los suyos, están caracterizados por un exceso de valor y atrevimiento y de fecunda inventiva que no podemos dejar de narrar, así como otros que pintan perfectamente al jefe Landa, causa principal del mal resultado de aquel hecho de armas.

Don Porfirio, sin tener orden de Landa, quiso ganar una manzana al enemigo y para ello se acercó á la casa que lleva el nombre del «Habitero,» porque en ella vivió un fraile que hacía hábitos. Esta casa estaba coronada en todas las azoteas por los reaccionarios que hacían mucho daño á las tropas liberales. Don Porfirio determinó tomarla, y en la noche subió á su hermano al pajar de la casa de enfrente de la del «habitero» y atrincheró la parte alta; al día siguiente, desde las ventanas tirotearon al enemigo; éste, que no sabía que en los altos había tropa, salió á la azotea con gran parte de su fuerza, y en ese momento, el hermano de Don Porfirio rompió un nutrido fuego, que los obligó á dejar la azotea; entonces Don Porfirio atacó el frente y tomó la casa y otras más de la manzana.

Con igual sigilo, horadó la pared de una casa contigua á la en que estaba el enemigo, puso en la puerta un

petardo, la voló y por ella se arrojó el Mayor de Artillería Don José Antonio Gamboa, en tanto que Don Porfirio y su hermano lo protegieron con un fuego nutrido desde la azotea.

Fué tal la sorpresa del enemigo por ese ataque inesperado, que desconcertado completamente abandonó la casa y quedó Don Porfirio en posesión de toda la manzana.

El General Rosas Landa no obstante que se había negado á que se diera un asalto como lo deseaba Don Porfirio y la mayoría de los oficiales, y sólo permitía que se tiroteara al enemigo, ordenó á Don Porfirio que tomara por asalto el convento de la Concepción. Este era un punto que dominaba la plaza, y de ser tomado, ésta quedaba con toda seguridad, tomada también. Así lo comprendían los reaccionarios y por lo mismo tenían muy bien defendido aquel punto. La impericia de Rosas Landa hizo que en ese ataque se sacrificaran muchas vidas inútilmente, como se verá por la narración de los hechos, que mandó ejecutar á Don Porfirio, sin dejarle á éste más iniciativa que en los detalles.

No había Ingenieros entre los sitiadores, y Landa dispuso que un Teniente Coronel Liévanos funcionara como Ingeniero, para hacer minas en el Convento, sin tener más conocimientos que los que adquirió en Guadalajara, practicándolas bajo la dirección de Ingenieros. Así hizo tres minas, una en cada esquina del edificio, pero las tales minas al ser incendiadas estallaron fuera de los muros del Convento, y por consiguiente, nada le hicieron.

Entonces Landa mandó á Don Porfirio que asaltara una puerta que tenía el Convento frente á los sitiadores. Don Porfirio con grandes peligros quemó la puerta, y resultó que tras de la madera había un muro de cantería. Entonces Landa le ordenó que destruyera el muro no á cañonazos; sino á barretazos y por allí diera el asalto; disposición enteramente descabellada, porque la puerta

estaba enfilada por una trinchera desde la cual hacía un vivo fuego á los sitiadores. No obstante, Don Porfirio obedeció y para protejer á los trabajadores, mandó desarmar una mesa de billar y con las tablas recortadas, sobre los muros del Convento hizo que oradaran la pared; pero cada operación de estas costaba muchas vidas inútilmente, pues el asalto era imposible, porque luego que aparecía un agujero hecho por las barretas de los trabajadores, ese agujero servía de claraboya al enemigo para hacer fuego á quemarropa y sin peligro alguno por su parte.

Mirando Rosas Landa que era imposible el ataque del modo que lo había ordenado, mandó á Don Porfirio que añadiera las escaleras que servían para encender los faroles de las calles, y que por ellas subieran los asaltantes, providencia que igualmente costó muchas vidas y no dió efecto, pues era imposible que subieran por ellas más de dos ó tres soldados que servían de blanco al enemigo.

Al fin tuvo que desistir de su proyecto Rosas Landa.

Rosas Landa no quería á Don Porfirio, porque comprendía la superioridad de éste sobre él, y además porque se sintió humillado una vez que Don Porfirio, lo llevó á que hiciera un reconocimiento, que resultó muy mortificante para Landa. Don Porfirio había proyectado tomar la plaza, y le enseñaba á Landa, sobre el plano de la ciudad, las manzanas que debían atacarse, y para mejor explicarlo, se lo llevó á un punto que se llama el Petatillo, que es una pradera del Marquesado.

Colocado cerca de una nopalera, en presencia de algunos oficiales, hacía su explicación Don Porfirio, cuando el enemigo, que los había visto, disparó un cañonazo, y la bala pasó entre Don Porfirio y Landa, pero éste se retiró con tal pavor, que cayó sobre los nopales y se llenó de espinas.

Don Porfirio no pudo menos que reírse del hecho; lo ayudó á levantarse y á quitarse las espinas, y Landa se

quitó de aquel lugar y se puso á cubierto de los fuegos del enemigo. Los oficiales que vieron el caso lo divulgaron entre la tropa, la que ridiculizaba á Landa, y desde entonces, éste tomó mala voluntad á Don Porfirio. Otro incidente acabó de prevenir en contra de éste á Landa, y es el siguiente, que la tropa, con su expresivo lenguaje, manifestaba diciendo, que Don Porfirio le *sumió* el *resuello* al General Landa:

Cuando este jefe reconvenía por algo, lo hacía en un lenguaje completamente soez. Un día Cajiga pidió municiones porque el día anterior había hecho gran consumo de ellas tiroteando á una guerrilla, y con este motivo Landa le mandó un recado muy grocero. Cajiga consultó á Don Porfirio lo que debería hacer, y éste le dijo:

—Aquí ya no se trata del General al Coronel, sino que es un asunto que debe tratarse como si fuera entre dos hombres iguales, porque un superior jamás tiene derecho de insultar á un inferior.

Cuando Don Porfirio vió que Cajiga no quería afrontar la cuestión, le dijo al ayudante que llevó el recado:

—¿Es Ud. capaz de decir que á mí me lo dió, creyendo que era para mí como jefe de la brigada y del puesto militar á que pertenece Cajiga?

—Sí, no tengo inconveniente, contestó Villalobos, que era el Ayudante que llevó el recado.

—Vamos á ver á Landa, dijo Don Porfirio, y se encaminó á la tienda en que éste se encontraba.

La tienda de campaña del General Landa estaba hecha con ramas en el cerro, y en ella se encontraban felicitándolo, porque era día de su santo, Mejía, Ramos, Salinas y otros jefes, todos muy contentos; cuando se presentó Don Porfirio.

Luego que lo vió Landa, exclamó:

—Ahora sí estamos completos, venga Ud. Porfirio, tómese una copa.

—Yo no vengo á tomar nada, contestó Don Porfirio,

vengo á ver si usted me mandó este recado.—Y echó pié á tierra Don Porfirio, y examinó su carabina.

—No ha de haber sido así,—dijo sonriéndose Landa, —y Ud. debe castigar al ayudante que se lo llevó.

—Me basta, contestó Don Porfirio, con esta respuesta, pues el recado debe haber sido dado en presencia de personas que conocen la verdad; y se retiró de la tienda.

Antes de haber entrado en ella, Don Porfirio dijo á Velasco á lo que iba, y éste mandó formar cincuenta hombres en actitud de combate, así es que cuando salió de la tienda Don Porfirio, encontró formado el batallón de Velasco.

—¿Qué sucedió?—le dijo éste.

—Nada, que se desdijo, contestó Don Porfirio.

Como estaban hablando cerca de la enramada, salió Villasana de la tienda y les dijo:

—Coronel, se oye todo lo que Uds. dicen y el General puede mandarlos fusilar—Villasana era ayudante de Landa.

—No importa,—contestó Don Porfirio—estoy dispuesto á todo.

Entonces el Ayudante les suplicó mucho que se retiraran y así lo hicieron.

Los episodios narrados, además de que ponen de relieve el valor personal de Don Porfirio, y lo mucho que cuidaba éste de que su delicadeza personal no fuera herida por ningún motivo, pues sabía que con ello adquiriría gran prestigio entre sus compañeros de armas, caracterizan también lo deficiente de la educación militar de Landa, y sirven de base para creer que con un jefe como aquel, era muy difícil que el Coronel Díaz realizara otras hazañas que le dieran mayor nombradía.

Así sucedió, cuando al saber que se acercaban las fuerzas reaccionarias á dar auxilio á los sitiados, se determinó levantar el sitio. Rosas Landa citó una junta de Jefes y Oficiales y propuso que las tropas sitiadoras se retiraran á la Sierra. Don Porfirio, con acaloramiento, combatió

aquella proposición que habían aceptado desde luego los oficiales que acompañaron á Landa desde Veracruz; y aunque tuvo en su apoyo la opinión de los jefes oaxaqueños, no consiguió, como deseaba, que en vez de retirarse á la Sierra, la División marchara desde luego al encuentro del enemigo y librara combate á campo razo.

—Si lo derrotamos,—decía Don Porfirio—esa victoria nos abrirá las puertas de Oaxaca; y si él nos derrota, entonces habrá tiempo de irse para la Sierra y organizar de nuevo la campaña.

Pero, como ya hemos indicado, Landa estaba predispuesto contra el Caudillo oaxaqueño y no aceptó la idea de éste, no obstante que pasaron tres días en agrias discusiones; hasta que al fin, fué imposible ya salir al encuentro del enemigo; se levantó el sitio y se retiró el ejército sitiador para la Sierra. En esta retirada ocurrieron dos incidentes dignos de notarse, porque ellos ponen de manifiesto los buenos sentimientos de Don Porfirio y que jamás se prestó á que se ejecutasen en su presencia acciones indignas, como el asesinato que se quería hacer con Landa.

Al levantarse el sitio de Oaxaca y retirarse las tropas para la Sierra, fué tal el disgusto que produjo este hecho en la oficialidad oaxaqueña, que Don Luis Carbó, en combinación con otros oficiales, se propuso asesinar al General en Jefe Landa, luego que se presentara la oportunidad.

En la retirada, se encomendó el mando de la retaguardia á Don Porfirio, con orden de atacar á Alarcón que los perseguía de cerca.

Al llegar la columna cerca de San Agustín de las Cuevas, Landa se metió en una ermita á defenderse del sol y en espera de que Alarcón se acercase. Don Porfirio que jamás se defendía del sol ni de la lluvia y que siempre había tenido á mal que los oficiales lo hicieran, ese día, comprendiendo por instinto el peligro que corría Landa, se metió con él á la ermita, y ésto salvó la vida

del General en Jefe, pues momentos después se presentaron Don Luis Toro y otros oficiales y le hacían señas á D. Porfirio para que se hiciera á un lado y quedara á descubierto el General para hacer fuego. Don Porfirio, lejos de darles gusto, les hizo comprender con su actitud que lo defendería á todo trance. Así lo hizo y consiguió que llegara sin novedad hasta Teococuilco.

Felizmente para Landa, en aquel pueblo dispuso separarse de los oaxaqueños y les manifestó que regresaba á Veracruz á dar cuenta á Juárez de que aquellas tropas eran completamente indisciplinadas, y por consiguiente inútiles para efectuar con éxito la campaña. En efecto, marchó para Veracruz con la tropa que había traído, y la columna quedó al mando de Salinas, quien sólo con su Estado Mayor se dirigió á Ixtlán, y Don Porfirio tomó rumbo á Ixtepexi, donde el General reaccionario Trejo, con una columna de 700 hombres atacaba la población defendida por los vecinos armados y algunos guardias nacionales que consiguieron detener el empuje de Trejo, durante dos días.

El 15 de Mayo de 1860 en la mañana, cuando ya casi iba á tomar la población Trejo, se presentó Don Porfirio, y después de un sangriento combate, lo obligó á retroceder para Oaxaca; y como Don Porfirio conocía el terreno mejor que Trejo, consiguió adelantar por veredas, una fuerza que salió al encuentro de los reaccionarios como á dos leguas de la vanguardia, y entonces la derrota de éstos fué completa. Don Porfirio, comprendiendo que esta acción tan importante, podría influir en el ánimo de Juárez, cuando recibiera los informes malos que Landa le daría, mandó á un oficial con orden de que llegara á Veracruz, antes que aquel.

Así se verificó, y Landa quedó sorprendido mucho del triunfo de Don Porfirio, cuando se lo refirió Juárez, al recibir los malos informes que Landa le daba. La derrota de Trejo, dejó á Don Porfirio y á Salinas en actitud

de organizar y reponer sus tropas para atacar y tomar Oaxaca.

Cuando esto se verificaba, el hermano de Don Porfirio recibió una carta del Coronel Montero, que era de las fuerzas reaccionarias de Oaxaca, ofreciendo entregar sin efusión de sangre, la ciudad, facilitando el asalto, por el precio de 10,000 pesos.

Don Porfirio tuvo el presentimiento de que aquello era un ardid, y citó á Montero á un punto en que solos pudieran hablar; pero éste no concurrió á la cita, pretextando, que se sospechaba de él, y manifestó en su segunda carta; que entregaría el convento del Carman, cuando las tropas se acercaran hasta las puertas del Convento en la noche, y ejecutaran la contraseña, consistente en hacer un círculo con un puro ó cigarro encendido.

En vista de esta carta, Don Porfirio, con una lógica clarísima y que en esta vez le salvó la vida y le dió el triunfo, hizo esta deducción: Si es un ardid, al saber que voy á entrar por el Carmen, este punto ha de estar muy reforzado y descuidado el otro punto importante del Convento de Sto. Domingo; en consecuencia, ordenó que el grueso de su columna atacara en su oportunidad y con el sigilo necesario, á Sto. Domingo, y sólo cincuenta hombres se acercaran por el Carmen, pues en caso de que el punto fuera entregado, se contaba con el 9? batallón que se pasaría á sus filas. Combinado este plan, regresó Don Porfirio á la sierra á encontrar á Salinas que lo esperaba al pié de la serranía; pero comenzó en esos momentos un aguacero tan fuerte que obligó á los soldados á refugiarse donde podían; para librarse de las corrientes que bajaban de los cerros y hacían imposible todo movimiento.

Esto ocasionó que aquella noche no se diera el asalto sobre Oaxaca.

Al día siguiente, que era 5 de Agosto de 1860, Don Porfirio supuso que no volverían contentos sus soldados á la sierra, y como salió una fuerza de Oaxaca á tiro-

tearlos; con objeto de hacerlos tomar aquel camino, Don Porfirio no lo hizo así y se dirigió á la Hacienda de San Luis, y ocupó también la Hacienda de Dolores, cercanas las dos á la ciudad. Esto le valió el no ser derrotado, pues todo había sido un ardid, y si regresa para la sierra, se hubiera encontrado con la columna de Don Manuel González que estaba emboscada.

Luego que Don Porfirio supo que se hallaba oculta en la sierra la tropa enemiga, mandó al Capitán Fidencio Hernández y á Don Luis Cataneo, para que atacaran á González, quienes lo derrotaron, obligándolo á reunirse con el grueso de los reaccionarios que estaban en el Fortín de la Soledad.

En esos momentos era rechazado de la Hacienda de Dolores, el General Cobos, quien, con el núcleo de toda su fuerza, tres baterias, y los derrotados de Don Manuel González, formó una columna y atacó á la Hacienda de San Luis que ocupaba Don Porfirio. Entonces éste, mandó que todas sus tropas hicieran un movimiento general y salieron á campo razo á encontrar á Cobos al cual rechazaron, quedando en poder de los liberales los cañones más pesados que llevaba Cobos, y éste se retiró á la ciudad.

Don Porfirio con los batallones de Morelos, Huejutla y Miahuatlán, atacó la plaza de armas, en tanto que Salinas atacaba el Fortín de la Soledad.

Don Porfirio encontró una tenaz resistencia en las calles y en medio de un fuego nutridísimo penetró hasta la plaza, pero perdió mucha gente y oficiales y él mismo recibió un balazo en una pierna que de casualidad no tocó el hueso. A pesar de estar herido siguió combatiendo, hasta que desalojó al enemigo de la plaza de armas, de Catedral, del Palacio y de la Concepción, dejándolo reducido á los Conventos del Carmen y San Agustín.

Durante la noche del 5 de Agosto, horadó las manzanas que daban á San Agustín para asaltarlo el 6 en la

madrugada, pero cuando disponía sus columnas para el asalto, tuvo noticia de que el enemigo derribó las tapias del Convento y se había fugado.

Don Porfirio, como había seguido luchando, ya herido durante el día anterior y la noche del mismo día 5, el día 6 después de cerciorarse que el enemigo abandonó la población; estaba muy fatigado y no pudo perseguirlo; pero su hermano, que se le había incorporado durante el asedio de Oaxaca, censuró duramente delante de Don Justo Benítez la conducta de Salinas, por no haber perseguido al enemigo, y entonces se le ordenó que lo persiguiera con un piquete de caballería mal municionado. Entonces Don Félix Díaz para que no se desmoralizara esta tropa, llenó con ladrillos algunas cajas de parque y se las llevó. Alcanzó á Cobos á los tres días, lo batió de improviso en las Sedas, quitándole diez cañones y haciéndole muchos prisioneros, entre los que había cuatrocientos soldados de caballería, mismos que le sirvieron de base para organizar después su famoso Regimiento de Lanceros de Oaxaca, con los que hizo la campaña á las órdenes del General Salinas.

La toma de Oaxaca, le valió á Don Porfirio el despacho de Coronel del Ejército permanente.

Los hechos anteriores corroboran la opinión, de que si desde el principio del asedio que se vió obligado á levantar el General Landa, se tienen en consideración las proposiciones de Don Porfirio, mucho antes hubiera sido tomada Oaxaca, pero Landa se empeñó en creer que aquellas tropas indisciplinadas no le eran útiles y todo se malogró por aquella vez.

Recobrada la capital, se estableció en ella el Gobierno, siendo el Jefe del Ejecutivo Don Márcos Pérez, maestro, como hemos dicho, de Don Porfirio.

Don Márcos nombró Jefes políticos de Yautepec y Zimatlán, respectivamente, á Don Juan N. Hernández y á Don Juan Escobar, quienes extorcionaron los Distritos de tal modo que hubo contínuas quejas, lo que sirvió de

base para que los enemigos políticos de Don Márcos, se propusieran derrocarlo. Don Porfirio sabía que Salinas era el principal enemigo de Don Márcos y trabajó mucho para que éste no lo hostilizara. Así lo ofreció para que quitara los Jefes políticos que hemos mencionado, pero no quiso hacerlo Don Márcos, no obstante que Don Porfirio le hizo ver que si persistía en apoyarlos, los resultados le serían funestos. Que mientras Don Porfirio estuviera en Oaxaca, nada le harían, pero estaba próxima la salida de éste y entonces se desencadenaría la tempestad. Así sucedió. El 20 de Octubre de 1860 salió de Oaxaca Don Porfirio, y Don Márcos Pérez fué encausado, bajo el pretexto de que no había presentado la memoria anual que exigía la Constitución del Estado, y la Legislatura, el 10 de Noviembre del mismo año, lo depuso y se nombró á Don José Esperón, Gobernador de Oaxaca.

Aquella injusticia hirió profundamente á Don Márcos Pérez, y le ocasionó una enfermedad que le condujo á la tumba el 19 de Agosto de 1861. La República perdió, por esta causa, uno de sus más eminentes y preclaros servidores.

Campañas de Don Porfirio fuera del Estado de Oaxaca.

Hasta hoy hemos seguido al heroico Coronel Don Porfirio Díaz en sus atrevidas empresas y hechos de armas verificados en el Estado de Oaxaca. Vamos, en lo de adelante, á narrar sus grandes hazañas en los Estados de Puebla, México y Pachuca, y á seguir paso á paso el sendero que le condujo á la gloria y á la inmortalidad por los servicios eminentes que prestó al país en una época, fecunda en epopeyas grandiosas, como lo fué sin duda la de la Intervención Francesa.

El 20 de Octubre de 1860, salió Don Porfirio de Oaxaca, con el carácter de Mayor de Ordenes del Coronel Salinas, y una columna, organizada durante los dos me-

ses anteriores por ambos guerreros, y que se componía de los batallones de Morelos é Hidalgo, mandados por los Coroneles Velasco y Tiburcio Montiel; un Escuadrón de Lanceros á las órdenes del hermano de Don Porfirio, D. Félix Díaz, y una sección del Cuerpo Médico y Ambulancia,mandada por el Dr. Macedonio Muñoz Cano.

Esta columna, aun que bien organizada, estaba compuesta casi en su totalidad, de oaxaqueños, gente que en aquella época se había acostumbrado á pelear con notable valentía, pero en su territorio; fuera de él cambiaba completamente, al grado que había un adagio que ridiculizaba á los oaxaqueños, pues de ellos se decía:—«Son valientes hasta el Marquesado»—con lo que se indicaba, que fuera de Oaxaca no valían nada. Don Porfirio sabía esto, y puso todo el empeño y energía posibles para que aquel adagio, en lo sucesivo fuera una solemne falsedad, y lo consiguió no sin grandes esfuerzos como veremos en seguida.

Los Coroneles Montiel y Velasco, fraguaron una conspiración para que al salir de Oaxaca, sus soldados se desbandaran. Lo supo Don Porfirio y los amonestó severamente; sin embargo en la primera jornada, hubo una gran eserción, lo que contrarió bastante á Don Porfirio, y pa- ra evitr que continuase la deserción, ordenó que se distribuyeran los soldados á oficiales, con una lista de los que cada uno debía cuidar y de los que eran responsables, bajo la pena de degradación, y servicio como soldados rasos en otro Batallón. Tal medida dió magnifícos resultados, y la columna oaxaqueña llegó con muy pocas bajas á incorporarse en Tehuacán con la División que mandaba el General Ampudia.

La oficialidad oaxaqueña, cuando la División de Ampudia llegó á Pachuca, intentó de nuevo sublevarse, bajo el pretexto de que no se tomaba la inaciativa contra el enemigo, y fué necesaria toda la estimación que dichos jefes tenían á Don Porfirio, y que éste emplease toda su

influencia haciéndoles ver el descrédito que traería á la causa que defendían, tal proceder, para que desistieran.

Entre tanto el General González Ortega, seguía á Miramón que salió de México rumbo á Calpulalpan, y Ampudia determinó colocarse á la retaguardia de Miramón; mas como los correos que dieron aviso de aquellos movimientos, no lo hicieron con oportunidad, cuando Ampudia llegó á Tula, ya Miramón había sido derrotado en Calpulalpan por González Ortega. Reunidos ambos cuerpos de Ejército, entraron á la Capital de la República el 4 de Enero de 1861.

Dueño el Gobierno liberal de la Capital, dispuso que todas las Guardias Nacionales volvieran á sus Estados y Don Porfirio regresó á Oaxaca. Allí se enfermó de tifo, enfermedad que el ejército triunfante llevó á México, y lo infestó, y después los Guardias Nacionales lo llevaron á su Estado.

Don Benito Juárez regresó de Veracruz y el Gobierno Constitucional se instaló en la Capital de la República. Entre tanto, Don Porfirio fué electo Diputado al Congreso de la Unión, y luego que se alivió del tifo, entró al desempeño de sus funciones.

El 4 de Junio de 61, Don Leonardo Márquez trató de penetrar por sorpresa á México, y atacó la ciudad por la Garita de la Tlaxpana. En aquellos momentos, el Congreso estaba en sesión, y el Presidente Don Blas Balcarcel dijo á los Diputados que, si el enemigo llegaba hasta Palacio, que los encontrara cumpliendo con sus deberes, y por lo mismo no convenía que ninguno se separara de la sesión.

Entonces Don Porfirio pidió la palabra y dijo: que en su carácter de militar más le convenía ir al combate que esperar, y por lo mismo que se le diera permiso á ese fin. La Cámara concedió el permiso á Don Porfirio y también á Don Antonio Gamboa, que era Mayor de Artillería, y ambos se dirigieron violentamente á San Fernan-

do, donde estaba la División de Oaxaca que resistía la columna enemiga.

Mejía estaba sin Jefes, y le acababan de herir al Teniente Coronel Alejandro Espinosa, y por lo mismo luego que vió á Don Porfirio y á Gamboa se alegró mucho, y ordenó al primero que con el Batallón de Granaderos flanquearan al enemigo. Don Porfirio sin ser sentido de éste, marchó por los acueductos hasta salir al encuentro, y al ser atacado por donde no lo esperaba, se retiró del campo de combate dejando muchos heridos y prisioneros; pero en la premura con que hizo la retirada, una gran parte de la tropa se metió á una plazuela sin salida, y allí la hizo prisionera Don Porfirio.

Terminado aquel hecho de armas volvió Don Porfirio al desempeño de sus funciones como Diputado; pero al día siguiente se le ordenó, previo permiso de la Cámara, que tomara el mando de la Brigada de Oaxaca, pues Mejía, que lo tenía á su cargo, se enfermó, y que se pusiera á las órdenes de González Ortega, quien salió en persecución de Don Leonardo Márquez.

Durante dos meses, la División de Ortega persiguió al Caudillo reaccionario, sin conseguir dar un combate definitivo. Estando en Toluca los liberales, se supo que Márquez pasaba por Tianguistengo, con rumbo á la Montaña. Ortega Ordenó que Don Porfirio se pusiera á las órdenes del General guerrillero Don Antonio Carbajal y que tirotearan al enemigo mientras lo alcanzaba la División.

El 12 de Agosto salieron Carbajal y Don Porfirio con el objeto indicado, y al anochecer llegaron á la Hacienda de Atenco, derrotando desde luego á 200 hombres de caballería que allí tenía apostados Márquez. En seguida entraron en Tianguistengo, y supieron que esa misma noche el grueso del enemigo se quedaba en Jalatlaco, y que entre este pueblo y Tianguistengo estaba interpuesta una fuerza de caballería de más de mil hombres.

Marcharon, pues, Carbajal y Don Porfirio, por veredas, sin ser sentidos del enemigo avanzado y llegaron á las orillas de Jalatlaco. Carbajal llamó á Don Porfirio, y desde una pequeña eminencia le señaló las fogatas que el enemigo tenía en Jalatlaco y le ordenó que lo tiroteara.

Bajó de la colina Don Porfirio y dispuso que el Teniente Canseco, que después llegó á General, con 25 hombres atacara la avanzada que estaba en la ermita, en tanto que el mismo Don Porfirio lo atacaba en la Parroquia por rumbo opuesto.

Don Porfirio iba á la cabeza de su tropa; la noche era obscura, y cuando apenas había pasado con veinte hombres por una estrecha vereda, Carbajal mandó hacer alto; así es que, sin darse cuenta de esto, se acercaba al lugar que debía atacar, sólo con un puñado de hombres. por la conducta de Carbajal. De casualidad el Capitán Barriguete que tenía orden de Don Porfirio de ir á la retaguardia de la columna, para que ésta, por lo obscuro de la noche no se dividiera, tuvo una discusión agria con Carbajal y siguió á Don Porfirio, á pesar de la orden en contrario de aquél; pero no se pudo incorporar con los primeros que pasaron, pues ya estos estaban en la Plaza con Don Porfirio á la cabeza; más al oír el tiroteo, conoció por el sonido de las cornetas donde estaban sus compañeros, y atacó por el Sur, reuniéndose en seguida á Don Porfirio. Entre tanto éste, había batido el atrio, y el Capitán Omaña, penetró también hasta allí, por rumbo distinto.

Omaña quedó prisionero, y Márquez ordenó que inmediatamente lo fusilaran. El oficial que recibió la orden lo sacó fuera del atrio, y en vez de fusilarlo se puso de acuerdo con él, para huír. En esos momentos, sonó una descarga dentro del atrio y como oyera la voz de Don Porfirio, creyó que esta descarga era con la que habían fusilado á éste, pues le suponía también prisionero. Así es que cuanda Omaña y el Oficial que huyó con él, llegaron á

las avanzadas de Gonzáles Ortega, contó lo acaecido; todos creyeron que á Don Porfirio lo habían fusilado, lo que hizo que el General Ortega dispusiera que toda la División, cercara el pueblo, y esperara á que amaneciera para dar el combate.

Por esta causa no rindió el parte oficial Don Porfirio á su jefe inmediato, sino al General en Jefe.

Y no fué en esta sóla vez en la que Don Porfirio quitó los humos al temible guerrillero Carbajal, sino que otra vez, estando comiendo Don Porfirio en una fonda de Pachuca, estaban allí, comiendo también varios oficiales de Carbajal, y éste se hallaba igualmente en una de las mesas.

Los Carbajaleños eran todos hombres temibles, sin disciplina y feroces.

Comenzaron por tirarse unos á otros con pedazos de pan, sin respeto á los jefes superiores que allí había, lo que disgusto á Don Porfiro. En esos juegos bruscos tiraron un baso de pulque en la mesa en que comía el caudillo oaxaqueño, entonces éste, sacó la pistola y le puso tiros, porque no tenía más que uno. Vió esto Carbajal y le dijo:

—Compañero, creo que le disgusta que juegen los muchachos.

No,—dijo Don Porfirio—sino que si ellos tienen derecho para tirar con bolas de pan, yo también lo tengo para tirar con bolas de plomo;—y dicho ésto se puso en pié. En aquel momento, oyó que por la espalda le decían:

—No está Ud. sólo Porfirio, aquí estoy yo también.

El que habló era el Coronel Traconis, quien lleno de indignación por las majaderías de aquellas chusmas, se alegró de ver la actitud de Don Porfirio y se puso de su lado.

Cuando Carbajal vió el ademán resuelto de Don Porfirio y de Traconis, silenciosamente salió de la fonda siguiéndolo sus oficiales.

Hemos narrado estas anécdotas, porque quien haya

conocido á Carbajal, que era una fiera, comprenderá el valor personal de Don Porfirio, y lo que es más, su noble delicadeza para no permitir que ni aun entre la canalla se cometieran actos que rebajan la dignidad del que los presencia cuando esté en su mano evitarlo siquiera sea con peligro de su vida.

Esa grandeza de carácter, mucho contribuyó á que todo el mundo respetara y sintiera simpatías por el valiente oaxaqueño, y con el tiempo le acarreó sinceros y adictos partidarios.

Cuando el Presidente Juárez supo la batalla ganada por Don Porfirio en Jalatlaco, en recompensa, le mandó á éste el despacho de General de Brigada, grado honorífico enteramente bien merecido, pues que mientras toda una división estaba con los fusiles dentro de las rodillas, él, con un puñado de valientes, se batía como un león.

Poco después de esta batalla, volvia á derrotar á Leonardo Márquez en Pachuca el 21 de Octubre, y lo siguió hasta el cerro llamado «la cruz de los ciegos,» quitándole esta posisión á viva fuerza. Cinco días después regresaba á la Capital de la República.

Vamos á seguirle ahora en hechos más gloriosos, durante la Intervención Francesa.

Mientras esto pasaba, Don Porfirio, reunido como hemos dicho, con Barriguete; después del malogrado ataque al atrio cuando Omaña cayó prisionero, seguía combatiendo, y cortó la columna con que Márquez pretendía huir del pueblo, pero sólo consiguió hacer que volvieran al atrio 700 hombres, y el resto con Márquez á la cabeza, se escaparon, debido á que ni Carbajal, ni Ortega prestaron á Don Porfirio los auxilios que les pedía, pues el uno se excusó diciendo que no podía jugar la caballería, y el otro, ya hemos dicho que esperaba á que amaneciera. Esto no obstante, el intrépido Don Porfirio con su puñado de valientes, consiguió rendir á los 700 hombres de que hemos hablado, y cuando los tuvo en

el atrio, desarmados y pecho á tierra, y atados á los oficiales, que eran 18, fué personalmente á dar parte al General en Jefe. Cuando llegó donde estaba la División, encontró á ésta toda sentada con los fusiles dentro de las rodillas y la mayoría de los oficiales acostados y envueltos en sus capas de hule porque llovía copiosamente.

Se presentó Don Porfirio al Cuartel Maestre Don Santiago Tapia, y éste lo llevó con González Ortega. Al oír la narración del heróico hecho de armas que acababa de ejecutar Don Porfirio, el General en Jefe dudó de que todo hubiera concluído, y le dijo que esperasen hasta que amaneciera porque no convenía hacer nada por lo pronto.

—Repito á Ud. General, que todo ha concluído. Soy dueño de diez cañones, de todo el bagaje del enemigo y de cosa de mil prisioneros.

A no ser bien conocido de todos los compañeros de armas de Don Porfirio, su valor temerario, su increíble arrojo, su pronta determinación para concebir y ejecutar notabilísimos hechos de armas, hubiera parecido baladronada, aquella frase. ¿Cómo podía un jefe, por valiente que fuera, con un puñado de hombres, tener mil prisioneros, diez cañones y haber puesto en fuga á un enemigo enteramente superior? Pero por increíble que pareciera tal hazaña, así era la verdad, y razón tuvo González Ortega para dudar de aquel grandioso hecho de armas del caudillo Oaxaqueño.

Mirando la insistencia de Don Porfirio, el General en Jefe montó á caballo y siguió á Don Porfirio el cual se puso un pañuelo blanco en la espalda, para que pudiera seguirlo Ortega, porque la noche era completamente obscura. Llegaron al lugar del combate y quedó convencido el General en Jefe de una victoria que ni siquiera soñaba; y esto no obstante, rehusó seguir la indicación de Don Porfirio, respecto á que se persiguiera al enemigo.

En esta acción, no sólo puso de manifiesto su pericia

militar y la superioridad de inteligencia respecto á los que eran sus jefes, sino que hizo ostensible ante sus enemigos la elevación de sus sentimientos humanitarios, pues exponiendo su propia vida, salvó la de los prisioneros, á quienes iba á asesinar personalmente Carbajal. El hecho pasó de esta manera:

Cuando Carbajal, como se recordará, había quedado á las orillas del pueblo y que no quiso auxiliar á Don Porfirio en los momentos supremos del combate, se presentó en el atrio de la Iglesia luego que el tiroteo había cesado, comprendiendo que el enemigo había sido vencido. El Capitán Barriguete estaba encargado de la custodia de los prisioneros, y cuando vió que Carbajal sacó la pistola para asesinarlos é iba á comenzar por el Teniente Coronel Aspeitia que estaba como los demás oficiales, amarrado, se interpuso, y discutió agriamente con Carbajal, lo que oído por Don Porfirio, hizo que violentamente viniera al lugar de la disputa y personalmente le arrancó la pistola de las manos á Carbajal, mediando entre ambos frases bastante duras que obligaron al jefe oaxaqueño, no obstante que estaba á las órdenes de Carbajal, á faltar al respeto á éste y hacerlo salir del atrio.

INTERVENCION FRANCESA.

El 23 de Noviembre de 1861, luego que el Gobierno supo que se había firmado la convención tripartita en Europa, formó un cuerpo de ejército de 10,000 hombres á las órdenes de Uraga. En este cuerpo, tocó el mando de la tercera División al General Ignacio Mejía, y en ella quedó Don Porfirio como Mayor General.

El General Uraga mandó á la División de Mejía á situarse en Córdoba, y como avanzada á la Brigada de

Don Porfirio, en el Camarón, y una caballería en la Soledad.

Uraga se desmoralizó mucho en la entrevista que tuvo con el General Prim, y mucho más cuando vió desembarcar las tropas francesas, con todo el aparato de guerra que le pareció demasiado imponente, y por lo mismo juzgó que aquellas huestes eran irresistibles. Declaró, pues, al Gobierno y á sus soldados que no tenía los elementos bastantes para resistir y que era inútil hacer una defensa que á nada conduciría.

Con este motivo, el 21 de Febrero de 1861, el General Don Ignacio Zaragoza, fué á relevar á Uraga, y así tocó á este ilustre caudillo la gloria de ser el héroe inmortal de la jornada del 5 de Mayo.

Verificadas las conferencias de la Soledad, el ejército mexicano se dirigió á Chalchicomula y los franceses ocuparon pacíficamente las importantes ciudades de Córdoba, Orizaba y Tehuacán.

Entonces la Brigada de Don Porfirio, siempre la primera en las batallas, fué colocada como puesto de avanzado en la Cañada de Ixtapa y Cuesta Blanca.

El núcleo del ejército de Zaragoza estaba en Chalchicomula, y el 16 de Marzo hubo en la Colecturía de aquella Ciudad la más horrible hecatombe que registra la historia y que perjudicó muchísimo á los defensores de la libertad, pues en la noche hizo explosión el parque y perecieron 1,042 soldados, 475 mujeres y quedaron heridos más de 200 soldados y cosa de 500 vecinos de Chalchicomula. Aquellas desgraciadas víctimas, eran de la 1ª Brigada de Oaxaca.

El 31 de Octubre de 1861, se firmaba en Londres la famosa convención, que trajo á las playas de Veracruz las legiones española, inglesa y francesa, para intervenir en los asuntos de México, tomando como pretexto la suspensión de pago á los acreedores de la nación, por dos años.

El 14 de Diciembre, llegaron los primeros buques españoles y el 17 ocupó Veracruz el Almirante Rubalcaba,

quien encontró abandonada la ciudad y sin guarnición alguna. Poco después llegó el General Prim, jefe de aquella expedición.

El 10 de Enero, los aliados publicaron un manifiesto exponiendo sus propósitos de intervenir en los negocios del país.

El General Don Manuel Doblado conferenció con los aliados y como notó que no estaban de acuerdo en su misiva, aprovechó esta circunstancia para firmar los preliminares de la Soledad, á virtud de los cuales se obligaron á abrir negociaciones en Orizaba para el arreglo amistoso de los asuntos que los habían traído al país, y el Gobierno mexicano permitió á las tropas interventoras ocupar Córdoba, Orizaba y Tehuacán, en el concepto de que si las negociaciones no tenían resultado favororable, regresarían á Paso Ancho. Estos preliminares fueron firmados por Prim en presencia de los Plenipotenciarios francés é inglés, quienes lo rectificaron, haciendo lo mismo el 22 de Febrero el Gobierno de Juárez.

En los primeros días de Marzo desembarcaron el Conde de Laurencez, jefe de la expedición francesa y Almonte, y de las instrucciones que traían de Napoleón III, resultó que no se pusieron de acuerdo los aliados y hubo una ruptura, lo que determinó á españoles é ingleses á reembarcar sus tropas á principios de Abril de 1861, quedando sólo los franceses.

Los franceses, según lo convenido, hicieron un movimiento con pretexto de ocupar los puntos que tenían cuando se entablaron las negociaciones, y dejar que los mexicanos ocuparan los cerros del Chiquihuite y Pinal para que se rompieran las hostilidades.

La Brigada de Don Porfirio se movió de Ixtapa y al llegar á Orizaba recibió orden de ocupar los llanos de Escamela, mientras acababan de salir de la ciudad mencionada las tropas españolas y francesas que aun quedaban allí, Don Porfirio presenció personalmente el desfile de aquellas tropas y mandó á su hermano, el Te-

niente Coronel Don Félix Díaz, que siguiera con cincuenta caballos los movimientos de los invasores, en la creencia de que no habría ningún combate, según lo que se había pactado. Cuando la retaguardia de los franceses llegó á Córdoba, se desprendió una columna de 200 caballos, llevando á la grupa igual número de suavos y vino rápida é inesperadamente á chocar contra la vanguardia de la Brigada de Don Porfirio, la que se defendió heroicamente, pero fué arrollada por el gran número, y el bravo Jefe de la vanguardia, Don Félix Díaz, herido de un balazo en el pecho, fué hecho prisionero por los franceses; así tocó la gloria á este valiente patriota hermano de Don Porfirio, de ser el primero que midió sus armas con las orgullosas huestes napoleónicas.

Pocos momentos después de este combate, pasaba por allí en litera, la condesa de Reus, escoltada por las tropas españolas, la que regresaba para Veracruz.

Informada de lo ocurrido, se empeñó enérgicamente, lo mismo que el General Milans del Bosch, Jefe del Estado Mayor del General Prim, en libertar á los prisioneros.

Estaban en esa discusión cuando el prisionero mexicano Don Félix Díaz se acercó á su propio caballo, que estaba cerca; y cuando nadie esperaba un rasgo de audacia inconcebible en aquellas circunstancias, montó rápidamente sobre el caballo, y saltó la barda bastante alta que formaba la cuesta del camino y se internó á todo escape en el bosque, sin que le hubieran causado ningún daño los disparos que le hacían los franceses. Este hecho hizo comprender á muchos, lo que podrían esperar del valor, agilidad y audacia de los soldados mexicanos. Dos días después se incorporaba Don Félix con Don Porfirio, en Acultzingo, para lo cual tuvo que dar vuelta por el camino del volcán de Orizaba.

En tanto que Don Porfirio movió sus tropas en auxilio de su vanguardia derrotada, y daba aviso de lo ocurrido á Zaragoza, este venía en comapñía del General

Prim, que aun quedaba en Orizaba, acompañado también de su escolta. Pasó en medio de las tropas y fué respetado por los franceses que suspendieron sus fuegos lo mismo que los mexicanos.

Poco después se incorporó á Don Porfirio, Zaragoza, y ordenó que se replegaran las tropas liberales, y los siguieron los franceses pernoctando éstos en Orizaba, y los liberales en el Ingenio. Al día siguiente, Zaragoza ordenó que se situara Don Porfirio en Acultzingo. Dos días después, mandó que Don Porfirio con su Brigada se dirigiera á Tehuacán y se le incorporasen las Brigadas de Escobedo y Rojo, y fuera á batir á Don Leonardo Márquez que estaba en Matamoros Izúcar, y quería unirse al invasor. Después que se unieron las tres Brigadas, salieron á su destino, pero al llegar á Tlacotepec, recibió Don Porfirio nueva orden, de que se regresara rápidamente para Acultzingo, pues los franceses iban á atacar este pueblo y Zaragoza salió de él y se situó en las cumbres, colocando nueva Brigada á las órdenes del General Don Miguel Negrete en las alturas que dominan el camino. En tanto, Escobedo, á marchas forzadas y casi todos al trote, llegó con oportunidad por la Cañada de Ixtapa y se colocó frente al lugar ocupado por Negrete. Uno y otro destacamentos fueron dotados de artillería de montaña.

Don Porfirio con su Brigada ocupó el Puente Colorado, y mandó á la de Rojo á reforzar las cumbres donde estaba Zaragoza en su Cuartel General

El 28 de Abril se retiró Zaragoza de las cumbres con todo su ejército y pasó por el Puente Colorado, ordenando á Don Porfirio que detuviera allí al enemigo todo el tiempo posible; en tanto que Negrete y Escobedo, por diferentes caminos se incorporaban á las fuerzas que estaban en Ixtapa.

Poco después aparecieron los franceses en las cumbres y en un cerro que domina al Puente Colorado y no obstante la mala posición en que quedaba Don Porfirio, sos-

tuvo un reñido combate con los invasores, que duró hasta las diez de la noche, hora en que se retiró por orden de Zaragoza para reunírsele en Cañada de Ixtapa. Fueron pues, los dos hermanos Díaz, Don Félix y Don Porfirio, los primeros que midieron sus armas con el aguerrido ejército.

5 de Mayo de 1862.

Al día siguiente de la batalla de Acultzingo, 29 de Abril, ordenó Zaragoza á Don Porfirio se replegara á Puebla.

El día 3 de Mayo llegaron las tropas liberales á dicha ciudad, y el mismo día los franceses pernoctaron en Amozoc, á cuatro leguas de distancia, puès marchaban ambas huestes con una jornada de diferencia.

La noche del 3 de Mayo, Zaragoza reunió á los Generales Mejía, Alvarez, Negrete, Lamadrid, Berriozábal y á Don Porfirio, y con la elocuencia que sólo el patriotismo pone en la boca de los héroes, les dijo:

—"Compañeros, la resistencia que hemos presentado al enemigo hasta estos momentos, no es la que corresponde á una nación que como México, cuenta diez millones de habitantes, pero el Gobierno no ha podido hacer más, dadas las difíciles circunstancias porque atraviesa y que Uds. perfectamente conocen. Así pues, es verdaderamente vergonzoso, que un pueblo valiente y de diez millones, deje llegar hasta su capital á un puñado de invasores, que para la Nación puede tener el carácter de una patrulla. En consecuencia, creo que vosotros os debeis comprometer á combatir hasta el sacrificio, para que si no llegamos á obtener una victoria, porque nuestros medios de defensa son inferiores á los del enemigo, al menos hagamos á éste todo el estrago que es de esperarse de hombres resueltos, á vencer ó morir.

Si tal hacemos, Señores, con ello conseguiremos detener el avance del enemigo, y mientras la Nación podrá oponer otros medios de defensa que pruebe á los euro-

peos que no es tan fácil subyugar á un pueblo valeroso que lucha por la libertad."

Todos los Generales contestaron henchidos de entusiasmo en el sentido que deseaba el General Zaragoza, y las luchas del día siguiente demostraron que efectivamente aquellos heróicos hijos del pueblo, en realidad sentían lo que manifestaron.

Al amanecer el 4 de Mayo, formaron las cuatro columnas destinadas á la defensa de Puebla en la Plazuela de San José y allí estuvieron hasta las 12, hora en que, al saber que el enemigo aún permanecía en Amozoc, se acuartelaron con orden de presentarse en la misma Plazuela luego que oyeran un tiro de cañón en el fuerte de Guadalupe.

El 5 de Mayo á las 2 de la mañana, recibió orden Don Porfirio de mover su Brigada y colocarla en la ladrillera de Azcárate, último edificio que al Oriente de la ciudad estaba, sobre el camino que traía el enemigo. Poco después, la brigada de Berriozábal se situó á la izquierda de la de Don Porfirio, la de Alvarez á su derecha y la de Lamadrid á la izquierda de la de Berriozábal.

Don Porfirio, presumiendo que el enemigo estaba cerca, formó á su vanguardia en cadena de tiradores, y el medio de la brigada en columnas paralelas, por batallones. Las otras brigadas, cuando llegaron, vieron la formación de la de Don Porfirio, la creyeron oportuna y la mejor en las circunstancias, y formaron de igual manera.

Al amanecer, se presentó Zaragoza, distribuyó piezas de artillería, hizo que las cadenas parciales de tiradores formaran una sóla que cubrieran todo el frente de la batalla, y dirigió una alocución á los soldados.

A Don Porfirio tocaron 2 obuses de á 12 de los que se encargó el subteniente Cortés y Frías, quien después llegó á General.

La cadena de tiradores formada por el Batallón "Rifleros de San Luis," estaba al mando del Teniente Co-

ronel Carlos Salazar que después llegó á General también.

Los batallones de Don Porfirio los mandaban Don Alejandro Espinosa, Don Francisco Loeza, Don Rafael Ballesteros, Don Mariano Jiménez y Don Pedro Gallegos, todos Tenientes Coroneles en esa época, y después Generales. La caballería la mandaba el valiente Don Félix Díaz, hermano de Don Porfirio, la que apenas llegaría á 100 hombres.

A las diez de la mañana, esas columnas empezaron á ver brillar las armas enemigas, y recorrió toda la línea un grito de entusiasmo bélico. Poco después se oyeron los disparos de la avanzada de Don Pedro Martínez que venía tiroteando en retirada al enemigo.

En seguida apareció la columna francesa y dejando á un lado el camino de Amozoc, siguió el carril de la Hacienda de Manzanilla para flanquear los cerros, en vez de atacar el frente de la ciudad, á donde estaban las brigadas de que hemos hablado.

Zaragoza, que notó estos movimientos del enemigo, comprendió cuáles eran las intenciones que demostraba aquel cambio de ruta.

La columna francesa hizo alto en la garita del peaje, y después formó en batalla dando su frente á los cerros, sobre los cuales rompió el fuego de cañón y destacó una columna hacia el espacio que media entre los cerros de Guadalupe y Loreto.

Luego que Zaragoza vió el movimiento del enemigo, mandó que Lamadrid y Berriozábal á paso veloz, reforzaran los cerros. Cumplida la orden, el primero de dichos Generales, formó el batallón de Toluca en Guadalupe, y se extendió hacia Loreto; se cubría con los magueyes y cestos de terracería de los cerros, la izquierda la cubrió el batallón fijo de Veracruz y á su izquierda las tropas de Tetela y Zacapoaxtla, mandadas por Don Juan N. Méndez, quien después llegó á ser General de División.

Lamadrid colocó el batallón de Zapadores en la iglesia de la Resurrección, y el batallón Reforma, de reserva, al abrigo del descenso del cerro, en el lado que mira á la Ciudad.

La caballería de Alvarez se dividió: una parte se colocó á la izquierda del Loreto y la otra cubría la derecha de la posición de Don Porfirio, al abrigo de una ladrillera.

Los fuegos de la artillería mexicana causaron al principio poco daño á la columna francesa, que ascendía al cerro; pero cuando se acercó y quedó descubierta fué tan eficaz el fuego de cañón de ambos cerros y el de la fusilería de la brigada de Berriozábal, que la columna retrocedió llena de pánico y aquellos soldados vencedores en cien batallas y que jamás habían vuelto la espalda, corrían en disperción ante el empuje desesperado de un puñado de valientes y decididos mexicanos. En esos momentos la caballería de Alvarez los persiguió con denuedo, pero al llegar la columna francesa á la falda del cerro, fué reforzada por otra que llegó en su auxilio á paso veloz.

Entonces fué el segundo encuentro de mexicanos y franceses fuera de los muros de los cerros; encuentro en el que hubo proezas de valor inconcebibles. La columna francesa atacó con tal vigor, que llegó á pasar los fosos y pretendiendo asaltar los muros de los fuertes formando escalas, subidos unos soldados encima de los otros. En aquellos momentos supremos, el fuerte de Guadalupe hubiera sido tomado á no ser por el batallón «Rifleros de San Luis» que á pecho descubierto apareció por el lado oriental del fuerte y batió con energía á los asaltantes, que ocupaban ya los fosos y berma del Guadalupe. Hay que notar que en ese terrible asalto, el batallón de reclutas de Michoacán que estaba dentro del fuerte mandado por el Coronel Arratia, cuando vió que los franceses pasaban los fosos, abandonó el valuarte y se refugió en el templo y por lo mismo no quedaron sobre los mu-

ros más que los artilleros. Mas cuando supo el vigoroso ataque que por fuera dió el batallón «Rifleros de San Luis,» reanimó á los reclutas que llenos de pavor se habían refugiado en el templo, de donde no podía sacarlos el Coronel, no obstante que había matado á tres con su espada. Pasado el pánico y cuando les dijo que los franceses ya corrían, entonces aquellos soldados bizoños coronaron las almenas é hicieron un fuego eficaz que contribuyó mucho á desmoralizar al enemigo, el cual, atacado por la derecha por los batallones de San Luis Potosí y el fijo de Veracruz, á cortísima distancia y á pecho descubierto, se vió en la necesidad de retroceder por segunda vez.

Los franceses, al mismo tiempo que daban su segundo ataque á los cerros, atacaron el frente de la ciudad en la posición defendida por Don Porfirio. La columna francesa formada por infantería de Marina, cazadores de Africa y de Vincennes y Zuavos, avanzó sobre las fuerzas de Don Porfirio y el combate fué rudo. Los tiradores de San Luis se retiraron y Don Porfirio mandó avanzar las columnas del centro formadas por el batallón Guerrero, al mando del Teniete Coronel Don Mariano Jiménez (después General) y en pos de la columna movió los dos obuses que tenía y en seguida la reserva y toda la fuerza de que disponía, dando un ataque enérgico á los franceses que retrocedieron poco antes que volvieran las espaldas los que simúltaneamente atacaban el cerro.

Luego que retrocedió el enemigo, el Teniente Coronel Don Félix Díaz dió una carga al sable haciendo destrozos en las columnas francesas, pero éstas, en su retroceso por los sembrados saltaron una sanja que la caballería mexicana no pudo salvar, y reunidos con los franceses que retrocedían del cerro, los que eran perseguidos por la tropa de Don Porfirio, formaron un núcleo que opuso nueva y considerable resistencia. Entonces Don Porfirio siguió avanzando con su columna y mandó de-

cir al Coronel Balcázar, quien ocupaba la falda del cerro, que estaba á la izquierda de Don Porfirio, que avanzara sobre el enemigo por el flanco izquierdo, pero este Coronel contestó que no estaba á las órdenes de Don Porfirio, y avanzaría con el batallón de zapadores si asumía la responsabilidad de los resultados el General Díaz; éste le contestó inmediatamente que sí, y entonces avanzó con denuedo, y el enemigo empezó á retirarse, y Don Porfirio le siguió haciendo fuego avanzando terreno más allá de donde alcanzaban los cañones de los fuertes.

Entonces, el Capitán Don Pedro León, Ayudante del General en Jefe, le ordenó que suspendiera la persecusión y se replegara á sus posiciones. Don Porfirio dijo que no podía cumplir esa orden y que después explicaría su conducta. A poco se presentó el Jefe del Estado Mayor de Zaragoza, que lo era el Coronel de Ingenieros Don Joaquín Colombres, quien también llegó á ser General, é intimó á Don Porfirio para que no continuara la persecución; en el concepto, de que si no obedecía, explicaría su conducta ante un Consejo de guerra.

Don Porfirio al ver que se entendía con un militar facultativo, como lo era el Jefe del Estado Mayor, le dijo:

—Como ve Ud., el enemigo ya organizado, marcha en retroceso y si en este momento suspendo mi simulacro de avance, no solamente suspenderá su marcha de retirada sino que abanzará sobre mí; y mi columna que es pequeña y está ya fuera de los auxilios del fuerte, tal vez no pueda resistir el empuje. Por otra parte, agregó Don Porfirio, ya nada dilata en obscurecer, y entonces podré hacer mi retirada sin peligros, dejando una cadena de tiradores que hostilice al enemigo.

El Coronel Colombres que era persona inteligente, admiró la previsión de Don Porfirio y le dijo:

«General: no obstante que otras son las órdenes que traigo, estimo muy justas y acertadas las razones de Ud.; siga ejecutando su propósito y yo explicaré su conducta al General en Jefe.

Después de que Don Porfirio hizo su retirada como lo había pensado, se presentó al General Zaragoza en el atrio de los Remedios y le explicó sus maniobras, las que fueron de toda su aprobación.

Por lo relatado se podrá ver que Don Porfirio en todos sus hechos de armas, veía las más veces, mucho más allá de lo que podían ver y preveer sus superiores y de esa instrucción y energía en realizar la idea concebida, cualidades sólo de los grandes hombres, nació la base de los gloriosos triunfos del caudillo oaxaqueño, quien á riesgo de parecer desobediente, ejecutaba actos de mérito inesperado para los demás.

El triunfo del 5 de Mayo, les pareció un sueño á las tropas liberales.

Digno es de mencionarse en este hermoso hecho de armas, el episodio siguiente:

El combate que sostuvo Don Porfirio fué tan reñido, que su batallón perdió á su abanderado, que lo era el Subteniente Don Manuel González. Muerto éste, tomó la bandera el Capitán Don Manuel Varela; fué también muerto este valeroso oficial, cuyos restos están en el Panteón de San Francisco, y entonces tomó la bandera el Capitán Don Crisóforo Canseco, quien en la actualidad es General. Más no pudo conservar la bandera porque tenía necesidad de atender á su compañía, y se la dió al Subteniente Don Domingo Loaeza, que la conservó hasta el fin de aquel heróico combate. La bandera recibió en el paño cinco balazos, lo que indica el nutridísimo fuego que resistió el batallón 2º de Oaxaca que era el de Don Porfirio. La histórica bandera á que nos referimos, muchos años después de aquel episodio se la presentaron á Don Porfirio, los Generales Don Francisco Loaeza, Don J. Guillermo Carbó y Don Márcos Carrillo, quienes en aquella época eran oficiales subalternos. Esa bandera la conserva en su sala de armas el Gral. Díaz, sin duda como el recuerdo más precioso de la época de sus más gloriosas hazañas.

La derrota de los franceses el 5 de Mayo, puso también de manifiesto cuánta era la perspicacia, por no decir la adivinación del General Prim, quien con mucha anticipación había vaticinado la suerte que le esperaba tanto al ejército invasor como al Archiduque Maximiliano; predicción que se realizó punto por punto como puede verse en la hermosísima carta que en seguida incertamos:

«A S. M. el Emperador de los franceses.

Orizaba, 17 de Marzo de 1862.

«Señor: V. M. I. se ha dignado escribirme una carta autógrafa, la cual, por las palabras benévolas que contiene hacia mi persona, será un timbre de honra para mi posteridad. Grandes eran efectivamente mis deseos de marchar en línea con las fuerzas de V. M., mandando un cuerpo de tropas españolas, y combatiendo por la misma causa, pues me anima la fundada creencia de que los soldados de Castilla son dignos de combatir al lado de los soldados de la Francia, aun teniendo éstos la bien ganada reputación de ser bravos como los más bravos. Pero yo hubiera deseado otro campo de batalla y otros enemigos que combatir, Señor, pues aquí, combatiendo contra las tropas mejicanas y su cuerpo de guardia nacional, los soldados de Francia y de España no tienen gloria ninguna que ganar; no porque á los soldados mejicanos les falte valor personal, lo tienen como oriundos de la raza española. Mas este país está aniquilado por una guerra civil de 40 años, y esto basta para hacer comprender que su fuerza armada no puede estar en disposición de hacer frente á los bien organizados batallones de Francia y de España. Sin embargo, aquí estamos y juntos combatiremos si el Gobierno de la República no hiciera caso de las justas reclamaciones de las Naciones aliadas, aunque mi opinión es que el Gobierno nos hará esta justicia, y que, por lo tanto, no habrá lugar á cambatir.

«En el terreno de las justas reclamaciones no puede haber divergencias entre los comisarios de las Potencias aliadas, ni menos la habrá entre los jefes de las tropas de V. M. y los de las de Su Magestad Católica; pero la llegada á Veracruz del General Almonte, del antiguo Ministro Haro, del P. Miranda y de otros mejicanos emigrados, trayendo la idea de crear una monarquía en favor del Príncipe Maximiliano de Austria, bandera que, según ellos, debe ser apoyada y sostenida por las fuerzas de V. M. I., va á crear una situación difícil para todos, y más difícil y angustiosa para el General en Jefe de las tropas españolas, quien á tenor de las instrucciones de su Gobierno, basadas en la convención de Lóndres, y casi iguales á las que vuestro digno y noble Vice-Almirante la Graviére, recibió del Gobierno de V. M., se vería en el sensible caso de no poder coadyuvar á la realización de las miras de V. M. I., si éstas fuesen raelmente las de levantar un trono en este país para sentar en él al Archiduque de Austria.

«A más, tengo la profunda convicción, Señor, de que en este país son muy pocos los hombres de sentimientos monárquicos, y es lógico que así sea, cuando no conocieron nunca la Monarquía en las personas de los Monarcas de España y sí sólo en la de los Virreyes, que gobernaron cada uno según su mejor ó peor criterio y propias luces, y todos, según las costumbres y modos de gobernar á los pueblos en aquella época ya remota. La monarquía, pues, no dejó en este suelo ni los inmensos intereses de una nobleza secular, como sucede en Europa, cuando al impulso de los huracanes revolucionarios se derrumba alguno de los tronos, ni dejó intereses morales, ni dejó nada que pueda hacer desear á la generación actual el establecimiento de la monarquía que no conoció, y que nadie ni nada le han enseñado á querer ni venerar.

«La vecindad con los Estados Unidos y el lenguaje, siempre severo de aquellos republicanos contra la institución monárquica, han contribuido en mucho á crear

aquí un verdadero odio á la Monarquía, al paso que la instalación de la República desde hace 40 años, á pesar de su desorden y agitación constantes, han creado hábitos, costumbres y hasta cierto lenguaje republicano que no será fácil destituir.

«Por lo dicho, y por otras razones que no se pueden ocultar á la elevada penetración de V. M I., comprenderá que la opinión inmensamente general en este país, no es ni puede ser monárquica; pero si la lógica no bastara á demostrarlo, bastaría el hecho de que ni en los dos meses que hace que las banderas aliadas ondean en la plaza de Veracruz, ni hoy, que ocupamos los importantes pueblos de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, en donde no han quedado fuerzas mejicanas, ni más autoridad que la civil, ni monárquicos, ni conservadores, han hecho la menor demostración, siquiera para hacer ver á los aliados que tales partidarios existen.

«Lejos de mí, Señor, el suponer siquiera que el poder de V. M. I. no sea bastante para levantar en Méjico un trono á la casa de Austria. V. M. rige los destinos de una gran Nación, rica en hombres entendidos y valerosos, y brotando entusiasmo siempre que se trata de secundar las miras de V. M. I. Hasta le será fácil á V. M. conducir al príncipe Maximiliano á la Capital y coronarlo Rey; pero este Rey no encontrará en el país más apoyo que el de los jefes conservadores, quienes no pensaron en establecer la Monarquía cuando estuvieron en el poder y piensan en ello hoy que están dispersos, vencidos y emigrados. Algunos hombres ricos admitirán también al Monarca extranjero, viniendo fortalecido por los soldados de V. M.; pero no harán nada para sostenerlo el día en que este apoyo llegara á faltarle, y el Monarca caería entonces del trono elevado por V. M., como otros poderosos de la tierra caerán el día en que el manto imperial de V. M. deje de cubrirlos y escudarlos. Yo sé bien que V. M. I., en su elevada justicia no quiere forzar este país á cambiar de instituciones de una manera tan

radical, si el país expontáneamente no lo desea y pide; pero los jefes del partido conservador llegados á Veracruz, dicen que bastará consultar las clases elevadas de la sociedad, sin ocuparse de las demás, y ésto agita los ánimos, inspirando temores de que se fuerce y violente la voluntad nacional.

«Las tropas inglesas que debían venir á Orizaba, y que tenían ya preparados los medios de transporte, en cuanto se supo que venían más fuerzas francesas que las estipuladas en la convención de Londres, se retiraron. V. M. apreciará la importancia de esta retirada.

«Pido mil perdones á V. M. I. por haberme atrevido á distraer su atención con esta larga carta; pero he creído que el modo de corresponder dignamente á las bondades de V. M. para conmigo, era decirle la verdad, y toda la verdad sobre el estado político de este país, tal cual yo lo comprendo, con lo que habré satisfecho no solamente mi deber, sino también un deseo de noble, respetuoso y elevado afecto hacia la persona de V. M. I.

«Réstame sólo decir que desde que llegamos, la más cordial armonía ha reinado entre vuestro entendido Vice-Almirante la Graviére y mi persona, y que lo mismo ha sucedido entre los jefes y soldados de ambas Naciones, armonía que no dudo continuará mientras estemos en este país.

«Queda de V. M. I., Señor, con el más alto respeto y la más noble adhesión, vuestro apasionado y adicto servidor, que hace votos por la conservación y grandeza de V. M., por la de Su Magestad la Emperatriz y por la del Príncipe Imperial.—*Firmado.*—El Conde de Reus»

Seis días después de la fecha de esta carta, dirigía su ilustre autor al Almirante francés la siguiente:

«Al Excmo. Sr. Vice-almirante Jurien de la Graviére.

Orizaba, 23 de Marzo de 1862.

«Mi querido Almirante y noble amigo: Vuestra carta

de ayer me causa pena, pues veo por ella que es una determinación fija, bien sea obedeciendo las órdenes de vuestro Gobierno, ó bien vuestras propias inspiraciones y las de Mr. de Saligny; es una determinación fija, repito, romper el Convenio de Londres, no guardar las consideraciones debidas á las Potencias signatarias y no tener el menor miramiento con vuestros colegas de aquí, y os aseguro, amigo mío, que no me sonríe semejante perspectiva.

«El acto de llevar al interior del país los emigrados políticos para que organicen en él una conspiración que destruya un día el Gobierno existente y el sistema político actual, mientras avansáis como amigos y esperáis el día fijado para la conferencia, ese acto no tiene ejemplo, ni puede ser comprendido por mí. (1).

«Si habeis recibido órdenes de vuestro Gobierno sobre el particular, confieso que no reconozco en ellas ni la sabiduría, ni la justicia, ni la grandeza de la política imperial, así como tampoco el alto espíritu de conciliación del Emperador hacía la Inglaterra y la España; porque siento tener que decíroslo, amigo mío, la política que os proponeis seguir en Méjico, con menosprecio de la conferencia, puesto que no habeis creído deber consultarla sobre un asunto tan grave, dará á mi juicio, el desagradable resultado de enfriar las relaciones amistosas de Inglaterra y de España hacia la Francia, y nadie en el mundo lo sentirá más que yo, porque nadie venera y respeta más que yo al Emperador, ni nadie ama más á la Francia y á los franceses.

«Aquí llegaba de mi carta cuando recibo la última vuestra, en la que me participais haber comunicado á la autoridad mejicana en Tehuacán vuestra determinación de dejar esta ciudad en 1º de Abril para ir á Paso-Ancho, conforme con lo que previenen los preliminares de la Soledad, lo que prueba también que, según vuestras

(1). El General Prim era demasiado noble para comprenderlo.

instrucciones, rompeis la conferencia. Mas como el Ministro de Inglaterra y yo no podemos ser desatendidos, sino por medio de un acto oficial, os envío la adjunta nota, (1) rogándoos os reunais aquí con nosotros lo antes posible, á fin de hacer constar la ruptura en la última acta.

«Sir Charles Wyke, á quien he dado á leer esta carta, me ruega os diga que está en un todo conforme conmigo.

«Desde hoy comienzo mis preparativos para reembarcar mis tropas tan luego como hayamos celebrado la última conferencia.

«Saludo á Ud., etc.—*Firmado.*—EL CONDE DE REUS.»

Después de la lectura de un documento tan precioso, no puede uno menos que sentirse arrastrado hacia la

(1) He aquí la nota:

A S. E. el Almirante Jurien de la Graviére.

«Orizaba, 23 de Marzo de 1862.

Los abajo firmados, comisarios diplomáticos de S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña y de S. M. la Reina de España, tienen el honor de poner en conocimiento de S. E. el señor Almirante Jurien de la Graviére que en vista de la actitud tomada por la parte francesa de la expedición aliada y del carácter de las resoluciones adoptadas por los jefes franceses, no conformes con lo estipulado en la convención de Londres, creen que una entrevista de los representantes de las tres potencias, se hace no solamente necesaria, sino indispensable. Los plenipotenciarios de Inglaterra y de España ruegan pues con insistencia á S. E. el Almirante Jurien de la Graviére se sirva venir á Orizaba lo antes posible, y con esta misma fecha dirigen á Mr. de Saligny igual súplica, con el fin de celebrar una conferencia y que las explicaciones á que ella dé lugar sirvan para fijar la conducta que todos, de común acuerdo, ó cada uno por sí, si el acuerdo no es posible, deban observar en lo sucesivo. Los infrascritos tienen el honor de repetir á S. E. el Almirante la Graviére, la seguridad de su mas alta consideración.—Firmado.—EL CONDE DE REUS.—C. LENNOX WYKE.»

A pesar de esta súplica tan apremiante, los franceses, que huían el bulto á la conferencia, procurando ganar tiempo, la demoraron 17 días. Celebróse al fin el 9 de Abril y en ella Mr. de Saligny, quitándose de una vez la máscara que encubría sus propósitos, declaró terminantemente que «no quería tratar con el Gobierno de Juárez, y que según su opinión maduramente reflexionada, era necesario marchar sobre Méjico.» Ante esta actitud enérgicamente secundada por el Almirante francés, que declaró rota la conferencia, asumiendo por ello toda la responsabilidad ante sus colegas, ante su Gobierno y ante el mundo entero, el General Prim y Mr. Wyke, no podían dignamente hacer otra cosa que lo que hicieron y lo que de antemano tenían muy previsto: retirarse dejando á los franceses toda la gloria y toda la responsabilidad de su ulterior conducta ante el mundo civilizado.

colosal grandeza de aquel ilustre español que tantas simpatías tuvo en México, y cuyo nombre es muy querido y respetado.

Al día siguiente del triunfo del 5 de Mayo, llegaron á Puebla las caballerías de O'Horan, que andaban persiguiendo á Don Leonardo Márquez y el día 7 las del General Antillón.

La tarde del 7, las fuerzas liberales se colocaron frente al enemigo, quien en el acto emprendió la retirada para Amozoc. Dos días después salieron en su seguimiento las tropas liberales y lo siguió hasta que pasaron las cumbres de Acultzingo. Zaragoza quiso impedir que Don Leonardo Márquez se uniera á los franceses, y destacó al General Tapia con este objeto, pero Laurencez protegió el movimiento de Márquez atacando á Tapia con el 99 de línea y consiguió derrotar á este General en la terrible batalla de «Barranca Seca,» el 18 de Mayo de 1862, á virtud de lo cual Márquez penetró á Orizaba.

La División de Zaragoza en la que iba la Brigada de Don Porfirio, iba á atacar la ciudad de Orizaba por la Garita de México. En las noches del 13 y 14 de Mayo, formó su línea por el camino de Cocolápan.

El General González Ortega que había recibido la orden de permanecer oculto con su División en el cerro del Borrego, fué sorprendido por los franceses y desalojado del cerro. Orgullosos con esta fácil victoria, pues sorprendieron á la División de Ortega cuando estaba dormida, luego que descubrieron la línea de batalla en que estaba la brigada de Don Porfirio, comenzaron á cañonearla.

Dicha brigada formó dos columnas con los batallones de Morelos é Independencia á las órdenes inmediatas de Don Porfirio; y con los de Guerrero y Aguascalientes, al mando del Teniente Coronel Don Luis Mier y Terán. Después de un terrible cañoneo por ambos contendientes, los franceses avanzaron á paso de carga dos colum-

nas y entonces Don Porfirio marchó también á paso de carga al encuentro de aquellas columnas; pero el choque de ambas no se verificó, porque los franceses contramarcharon inmediatamente acribillados por los artilleros mexicanos. Don Porfirio recibió orden de retroceder á su punto, y allí permaneció toda la noche. Antes de que amaneciera, las tropas mexicanas se retiraron para Tecomaluca y al día siguiente para Chalchicomula, formando la retaguardia la Brigada Porfirio Díaz.

En Chalchicomula permaneció Don Porfirio hasta que los franceses se acercaron nuevamente á Puebla. En ese período de tiempo, Zaragoza enfermó de tifo, y el 8 de Septiembre murió en Puebla, sucediéndole en el mando el General González Ortega.

El 21 del mismo mes llegó á Veracruz el General Forey, con treinta mil franceses de refuerzo y un gran pertrecho de armas y municiones, enviado por Napoleón, quien se sintió profundamente humillado por la derrota del 5 de Mayo de 1862.

Sitio de Puebla.

Reorganizado el Ejército de Oriente, bajo las órdenes de González Ortega, la Brigada Porfirio Díaz quedó bajo las órdenes del General de División Don Felipe Berriozábal, muerto ha poco, siendo Ministro de Guerra.

Puebla se puso en estado de defensa, y el 16 de Febrero de 1863, se avistaron otra vez los franceses á las órdenes de Forey para sitiar la Ciudad.

Los franceses, al llegar cerca de Puebla, destacaron una columna de 10,000 hombres, por la derecha y otra de igual número por la izquierda, con el fin de envolver la Ciudad, con una línea de circunvalación fuera de tiro.

El Ejército de Oriente que fué el que resistió el terrible asedio de los franceses en la Ciudad de Puebla, tenía en su primera la división de la que era jefe Berriozábal, tres brigadas, la 1ª la mandaba el Coronel Don

Juan B. Caamaño, la 2ª Don Porfirio Díaz y la 3ª el Coronel Manuel Márquez de León.

A principios de Marzo de 1863, Forey llegó con el ejército francés á Amozoc, distante cuatro leguas de Puebla.

Cuando llegaron los franceses á dicha ciudad, comenzaron sus operaciones de sitio y movieron una columna de diez mil hombres por la izquierda de los sitiados, y otra de igual número por la derecha, con el fin de circunvalar la ciudad y estrechar el círculo de operaciones.

Estas columnas se movieron fuera de tiro de los cañones de los sitiados y estaban separadas del centro del ejército francés, cuando menos por diez horas de marcha.

Así es que cuando los Generales mexicanos que estaban en el cerro y eran Antillón, Berriozabal, Negrete y Don Porfirio, notaron el movimiento de los franceses comprendieron cuán fácil era cortar aquellas columnas, saliendo de noche, atacando á una con bizarría, la que sería derrotada irremisiblemente porque no podían recibir auxilio, ni de la tropa ni del centro ó núcleo de las tropas francesas. Cuando concibieron la atrevida idea descendieron del cerro y fueron á proponer al General su Jefe, González Ortega y al cuartel Maestre J. M. Mendoza el plan que habían concebido, y que llenos de ardimiento querían realizar. Más ¡ay! sus esfuerzos fueron vanos, ni González Ortega ni Mendoza, comprendieron la heroica resolución de aquellos soldados de la libertad y no consintieron en el ataque que tanto entusiasmó á los jóvenes Generales.

Regresaron éstos á sus puestos ya muy entrada la noche, y llenos de desaliento, porque preveían el fin funesto que iba á tener aquel ejército de valientes mexicanos encerrados en un círculo de fuego. Los acontecimientos pronto demostraron que no se equivocaron en sus previsiones.

Dos días después las columnas avanzaron hasta el cerro de S. Juan y establecieron un sitio formal y difiniti-



vo. En aquel cerro pusieron los franceses su cuartel General. Inmediatamente formó el enemigo sus paralelas y atacó el Fuerte de San Javier y el Rediente de Morelos que eran las fortificaciones más avanzadas.

El 26 de Marzo, después de un nutrido cañoneo demolieron los franceses parte del fuerte de San Javier y de la Penitenciaría, tomándola al fin por asalto, habiendo por una y otra parte ecenas de un valor inconcebible. Las tropas liberales se retiraron á las trincheras más céntricas, y así paulatinamente fueron tomando varias manzanas del Poniente de la ciudad. Sólo faltaban tres cuadras, la de Miradores, Cholula y la Santísima, para que las columnas sitiadoras pudieran llegar á la plaza, cuando se encomendó la defensa de las manzanas de San Agustín, Hospicio, y en línea recta, las que siguen hasta la Merced, al General Díaz. No pudo ser más acertado el nombramiento, pues desde ese instante el avance de los franceses encontró una resistencia que nunca esperaba hallar aquel aguerrido ejército.

El escritor francés Niox, al hacer la reseña del sitio de Puebla, confieza que fué tal la bizarría con que combatían los mexicanos, que el General Forey, desesperando tomar la plaza, citó á consejo á sus Generales para consultar si deberían levantar el sitio y atacar directamente la Capital de México, por que con sus propios ojos vió la resistencia y valentía con que los mexicanos les disputaron la manzana de San Marcos.

Antes de narrar la parte activa que tomó en esa defensa Don Porfirio y de enaltecer su pericia militar y el excesivo valor con que puso á raya á los invencibles franceses, vamos á traducir íntegros, unos párrafos de la obra de G. Niox, Capitán del Estado Mayor General del Ejército francés, porque son hermosísimos, y dejan muy bien sentado el nombre de los valientes mexicanos que tomaron parte en aquella tremenda y desigual contienda.

Dice: « . . . La nueva línea de defensa de los mexicanos (cuando se encomendó al General Díaz esa defen-

sa) está comprendida del Carmen á Santa Anita, pasando por Santa Inés, San Agustín, la Merced y el Señor de los Trabajos. El enemigo se dejó tomar sin gran resistencia las manzanas 8, 7, 6, 5, 3 y la 25, situada fuera de la nueva área de defensa, pero en la noche del 2 de Abril se tuvo que hacer un alto en la manzana 26, donde había un cuartel, (no era cuartel, sino que se llamaba así á una casa de la calle de San Marcos, y por eso la manzana se llamó «Cuartel de San Marcos» y esta fué la primera vez en que manifestó Don Porfirio toda su pericia militar, pues á él se debe, como veremos después, que no la hubieran tomado los franceses). Después de haber atravesado la calle bajo un nutrido fuego de fusilería, la columna de ataque compuesta del 30 de Zuavos, penetró en el edificio y dió con un departamento obscuro, sin más salida que un estrecho pórtico por el cual era necesario desfilar uno á uno al frente de dos obuses. Treinta hombres y el Capitán Lalanne á su cabeza, se lanzaron por ese paso y llegaron á un patio con muros almenados y las escaleras destruídas y con barricadas las salidas. Agobiados por una lluvia de metrallas, de granadas y fusilería, se vieron obligados á batirse en retirada y volvieron todos heridos». Vamos á narrar antes de seguir adelante, la descripción del autor francés, la parte que en este hecho de armas tomó Don Porfirio.

En los momentos en que la brigada de Don Porfirio relevaba á la de Escobedo, tomó el enemigo la manzana del Hospicio, porque los defensores de ella la dejaron antes de que llegaran los que debían relevarlos. El Cuartel General ordenó á Don Porfirio que no disputara esa manzana, sino que prontamente ocuparía las que aun quedaban en estado de defensa.

A las seis de la tarde del 2 de Abril de 1863, Viernes Santo, oyó Don Porfirio el ruido de los trabajos de zapa que hacían los franceses en la manzana del Hospicio, dirección de San Agustín, frente á la casa de Iriarte

llamada Cuartel de San Marcos. Inmediatamente se situó Don Porfirio en dicha casa, reforzó las defensas, puso tropas en los balcones y esperó á que por la acera del Hospicio salieran las bocas de fuego, que en su sentir, debían sacar los franceses para atacar la mencionada casa. A las 8 de la noche el fuego de la batería francesa destruyó las puertas de una tienda y las trincheras que las reforzaban sin haber caído el techo porque era de bóveda, y por la brecha abierta se lanzó la columna de asalto.

El ímpetu de los asaltantes fué tal que los soldados de Don Porfirio por un momento se llenaron de pánico, y huyeron en desorden hacia el interior del edificio, pero la horadación por donde tenían que pasar no les permitía salir á todos, porque era pequeña, y reanimados al ver que Don Porfirio en persona, con un sólo cabo que había quedado cuidando un obús, hizo fuego con él y barrió con la metralla á los asaltantes, volvieron á la pelea.

Entre Don Porfirio y el cabo cargaron otra vez el obús, en el momento en que se lanzó un zuavo contra el cabo á quien hubiera matado si Don Porfirio no le sale al encuentro en los momentos en que iba á atravesar al cabo. Don Porfirio sacó la pistola del carcax, pero era tan vieja y mala, que se le desarmó quedándose en la mano con el puño que arrojó contra el zuavo. Este, al sentir el golpe, se creyó herido porque en esos instantes hacían una descarga los soldados, y se retiró al zaguán donde se habían ya parapetado sus compañeros, haciendo una escavación que los cubría del fuego que desde el patio hacían los soldados de Don Porfirio. Entonces mandó al Teniente Don Guillermo Carbó con 50 hombres para que subieran á los corredores y por allí atacar á los franceses; este medio fué tan eficaz que los asaltantes no pudieron resistir el fuego nutrido que se les hizo, y se batieron en fuga hasta sus posiciones. Aquel tremendo ataque duró tres horas, y sin la actividad y el

valor de Don Porfirio de seguro que los soldados mexicanos hubieran abandonado la posesión; pero no fué así, y se llenaron de asombro los franceses con esta resistencia.

A las diez y media de la noche había concluído el combate, y en el momento en que Don Porfirio salió á la calle bajo un nutrido fuego que se le hacía de la acera del Hospicio, á cerrar la brecha abierta por los franceses y poder resistir el nuevo asalto que sin duda harían, le avisaron que estaban asaltando la manzana que defendía el Coronel Balcázar, por la calle de Cabecitas.

Inmediatamente se instaló Don Porfirio con su brigada, y encontró que los franceses habían derribado á cañonazos los muros de una casa llamada de «la sorbertana» porque tenía un patio muy largo, y por allí metieron sus columnas de asalto.

Don Porfirio llegó en el momento en que los franceses habían tomado el primer patio. Con ayuda del Lic. Don Miguel Castellanos Sánchez que era auditor del ejército, Don Porfirio atravesó un mostrador de madera que obstruía la entrada al segundo patio, y allí colocó á sus soldados para que defendieran ese lugar. Estos soldados resistieron el fuego de una manera heróica, cinco horas, sin cejar ni un ápice del terreno que defendían.

Los zapadores de Don Porfirio habían quedado aislados en las piezas del patio primero donde se defendían con desesperación; y Don Porfirio mandó perforar las paredes para poder salvarlos, llevándoles auxilios y municiones. Luego que se puso en comunicación con los soldados que estaban aislados, organizó un ataque general y rechazó á los asaltantes por la calle, cerrando la brecha y fortificando de mano aquel punto. El terrible combate en el que como se ve en el anterior relato, las armas mexicanas se llenaron de gloria, terminó al amanecer, el 3 de Abril de 1863.

El autor francés que hemos citado dice: "En ese mis-

mo instante el Comandante Longueville se lanzaba de la manzana núm. 7, sobre la núm. 27 (casa de la sorbetana) con dos compañías del 51 y con una sección del cuerpo de ingenieros, y después de haber penetrado en la primera casa chocó contra un muro de la fachada que estaba almenado. El Capitán Melot, logró, no obstante, sostenerse en un cuarto donde se hicieron esfuerzos para protejerlo por medio de un cañón cubierto á través de la calle, pero el fuego de la fusilería mexicana, lanzado desde las azoteas, y la metralla de la trinchera cercana, impidieron que se le prestara auxilio.

El General Bertier intentó en vano dar la vuelta á dicha trinchera con dos compañías del 1º de zuavos, los que fueron atacados con un fuego tan terrible que los obligó á retroceder. Entonces se dió orden de evacuar aquella posición insostenible; mas para hacerlo era necesario pasar de nuevo á descubierto bajo las descargas de metrallas que barrían las calles.

Todos nuestros heridos fueron, sin embargo, transportados en hombros y á paso veloz, y hasta el amanecer, el Capitán Melot con su compañía pudo salir de la casa donde había dado tan bello ejemplo de valor y firmeza."

Por lo expuesto, se ve cuán ruda y bien dirigida fué la defensa de la casa de «la sorbetana» en la que como hemos dicho, Don Porfirio hizo prodigios de valor, en unión del Licenciado Castellanos Sánchez. Veamos ahora la parte que tomó en el segundo ataque al Cuartel de San Marcos.

El Sábado de Gloria, 3 de Abril, empezaron los franceses á cañonear una casa que veía al oriente en la manzana de San Marcos. El fuego empezó á las 9 de la mañana. Dicha casa, por orden de Don Porfirio, la defendía el intrépido Coronel Don Manuel González, quien hacía poco militaba en las fuerzas liberales, porque al ver que los extranjeros se unían al partido conservador, al que había pertenecido, lo abandonó y quiso servir á su pa-

tria en los momentos más aflictivos, y para conseguirlo, tuvo un rasgo hermosísimo que no podemos pasar en silencio.

Había gestionado por distintos medios que Don Porfirio lo aceptara en sus filas, ó lo recomendara con el Gobierno de Juárez, para que con el carácter de Teniente Coronel que tuvo en el ejército reaccionario, se le afiliara en las tropas liberales. Mas Don Porfirio no hizo caso, porque no lo quería, pues si bien, reconocía los talentos militares y el valor temerario de González, le era repulsivo porque siempre se lo había encontrado en hechos de armas que le fueron poco favorables á Don Porfirio, como se recordará que sucedió en Oaxaca, en el ataque á la trinchera de la casa de Unda. Y era natural, que al distinguirse González en las filas enemigas, le fuera repulsivo á Don Porfirio, pues en aquellos tiempos de intransigencia se odiaba todo lo que se distinguía en un bando.

Mas Don Manuel González no se dió por vencido, y cuando ya estaba sitiada la ciudad de Puebla, se presentó un día á Don Porfirio, y con notable entereza le dijo:

—«General, he solicitado inútilmente que por vd. consiguiera que el Gobierno del Sr. Juárez, me aceptara en sus tropas con mi grado de Teniente Coronel. Ignoro si vd. no ha podido conseguirlo, ó no ha tenido tiempo de hacerlo, por eso vengo ahora, á pedirle una cosa que puede hacer fácilmente y es, que me de vd. un fusil y un lugar en sus filas, pues soy mexicano y mi deber es pelear contra el extranjero.»

Don Porfirio, admirado de aquel arranque, le contestó:

—«A un hombre de los antecedentes de vd., y que tan generosamente ofrece á la patria sus servicios, no debo darle un fusil, pero sí un lugar á mi lado; ésto como amigo, y pronto le proporcionaré á vd. la ocasión de que dé á conocer sus aptitudes militares, y no dudo que será reconocido en su caráter de Teniente Coronel.»

Y en efecto, poco después, admirado el General en

Jefe de lo bien que había maniobrado una compañía que Don Porfirio puso á las órdenes de González, en una salida que dió contra los franceces, cuando estaban circumbalando la ciudad, dijo á Don Porfirio:

—«General, ¿quien es ese oficial que tan bizarramente se ha comportado?»

—«Es Don Manuel González,» dijo Don Porfirio, y relató al General en Jefe lo que hemos narrado.

Inmediatamente dió orden al General en Jefe de que se le reconociera con el carácter de Coronel.

Tal es el hecho que motivó que el valiente reaccionario, fuera después uno de los distinguidos Generales del ejército liberal, y al fin llegara hasta ser Presidente de la República.

Pues bien, volviendo á nuestro relato, á ese denodado Coronel, se le encomendó la defensa de la casa á que hicimos referencia. Tenía González una compañía del batallón Morelos, de la que era Capitán Don Máximo Velasco.

Cuando Don Porfirio llegó al lugar del combate ya los franceces habían abierto una brecha de las dimensiones de la anchura de una calle. Pero no pudieron asaltar porque se les desplomó un muro y tapó la batería, lo cual visto por Don Porfirio, quien como sabemos, jamás desaprovechaba las oportunidades, mandó á González salir á la calle, con el fin de que se apoderara de los cañones, lo que fué imposible, porque tenían encima material muy pesado; y por otra parte los trabajos de zapa los inutizaba el nutrido fuego de los franceses.

Desistió Don Porfirio de esa empresa, después que tapó la brecha abierta por los franceces, y para destruir aquellos cañones incendió el edificio. En ese combate reñidísimo, el valeroso Coronel González fué herido en los momentos de retirarse del lugar de los acontecimientos.

No bien había terminado el ataque contra los franceses, el Coronel González, cuando dos pelotones de zua-

vos, sin que prendiera cañoneo alguno, se lanzaron sobre la brecha que la noche anterior habían atacado con tan mal éxito, en la casa defendida por Don Porfirio, propiedad de Iriarte, y que estaba situada en la acera que mira el norte en la manzana de San Marcos. La primera vez que dicha casa fué atacada, luego que los franceses se retiraron, Don Porfirio mandó horadar los techos que eran de bóveda. Así es que en el segundo ataque, Don Porfirio puso en cada perforación soldados con cuatro granadas de mano cada uno, de modo que cuando los pelotones de zuavos entraron en la tienda y estuvo llena, los soldados soltaron las granadas en número de 40, las que produjeron un extrago espantoso, y los zuavos salieron despavoridos de aquel edificio, y dejaron entre los escombros de aquella explosión á los muertos, y á los heridos que no pudieron huír.

Fué tan terrible la impresión que esta defensa causó á los franceses, que no volvieron á intentar nada contra el cuartel de San Marcos. Como se vé, sin la fecunda inventiva de Don Porfirio, al segundo ataque, no hubiera tenido en la defensa el extraordinario éxito que tuvo. Mas el caudillo oaxaqueño, con su clara intuición, previó que volvería á ser atacado aquel punto, y con anticipación mandó hacer las perforaciones de que hablamos.

El 5 de Abril, los franceses abrieron un fuego nutridísimo en la brecha de la manzana del Hospicio, en la acera que vé al Oriente sobre la manzana que defendía el General la Llave en la calle de la Estampa. (Hasta hace muy pocos meses, existían los muros de un lado del Hospicio enteramente acribillados á balazos, y todos los transeuntes al pasar por esa calle, recordaban el memorable sitio de Puebla, al ver las huellas que las balas republicanas dejaron luengos años, como recuerdo del grande hecho de armas que vamos á relatar.)

Luego que empezó el cañoneo, Don Porfirio comprendió que apenas los franceses abrieran la brecha vendría el asalto, como lo habían hecho anteriormente; en conse-

cuencia, se dispusieron los mexicanos desde luego á resistir el empuje; y al efecto, el General Berriozabal puso en la trinchera del Costado de San Agustín y Tecali dos cañones para batir con metralla la columna que atravesara la calle al dar el asalto, y cubrió los balcones con soldados para que secundaran el fuego de las piezas de artillería.

Don Porfirio protegió las azoteas de la calle de la Estampa, con un grupo escogido de cabos y sargentos; azoteas que estaban barridas por el fuego que los franceses hacían desde los balcones del Hospicio, y en medio de una lluvia de balas llegó á la casa que forma esquina con la calle de Miradores, y mira al costado del Hospicio. Al saltar al patio de dicha casa se inutilizaron dos soldados, mas con ocho que le quedaban á Don Porfirio, sostuvo por las puertas de la tienda un fuego vivísimo y casi á quema ropa, en los momentos en que los asaltantes atacaban la línea del General Llave, y fué tan oportuno este ataque, que consiguió cortar la columna que batía la posesión del mencionado General, pues los certeros fuegos hechos desde la tienda y la metralla de la trinchera de Berriozabal, desmoralizaron completamente á los asaltantes.

Don Porfirio en esta vez, para ser más eficaces los fuegos de los pocos soldados con que contaba, mandó cargar sus fusiles con cartuchos, que tenían 20 pequeñas balas, entre los cazadores conocidas con el nombre de postas. Esto lo hacía siempre que tenía que hacer fuego á quemarropa; y debido á eso, causó grandísimo estrago en las columnas que asaltaron la posesión.

El General en Jefe en vista de las dificultades dispuso que se hicieran galerías de zapa, pero á poco de comenzados los trabajos se encontró roca viva en el suelo y ya no se pudieron continuar.

El 5 de Abril se transladaron á San Marcos piezas de artillería de calibre 12 para abrir brecha, y al siguiente día dos compañías de zuavos después de abrierta la bre-

cha, se lanzaron por segunda vez al asalto de la casa que había sido atacado en la manzana de San Marcos. A las cinco de la tarde, treinta hombres al mando del Capitán Galland, y un destacamento del cuerpo de Ingenieros, penetraron rápidamente por la brecha y los siguió otra sección con igual brío.

Un fuego espantoso de metralla y fusilería se sirnió sobre los asaltantes, muchos de nuestros soldados calleron muertos, y los heridos, retirándose hacia atrás, paralizaron el avance de la columna. El Comandante Carteret–Trecourt, cogió un zuavo por el brazo y lo arrastró consigo hasta el espacio que separaba los dos cuadros y en donde la metralla barría con todo lo que encontraba á su paso. Al ver tanto denuedo, el Capitán Michelon y el Teniente Avéque, se lanzaron en su seguimiento, esperando por éste medio arrastrar consigo á su compañía. Mas fué inútil tanta heroicidad; el Capitán Michelon cayó muerto y los otros oficiales quedaron heridos, en tanto que el fuego de los mexicanos se concentraba sobre la abertura por la que iba á escapar la columna haciendo imposible la salida y renunció al ataque. (Esto fué lo que hizo Don Porfirio; como hemos dicho, cortó con su certísimo fuego la terrible y valiente columna.)

El Teniente Galland quedó sólo con los que penetró en la brecha, y organizó la defensa, pues que toda retirada le era imposible, y aunque al principio rehusó rendirse á discreción, diciendo: «Los zuavos jamás se rinden;» al fin, al obscurecer, mirando que su posesión era aún más terrible se rindió con treinta y tantos zuavos que le acompañaban.

Las contrariedades sufridas, en la noche del 2 al 3 de Abril, en las del 4 al 5 del 6 al 7, (todos los ataques que dirigió Don Porfirio) no había agotado por completo la energía de nuestras tropas, sin embargo se conocía desde luego, que estaban desmoralizadas; las circunstancias, pues, tenían un cariz de suma gravedad, y el Ge—

neral en Jefe reunió un Consejo de Guerra, compuesto por los Generales de División y los jefes de servicio para que dieran su opinión respecto á los ulteriores. En dicho consejo se discutió, si era preciso suspender las operaciones hasta que llegaran piezas de grueso calibre que se pedirían al Almirante en Jefe de la Escuadra del Golfo; si era necesario suspender el sitio y mantener solamente una fuerza de observación sobre Puebla, para marchar desde luego sobre México ,y si era necesario quitar el cerco de Puebla y marchar sobre México con todo el ejército. El General en Jefe desechó todos esos dictámenes y se resolvió á continuar el sitio.»

Hasta aquí el autor francés.

Prosigamos ahora nuestra narración.

Ataque á Santa Inés.

El 19 de Abril en la tarde, estaba el General Díaz de visita en la manzana que mandaba el Coronel Sánchez Román, contigua á la línea de Don Porfirio, cuando de improviso fué atacada, después de abrir como de costumbre una brecha á cañonazos.

Inmediatamente que Don Porfirio comprendió que iban á dar el asalto los franceses, mandó que un pelotón de rifleros se armara de pistolas y lo ocultó en la zahurda, cuyo muro había sido destruido, y personalmente fué á colocarlo, pasando el foso por una viga, en los momentos en que los franceses penetraban por la extremidad de la calle, habiendo derribado una puerta por medio de un petardo.

Cuando regresó de colocar el destacamento, los soldados franceses habían penetrado á la trinchera y hecho prisioneros á los defensores que dejó en la brecha; y sólo pudieron salvarse dos ó tres soldados que como Don Porfirio, lograron escalar las azoteas y caer á las casas que aun estaban ocupadas por los mexicanos, y lograron salir á la calle donde hicieron una defensa desesperada

que impidió el paso de los zuavos más allá de la manzana del Mesón de la Reja, que era la ocupada por Sánchez Román.

Don Porfirio se apenó mucho de haber sido actor en aquel ataque, y ver que la manzana cayó en poder de los franceses, aunque las tropas que la defendían no estaban á sus órdenas, ni educadas como las que le pertenecían.

Pero le dió pena retirarse en los momentos del peligro y sin querer, tuvo que presenciar la pérdida de dicha manzana.

Después de ese ataque vino el de Santa Inés, verificado el 25 de Abril, al fuerte que mandaba el General Auza.

Este ataque fué de los más reñidos qus se dieron durante el sitio de Puebla y en él fueron rechazados los franceses, dejando más de 100 muertos en las trincheras y muchos prisioneros.

Cuando los franceses atacaron el fuerte, los fuegos de la fusilería de la trinchera en que estaba Don Porfirio, así como el que hacían de los balcones de la calle de San Agustín, fueron eficacísimos sobre la columna enemiga que pasó por frente á la trinchera del General Díaz. Pero no contento aún con la eficacia de estos fuegos, sacó Don Porfirio por las tapias que caían á la huerta y por las azoteas de las casas bajas, unos pelotones de soldados que llegaron hasta la esquina á pesar del nutrido fuego del enemigo, y estos pelotones y los infantes que estaban en los balcones de enfrente, hicieron un fuego tan certero y terrible en lo más recio del combate contra los asaltantes, que éstos quedaron cortados y no pudieron ser reforzados los que habían penetrado al convento de Sta. Inés; pues la columna se vió obligada á retroceder, merced á las acertadas disposiciones de Don Porfirio, así como al incomparable valor, arrojo y serenidad con que peleó en este hecho de armas el Capitán Rincón que desgraciadamente fué muerto con otros muchos, en ese sangriento combate. Aquellos hombres parecían unos héroes, tal era el ardimiento con que pe-

leaban, y no en vano; obteniendo el triunfo. Al siguiente día el General González Ortega daba un ascenso á los oficiales que se distinguieron en la pelea, y á Don Porfirio le mandó el despacho de General de Brigada efectivo.

El Capitán Niox, narró ese hecho de armas tan glorioso para los mexicanos.

Este distinguido militar consignó que el General Bazaine dirigió sus esfuerzos á tomar el fuerte de Sta. Inés, uno de los puntos más fortificados de la línea enemiga, dice el Capitán; pero en este momento el fuego del enemigo se hizo insoportable y las columnas se detuvieron como anonadadas: el ataque no pudo ser continuado sin enormes é inútiles sacrificios, y entonces se da la orden de batirse en retirada, pero muy corto fué el número de esos valientes soldados que consiguieron llegar á sus líneas. El terrible asalto, había costado á la columna de la izquierda diez oficiales muertos ó desaparecidos y cinco heridos; soldados 27 muertos, 127 heridos y 176 desaparecidos.

Más tarde se supo, que de éstos habían caído prisioneros 130 hombres y 7 oficiales. El enemigo, agrega, hizo honor á su valor y los trató con consideración. «Estos hombres, decía el General Ortega en su parte, han peleado como leones.»

Perdida toda esperanza, el 7 de Mayo en la noche, Don Porfirio desde las alturas del convento de San Agustín, notó que los franceses retiraban sus tropas de la línea de San Javier, no obstante que las baterías de éste punto hacían fuego para que no se notaran sus movimientos. Inmediatamente dió aviso al General en Jefe y á los encargados de las líneas vecinas. Poco después comprendió, por el ruido de los carros, el látigo de los trenistas y por el rumor peculiar de la tropa cuando se pone en marcha, que no se trataba de otro asalto; pues habían quedado escarmentados con el de Sta. Inés, si nó de algo grave y trascendental, quizá el levantamiento del sitio. Pero muy pronto comprendió que las tropas de San

Javier se movían para ir á atacar á Comonfort, que con el ejército del centro trataba de introducir un convoy á la ciudad. Don Porfirio dió aviso de sus presunciones al Cuartel General, el que no obstante los ayudantes que mandó para que investigaran los hechos y confirmaran las noticias de Don Porfirio, hasta el día siguiente ordenó que las columnas de reserva estuvieran dispuestas á recibir órdenes.

Apenas amaneció el 8 de Mayo, Don Porfirio hizo ataques de iniciativa al enemigo que estaba frente á su línea, sin resultado alguno; pero pudo observar que en la noche habían sido cambiados los batallones de zuavos por otras tropas. Así pues, no había duda que se habían movido los franceses con sus mejores tropas para sorprender á Comonfort; lo que sucedió en efecto, pues el día 9, Forey por medio de un parlamento anunció á la plaza que había obtenido una victoria sobre el Ejército del Centro, y por consiguiente proponía el canje de prisioneros, lo que fué aceptado y se llevó á efecto. De manera que con la derrota sufrida en San Lorenzo, se hebía quedado sin esperanza de refuerzo ni auxilio exterior; iba pues realizándose el pronóstico de Don Porfirio al comenzar el sitio, de que la plaza al fin sería perdida.

Cuatro días después, el 13 de Mayo, citó á Junta de Generales el General en Jefe; y en esa Junta se determinó hacer un supremo esfuerzo para romper la línea, porque era insostenible por más tiempo la situación de los sitiados; pues ya no había víveres ni municiones; mas cuando se tomó la resulución de romper el sitio, ya no fué posible este desesperado medio, porque el Comandante General de Artillería informó que no tenía parque. Entonces aquellos valientes Generales, convinieron en que se desespedazara el armamento, y cuando estuvo cumplida la orden, el General Mendoza mandó decir á Forey que estaba la plaza á su disposición y que todos los mexicanos estaban desarmados y se constituían prisioneros sin condición alguna.

Esto acaeció el 17 de Mayo, y una vez prisioneros los valientes defensores de Puebla, se presentó Forey á ellos el 18 del mismo mes y les exigió que firmaran una acta, en la cual se les exigía primero, bajo palabra de honor, de permanecer neutrales en los lugares en que se les asignara hasta el fin de la guerra.

Los Generales mexicanos no quisieron firmar esa acta, sin que pusieran en ella una nota que les honra en extremo.

El acta decía así:

«Cuerpo expedicionario de Mexico.—Estado Mayor General.—Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra palabra de honor, á no salir de los límites de la residencia que se nos asigne; á no mezclarnos en nada por escrito ó por actos, ya en la guerra ó en la política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, y á no mantener correspondencia con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.

Cerro de San Juan, á 18 de Mayo de 1863.»

Al pié de esta acta de ignominia, los heroicos oficiales mexicanos pusieron lo siguiente:

«Zaragoza, 18 de Mayo de 1863.—Cuerpo de Ejército de Oriente.—Prisioneros de Guerra.—Los Generales prisioneros que subscriben, pertenecientes al Ejército Mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy, del Cuartel General del Ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohiben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se los prohiben también sus convicciones y opiniones particulares.—Jesús G. Ortega, Francisco Paz, Felipe B. Berriazabal, Florencio Antillón, Francisco Alatorre, Ignacio de la Llave, Alejandro García, Epitacio Huerta, Ignacio Mejía, José M. Mora. Pedro Hinojosa, J. M. Patoni, Joaquín Colombres, Domingo Gayosso, Antonio Osorio, Eutimio Pin-

zón, Francisco de Lamadrid, Porfirio Díaz, Luciano Prieto, J. B. Caamaño, Mariano Escobedo, Manuel Sánchez, Pedro Rioseco, Manuel G. Cosío, Miguel Auza, Jesús Loera».

Este hermoso documento que alguna vez la historia mandará imprimir con letras inmortales, fué la causa de que confinaran á Francia á los valientes defensores de la libertad y del honor nacional.

Entre tanto, se dividieron los prisioneros por grupos de categorías y se les señalaron diferentes prisiones.

A los generales les tocó la casa del General Mendoza, sita en la calle de Herreros.

La víspera del día en que debían salir todos los prisioneros mexicanos para Veracruz, con destino á Francia, que fué el día 21 de Mayo, Don Porfirio, disfrazado de paisano y envuelto en un «plaid», aprovechó la circunstancia de que muchos paisanos estaban entretenidos en despedirse de los prisioneros, y pudo salir de la casa en que estaba preso, atravesando por entre la guardia, y así se fugó. El oficial francés que estaba de facción sospechó que el que había salido vestido de paisano saludándole, era Don Porfirio, y subió inmediatamente para ver si estaba con sus compañeros de prisión; pero ya no lo encontró y fueron inútiles sus pesquizas.

Este oficial había estado prisionero con las tropas de Don Porfirio y se llamaba Galland y era Capitán del 3º de zuavos.

Don Porfirio encontró en la calle á un amigo de él, que le condujo á la casa en que también se había refugiado el General Berriozábal, que igualmente se fugó porque le facilitó la evasión un oficial de los traidores, que le dió el santo y seña pasándolo con sus soldados como si pertenecira á la patrulla que mandaba; servicio que le pagó en moneda Berriozábal. A este General lo acompañaba el Dr. Cacho, y para que Don Porfirio pudiera salir de la ciudad en unión de Berriozábal, fué necesario que

Cacho se quedara en ella y Don Porfirio pudiera hacer uso del caballo de dicho doctor.

Así consiguieron salir de Puebla y caminaron toda la noche por el monte, pero se perdieron, y al amanecer resultó que estaban á unas cuatro leguas de Puebla y oían perfectamente el grito de alerta que daban los traidores que estaban á orillas de la ciudad. Al comprender su situación se dirigieron á San Miguel Canoa, y sabiendo que el cura era muy de Almonte, se fingieron oficiales de los traidores y le suplicaron que les diera un guía para que los condujera á Tlaxcala. De Tlaxcala siguieron por la Hacienda de Techalote y de allí para Apam, donde encontraron una caballería liberal que los acompañó hasta México.

Hay un hecho hermosísimo en lo que vamos á narrar, que habla muy alto en pró de los sentimientos patrióticos de Don Porfirio, y es el siguiente:

Al presentarse Don Porfirio ante el Presidente Juárez, éste le dijo:

—Porfirio voy á nombrar á usted Ministro de la Guerra ó General en Jefe del Ejército, lo que usted quiera; pero convenga usted con Berriozábal; porque él ha de tener uno ú otro de dichos puestos, según la elección que entre ustedes hagan.

Cualquiera que no hubiera tenido el talento y patriotismo de Don Porfirio, se hubiera congratulado de aquella honrosa preferencia, dada la juventud de Don Porfirio, pues era el más joven de los generales. Mas él, antes que su propia ambición, vió que aquel alto puesto, con que se le brindaba, traería serias dificultades para la Nación, y ante esa idea contestó á Juárez:

—Señor, yo estoy dispuesto á obedecer lo que el Gobierno me ordene, pero fíjese Ud., que al aceptar yo cualquiera de los dos puestos que me ofrece, lastimaría la susceptibilidad de generales muy ameritados y de mucha más edad que yo, como Echegaray, Parrodi y otros, y seguro estoy que no habrán de estar conformes bajo

mis órdenes, siendo yo el General más joven, y tendrían un pretexto para abandonar las filas liberales, hoy que se les necesita, por lo difícil de las circunstancias en que vamos á encontrarnos.

Convencido Juárez por las razones de Don Porfirio, le dijo al siguiente día, que si quería el mando de una división, que eligiera la más que le conviniera.

—Señor—contestó Don Porfirio— tal como están, ninguna me parece buena; pero si vd. me lo permite organizaré una con las tropas que yo elija.

—Muy bien—dijo Juárez— y tuvo la deferencia de dar á Don Porfirio un papel para que escribiera los nombres de los batallones y regimientos que fueran de su agrado. Así pues, Don Porfirio, organizó su División y salió con ella á cubrir el camino de Ayotla, por donde debían venir los franceses.

El Gobierno liberal abandona la ciudad de México. Don Porfirio es nombrado General en Jefe del Ejército de Oriente.

El 31 de Mayo de 1863, Juárez con su Gobierno, abandonó la Capital y se dirigió á Querétaro, de donde marchó después para San Luis Potosí, siguiendo su peregrinación por el interior del país hasta Chihuahua, de donde por fin salió para Paso del Norte, en el cual punto permaneció hasta el triunfo completo de las armas liberales.

Entre tanto Don Porfirio, acompañó al Cuerpo de Ejército que á la salida del Gobierno de la Capital, estaba al mando del General en Jefe J. J. de la Garza. Este jefe partió con su escolta para Toluca á asuntos del servicio y dejó en su lugar á Don Porfirio. Pero á poco de que de la Garza había partido, se sublevó un batallón de la Guardia Nacional del que era Coronel Rangel, y Teniente Coronel Don Pedro Garay, jefes que al salir el Ejército de México se quedaron escondidos. Don Por-

firio ordenó desde luego la persecución de los sublevados, de los que murieron algunos, y después de que aprehendió casi á todos, mandó diezmarlos en el llano de Salazar, en presencia de todo el Ejército formado, con el fin de que aquella medida de energía, justificable por las circunstancias tristísimas en que se hallaban las tropas liberales, sirviera de escarmiento y así poder conservar la disciplina.

De Toluca salió Don Porfirio para Querétaro, habiendo obtenido del comercio de aquella ciudad un préstamo de tres mil pesos. Después se le reunió al General de la Garza con las otras Divisiones que formaban el Ejército del Centro.

Pero á los pocos días salió Garza para San Luis Potosí y dejó el mando del Cuerpo del Ejército á Echegaray que sólo lo tuvo unos cuantos días; pues á poco llegó de San Luis, Berriozábal que era Ministro de la Guerra y sin decirle nada á Don Porfirio, lo dió á reconocer por la orden del día, como General en Jefe del Ejército del Centro, y Echegaray quedó como Cuartel Maestre.

Inmediatamente Don Porfirio comenzó una seria organización del Ejército; estableció academias para los oficiales, adquirió mulas para los trenes, hizo que las tropas diariamente tuvieran instrucción, reparó el armamento, y por fin, consiguió, formar un cuerpo regularmente ordenado. Hizo que situaran una brigada de observación en Arroyo Zarco, una División en Celaya, otra en Salvatierra, y el resto en Querétaro, de donde pasó á Acámbaro, hasta que fué relevado del mando por Comonfort, á quien Don Porfirio recomendó que las expediciones del Cuartel General para Celaya, San Juan del Río ó Salvatierra, las hiciera con una fuerte escolta, pues merodeaban por allí los dos feroces bandidos de apellido Troncoso, que aveces reunían hasta 400 hombres.

Comonfort no tuvo en cuenta esta obserbación de Don Porfirio, y pocos días después de que éste le entregó el

mando, Comonfort hizo una expedición de San Miguel Allende á Celaya, con una escolta de 50 hombres, y en el trayecto fue asaltado por los Troncoso y asesinado vilmente cerca del pueblo de Chamacuero.

Don Porfirio marchó por orden del Gobierno para Oaxaca con la 1ª División, la que había de servir de base para formar el Ejército de Oriente. Se le dió jurisdicción sobre los Estados de Veracruz, Chiapas, Campeche, Tabasco, Yucatán Tlaxcala y después Puebla. Se puso en marcha Don Porfirio y á fines de Octubre de 1863, cuando estaba en el paso de Pungarancho, á la margen izquierda del río Mixteco recibió su despacho de General de División, expedido por el Gobierno de Juárez, el 14 de Octubre, en la ciudad de San Luis, para que tuviera amplias facultades en lo militar; pues iba á quedar á merced de su propia iniciativa, é incomunicado completamente del Gobierno Federal, que seguía su peregrinación como hemos dicho, por el interior del país rumbo al Norte.

La División de Don Porfirio se componía de la Brigada 1ª, mandada por Ballesteros, que tenía el Batallón de Oaxaca el 5º movil, á las órdenes del Coronel Don Manuel González, el primer Ligero de México, mandado por Goroztiza; y la 2ª Brigada á cargo de Don Plácido Díaz de la Vega, que se componía de los Batallones 1º de Sinaloa, al mando del intrépido Mayor Diódoro Corella, (muerto en Epatlán, siendo ya General), 2º de Sinaloa al mando del Mayor Jesús Toledo, y 3º de Sinaloa que mandaba el Teniente Coronel Palomares.

La brigada de caballería, estaba mandada por el General Mariano Escobedo, y se formó de «Lanceros de San Luis», al mando del Coronel Reguera, del Regimiento de «La Legión del Norte,» que mandaba el Mayor Don Gerónimo Treviño, después General, y una sección de artillería, de la que se encargó el Capitán Martiniano León.

Total 2800 hombres.

Tal era la fuerza con que contaba Don Porfirio para combatir contra millares de traidores y las agueridas fuerzas europeas.

Veamos ahora las hazañas que realizó.

Salió de Querétaro el General Díaz y tocó las poblaciones de San Juan del Río, Amealco, Molinos de Caballeros, Pomoca, Angangeo y Orocutín, Zacualpam, Tectipac y Tasco; y detras á poca distancia, seguía á la División, el traidor Laureano Valdés, que sólo buscaba una oportunidad para atacarla, la que creyó encontrar cuando Don Porfirio llegó al río Mixteco, pues quiso impedir que la División atravezara el «Paso de Pungarancho,» pero después de una noche de tiroteo, encontraron los exploradores de Don Porfirio otro lugar por donde pudiera pasar la División, lo cual hizo que el enemigo se retirara y ya no molestara á las fuerzas liberales. Estas batieron á los traidores de Tasco; permanecieron allí dos días y volvieron á continuar su marcha, pasando el río Mexcala y llegaron á Chilapa. De aquí siguieron para el Mesón, Atlixtaca, Tlapa, Ixcatiopa, Yucuyachi y Huajuapan de León, donde Don Porfirio dejó la División á cargo del General Benavides y tomó la diligencia para Oaxaca, con el fin de tener una conferencia con el Gobernador Don Román Cajiga, el que se disgustó mucho luego que supo la llegada del General Díaz, porque ya había entrado en convenios para la cesación de las hostilidades con los invasores. Sabedor de las facultades de que estaba investido Don Porfirio, le dirigió el Gobernador una comunicación en la que le manifestaba que no se ponía á sus órdenes, por creer que era anticonstitucional el cargo que tenía Don Porfirio, y le preguntó que si se valdría de la fuerza para llevar á efecto las instrucciones que traía. El General Díaz contestó que consideraría como traidor á todo el que se opusiera al cumplimiento de las órdenes del Gobierno Federal; pues en aquellas circunstancias las armas no tenían más objeto que combatir al invasor y castigar á los traidores.

Así pues, Cajiga, en vista de la enérgica contestación de Don Pofirio, renunció el gobierno ante la Legislatura y quedó acéfalo el Estado, lo que obligó al General Díaz á asumir el cargo de Gobernador el 1º de Diciembre de 1863 y nombró al patriota y notable jurisconsulto Don Justo Benítez, su Secretario.

El 12 de Febrero de 64 nombró Don Porfirio Gobernador á Ballesteros y ya pudo consagrar su atención á la organización del Ejército.

Desde luego formó otra brigada y la puso al mando del General Don Cristóbal Salinas; otra que formó en seguida, la puso á las órdenes del Coronel Don Francisco Carreón, y nombró Comandante General de Artillería al Capitán Don Guillermo Palomino, agregó á la Brigada de caballería, el Escuadrón de «Lanceros de Oaxaca» que mandaba su hermano Don Félix Díaz, así como el cuerpo que mandaba Lalo Cacho, y por último, un cuerpo médico á las órdenes del Dr. J. M. Hernández.

Pasaron varios meses sin que entre las fuerzas de D. Porfirio y las francesas hubiera combates de importancia.

Los franceses marchaban lentamente sobre Oaxaca, porque tenían que ir haciendo caminos carreteros por las Mixtecas para transportar su artillería. Dichas columnas abanzaban, una por Huajuapam, á las órdenes del General Curtois d'Hurbal, y otra por Tehuacán y Teotitlán, al mando del Brigadier Brincout.

En estas circunstancias, y habiendo pacificado el Estado de Chiapas, que fué invadido por Ortega con fuerzas de Guatemala, las que derrotó Salinas y tomó Chiapas, Don Porfirio quiso atacar á las columnas francesas, y para ello salió de Oaxaca con fuerzas de las tres armas. Se dirigió á Teotongo, lo que sabido por d'Hurbal se preparó á resistir el ataque; pero no era ese el objeto de Don Porfirio, sino derrotar á la columna que seguía el camino de Teotitlán, y por eso dejó la División de Teotongo al mando de Escobedo, con orden de retirarse

á Oaxaca si lo atacaban, y siguió su marcha un día y una noche, hasta llegar cerca de San Antonio Nanahuatipan, donde estaba el grueso de la columna francesa, teniendo sus avanzadas hasta la Hacienda de Ayotla.

A las 9 de la mañana del 10 de Agosto de 1865, llegó D. Porfirio á San Antonio sin que los franceses hubieran tenido noticia de ello. Así es que, cuando menos se lo esperaban, callό sobre ellos de improviso y destrozó completamente á un batallón que estaba en el río lavándose. Los soldados franceses pelearon desnudos, pues apenas tuvieron tiempo de tomar las armas que estaban en pabellón; pero la derrota no fué completa, á causa de que el Coronel Espinosa que tenía orden de salir de Cuicatlán y obrar en combinación con Don Porfirio, no llegó á tiempo, porque los franceses que estaban fortificados en Ayotla, no dejaron pasar á las fuerzas de Espinosa y Cacho, no obstante el vigoroso ataque que el hermano de Don Porfirio, Don Félix Díaz, dió á la Hacienda de Ayotla. Así pues, tuvo que retirarse Don Porfirio con pérdidas considerables, sin que los franceses se atrevieran á seguirlo.

La fatal circunstancia de no haber podido Espinosa pasar por Ayotla, impidió, no sólo la completa derrota de aquella columna, sino hasta que hubieran conservado las tropas de Don Porfirio el rico convoy que habían quitado á los franceses, que estuvo en poder de la primera columna que entró en San Antonio. Otra cariz hubiera tomado la campaña de Oaxaca, á no haber mediado esa fatal circunstancia.

Después de esta acción Don Porfirio se retiró para Oaxaca y durante ocho meses sólo permaneció en observación de los movimientos del enemigo que lentamente avanzaba, construyendo sus carreteras.

Batalla de San Isidro.

Las columnas francesas al mando de Brincout y de

Curtois d'Hurbal, que, como hemos dicho, habían avanzado separadamente, se reunieron en un punto llamado «La Carbonera» y descendieron juntos á la villa de Etla.

Don Porfirio tenía en observación de los movimientos de los invasores, una Brigada de caballería al mando de Treviño, la cual; el 17 de Diciembre de 1864, se encontraba en la Hacienda de San Isidro, cuando descendieron las tropas francesas á Etla. El cuerpo de *chinacos* que mandaba Lalo Cacho estaba de avanzada en Tenexpa, muy cerca del enemigo.

Sorprendida la avanzada por los franceses, se batió con bizarría, y el día 18 recibió Treviño noticia de que el puesto avanzado lo habían forzado los franceses, y como en ese instante estaba la caballada ensillada, mandó Treviño que violentamente salieran los «Lanceros de Oaxaca» en auxilio de Cacho; pero aun no salían fuera del casco de la Hacienda, cuando llegó la tropa de éste á todo escape, pues la venían acribillando los Cazadores de Africa.

Entonces los «Lanceros de Oaxaca» les salieron al frente, cubiertos por la gran polvareda que levantaron los perseguidos y el choque fué terrible. Como los cazadores venían macheteando á los de Cacho, no tuvieron tiempo de tomar las carabinas, y á la envestida poderosa de los lanceros, dieron media vuelta, y de perseguidores se tornaron en perseguidos sufriendo terribles destrozos en un espacio de más de cuatro leguas; pues la persecusión no cesó sino hasta que se incorporaron los cazadores con el grueso de las columnas francesas que venían de camino, las que inmediatamente rompieron un cañoneo sobre la caballería de Treviño, que se vió obligada á retirarse á la Hacienda Blanca. En este glorioso encuentro, pelearon con verdadero denuedo los «Lanceros de Oaxaca» y el escuadrón de la Legión del Norte, que aunque salió después de que había comenzado el combate, consiguió alcanzar al enemigo, habiéndose distinguido por su va-

lor temerario, el Mayor de este último escuadrón, Don Basilio Garza.

Los franceses tuvieron grandes pérdidas en este encuentro y en él murió el Conde de Loire á quien hicieron dignos funerales en Etla.

Entre tanto, el General Bazaine se dirigió á Etla con una escolta de 500 zuavos, 300 caballos y media batería de montaña, siguiendo el camino de la Mixteca, lo que sabido por Don Porfirio, concibió la atrevida idea de batirlo antes de que se incorporase con los franceses que estaban ya en Etla, y ordenó á Treviño que lo atacara con la caballería; pero este Coronel en la noche del día en que debió batirlo, desapareció con la Legión del Norte y los Lanceros de San Luis y se fué para la Sierra de Tetela, al Norte del Estado de Puebla, cosa de que no se dieron cuenta en un principio el Coronel Don Félix Díaz y Lalo Cacho que estaban acampados á corta distancia de Tamazulapan.

Treviño hizo una travesía peligrosísima, disputando el terreno palmo á palmo, batiéndose sin cesar, hasta que llegó á Nuevo León con todas las bravas fuerzas de su mando. El Chato Díaz siguió por la Sierra de Oaxaca donde continuó la pelea, aunque no con tan buena suerte como Treviño.

Quedó pues Don Porfirio sin fuerzas auxiliares y no tuvo otro recurso que aceptar un sitio en Oaxaca.

El General Díaz había pensado recibir á los franceses situado en una línea de defensa entre el fortín de la Soledad y el monte Alvan y batir á los franceses á campo raso con probabilidades de ganar, como en el 5 de Mayo, y en caso de una derrota, retirarse para la sierra, sin más pérdida que la artillería pesada.

Pero en el consejo que tuvo con sus compañeros de armas, notó que el General Benavides, que tenía el carácter de Cuartel Maestre, había influído en el ánimo de la oficialidad para que se encerrara en un sitio formal. Hay que advertir que Don Porfirio había comunicado su

plan á Benavides, pero éste no lo aceptó, con fútiles pretextos; y en vez de reservarse su opinión la externó, contribuyendo así á que la idea de encerrarse en un sitio predominara.

Don Porfirio, sin creer jamás que el resultado del sitio fuera una victoria, tuvo que aceptarlo por necesidad, aunque con gran repugnancia, porque veía decaído el espíritu patrio á consecuencia de que por todos los medios posibles, los traidores influían en los que seguían aún la causa de la libertad para que abandonaran sus filas y aceptaran el Imperio.

Ni el mismo Don Porfirio se vió libre de que intentaran sugestionarlo á ese fin, y para ello se valieron del cariño y grandísima consideración que tenía al General Uraga, ilustre liberal, pasado á las filas imperiales.

Es verdaderamente notable, por mil conceptos, la contestación que el General Díaz dió á Uraga, pues en ella campea el más acendrado patriotismo y una fé inquebrantable en lo porvenir, así como una clarividencia de los resultados que la invación habría que tener, y á la vez, pone de relieve los sentimientos de magnanimidad del ilustre Caudillo oaxaqueño.

Insertamos en seguida la carta del General Uraga por la que invitó á Don Porfirio á dejar la causa de la libertad, y también la hermosísima contestación que el General Díaz dió á la invitación. Este último documento basta por si solo para inmortalizar á un hombre, porque en él se expresan tanto patriotismo, tanta caballerosidad y un criterio tan recto y justo, así como una grandeza de alma tal, que llena de entusiasmo aún al más indiferente en política, y á la vez pone de manifiesto la enérgica figura del republicano nato, de un corazón incapaz de la mezquindad de los que alientan en la lucha, por la esperanza del medro. ¿Pero á qué más comentarios? basta leerla con atención. Hélas aquí:

Señor General Don Porfirio Díaz.

México, Noviembre 18 de 1864.

Muy querido amigo:

Muy largo sería hacer á usted un relato de lo que se me ha hecho sufrir por mis correligionarios. Luis dirá á usted algo; pero baste decir á usted, que sin quererse batir, sin querer salir del Sur de Jalisco y sin querer sujetarse á no tomar del pueblo sino lo necesario para vivir, cada cual, amigo mío, esperaba y buscaba una fortuna en la revolución, y ésto cuando se proponían no batirse nunca, para sólo ser los últimos.

No creí que ésto era servir al país, ni defender nuestra causa, ni honrar nuestros principios, y sin poder embarcarme ni salir por ningún punto, me mandé entregar en Junio al Emperador, para hacer cesar la guerra sin reconocer nada. Obré también mal porque obré con desconfianza; pero hoy que proclamo aquí nuestros principios, que se me oye, que combato en un terreno legal y que veo todo lo noble, todo lo patriótico, todo lo progresista é ilustre del Emperador, le digo á usted, amigo querido, que nuestra causa es la causa del hombre que amante de su país y de su soberanía, no ve sino la salvación de su independencia y su integridadad.

Está aquí combatiendo con honor y lealtad por nuestros mismos principios, sin axcusarlos ni negarlos, ni abandonarlos. Si yo hubiera visto peligrar nuestra independencia é integridad de territorio, yo juro á usted, que habría coucluído en los cerros antes que reconocer nada, y si hubiera tenido la cobardía de venir, yo tendría la buena fé de decir á usted "hay que combatir;" pero no es así, Porfirio, creo que usted me hará justicia, que me conoce y que aceptará mi apreciación de las circunstancias. Nos perdemos y perderemos nuestra nacionalidad si continuamos esta guerra sin fruto ni resultado. Todo vendrá á poder de los americanos, y entonces ¿qué tendremos como patria?

Hasta hoy tiene usted un nombre limpio, honrado y

considerado, buena aceptación y medios de hacer mucho por la causa del progreso, entrando franca y noblemente en materia. Mañana sin combatir por la cizaña de siniestros hombres, por las intrigas de sus émulos y por la misma situación no quedaría nada, ni un nombre de gloria. Le mando á usted á Luis á quien conoce usted; ésto y mi nombre ¿no son para usted una garantía de franqueza y lealtad?

Luis hablará á usted: yo estoy aquí para todo cuanto usted quiera y cuando usted venga y vea lo que pasa y se vuelva á su punto y á sus fuerzas; si no conviene en lo que digo á usted ó diga lo más conveniente, en todo trabajaré. Conservémonos unidos: si hemos perdido el sistema no perdamos los principios, y sobre todo, el país en su integridad é independencia.

Adiós querido Porfirio, usted sabe cuánto lo he querido, con qué franqueza le he hablado siempre y como es su amigo que lo ama b. s. m.—JOSE L. URAGA.

Señor Don José López Uraga.
México.

Mi antiguo General y estimado amigo:

Con indefinible placer abrí los brazos á Luis y fijé mi vista sobre la que con él se sirvió usted dirigirme, porque había creído que su venida y su misión tuviese otro objeto, pero si bien el desengaño fué tan pronto como doloroso, y Luis me ha oído hablarle franca y extensamente, tengo que corresponder á usted, si no con mucha extensión, sí con toda lealtad.—Quedo muy reconocido á la mediación que usted se digna ofrecerme, porque si bien lamento los errores que han dado lugar á este paso, comprendo todo el fondo de estimación y aprecio que entrañan.

Yo no seré el que me constituya juez de los actos de vd. porque me faltaría la necesaria imparcialidad, y antes que someterlo á juicio, lo abrazaría como á un hermano y lo comprometería á volver sobre sus pasos. Pero

si usted puede explicar su conducta, yo no podría explicar la mía, porque mi situación, los elementos de que dispongo, los hombres y el pueblo que me ayudan, que según usted me dice, eran adversos á nuestra causa en el Centro, son en Oriente, otros tantos gajes de indefectible triunfo.

El personal de la fuerza es de la misma clase que el de la brigada que mandaba yo en Puebla, y vd. sabe, que en pocos lugares encontraron los franceses la misma resistencia que cuando se las habían con Oaxaca. Tengo también fuerzas de otros Estados, pero tan perfectamente identificadas á las otras por su moral, disciplina y entusiasmo, que son acreedoras á igual estimación.

En los Estados de Oriente se mantiene una organización administrativa tan vigorosa, y tal escrúpulo en la contabilidad, que sus escasos recursos nos proporcionan los medios necesarios de subsistencia sin que tengamos que tomarlos de los pueblos, ni que yo me vea en la pena de soportar el pillaje ni las extorsiones.

Los franceses, después de la resistencia de Puebla no han hecho más que dar un paseo triunfal por el interior, y yo me prometo que en Oaxaca, si el destino les reserva el triunfo, ha de ser á mucha costa y solamente porque nos aplastarán por la superioridad en el número; pero no será tampoco remoto que obtengamos la victoria y que la República toda se convierta al otro día en un extenso palenque.

La lucha puede, es cierto, prolongarse, como la que á principios del siglo nos hizo libres é independientes, pero el éxito es seguro.

Me hace usted justicia, que también le agradezco, en creer que conservo un nombre honrado y limpio, lo cual es todo mi orgullo, todo mi patrimonio, todo mi porvenir; pues bien, para la prensa asalariada no soy más que un bandido, ni seré otra cosa para el Archiduque Maximiliano y para el ejército invasor, y yo acepto con resignación y entereza que se deturpe mi nombre, sin arre-

pentirme de haberle consagrado al servicio de la República.

Siento en el alma que habiéndose usted separado del Ejército del Centro, con el ánimo de no comprometerse en la política del extranjero, haya sido magnetizado por el Archiduque, y venga con el tiempo á desenvainar en su defensa la gloriosa espada que otros días ha dado á la Patria; pero si así fuere, tendré por lo menos el consuelo de haber continuado en las filas en que usted me enseñó á combatir, y cuyo símbolo político usted grabó en mi corazón con palabras de fuego.

Al presentárseme un mexicano con las proposiciones de Luis, debí hacerlo juzgar con arreglo á las leyes, y no mandar á vd. en contestación más que la sentencia y la noticia de la muerte de su enviado; pero la buena amistad que usted invoca, los respetos que le guardo y los recuerdos de mejores días que me unen tan íntimamente á usted y á ese común amigo, relajan toda mi energía y la convierten en la debilidad de devolverlo sano y salvo, sin la menor palabra de odiosa recriminación.

La prueba á que usted me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si la hubiera, de arrastrarme á renegar de todo mi pasado y á romper con mis propias manos el hermoso pabellón, emblema de las libertades é independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede vd. creer firmemente que ni los más crueles desengaños, ni las mayores adversidades, llegarán á ocasionarme la menor vacilación. He hablado á usted casi exclusivamente de mi persona, pero no porque olvide á mis ameritados compañeros de armas, ni á los heróicos pueblos y Estados de Oriente, que tantos sacrificios han impedido por la defensa de la República. No cabe poner en duda la lealtad de tan dignos militares, ni la opinión pública pronunciada altamente y convertida en hechos decisivos en Tabasco, en Chiapas, en Oaxaca y aun en Veracruz y Puebla. Como vd. sabe, los dos primeros han

arrojado á los imperiales de su seno; el tercero no les permite dar un paso en su territorio, y en el cuarto y el quinto, una extensa zona mantiene el fuego de la guerra. ¿Cree vd. que yo podría sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte sólo para asegurar la mía? ¿Cree vd. que no me pedirían, y con razón, estrecha cuenta de mi deslealtad, y que no sabrían sostenerse por sí mismos ó confiar su dirección á otro más constante y cumplido que el que los abandonara? Así pues, ni por mí ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, resueltos como estamos, á combatir sin tregua, á vencer ó morir en la demanda por legar á la generación que nos reemplace la misma República Libre y Soberana que heredamos de nuestros padres.

Ojalá, General, que no contrayendo vd. ningún compromiso, vuelva con el tiempo á tomar la defensa de tan noble y sagrada causa. Que, entre tanto, se conserve vd. bien desea sinceramente su muy atento amigo y S. S. —PORFIRIO DIAZ.—Oaxaca, Noviembre 27 de 1864.

Sitio de Oaxaca.

El 15 de Enero de 1865, el General Bazaine tomó el mando de las tropas francesas que á las órdenes de Curtois d'Hurbal se habían acercado á Oaxaca; ocuparon el Cerro Pelado grande, el monte Alban y el pueblo Xoxo y cerraron la línea de circunvalación en San Felipe del Agua, donde se estableció el General Geanningros, con la legión extranjera y los cazadores de Africa de á pié.

Bazaine estableció primero su Cuartel General en Amilpas, y después en la Hacienda de Montoya.

Contaban los franceses con 900 hombres y como 1000 traidores de caballería. La fuerza sitiada de Don Porfirio apenas sería de 2600 hombres.

Habiendo sido saqueada por la plebe y algunos soldados, la Hacienda de Aguilera, los franceses el 22 de Enero la atacaron; pero aquellos sin resistencia alguna dejaron la hacienda y con este motivo tomaron posesión de ella los invasores, dándole á este hecho las proporciones de un gran triunfo, que por ningún motivo pudo considerarse como tal. Sin embargo, Don Porfirio comprendiendo que este hecho tan insignificante podría tener una influencia perniciosa en sus tropas si lo dejaba pasar como una verdadera victoria, mandó al Mayor Carbó (después General) con dos compañías á desalojar á los franceses de aquella hacienda. Carbó peleó con verdadera osadía y después de pérdidas considerables, tomó la finca, sacó á los franceses de allí y rechazó el refuerzo que les llegaba de San Felipe del Agua.

Esta que sí fué una verdadera victoria, causó muy buena impresión en el ánimo de las tropas de Don Porfirio; mas como en su plan de operaciones no entraba el conservar á aquella hacienda, mandó abandonarla al entrar la noche y concentró sus fuerzas en la ciudad.

Pero no obstante los esfuerzos de Don Porfirio, la desmoralización cundió rápidamente entre sus tropas al saberse la defección de la guarnición de Tehuantepec que había quedado á las órdenes del Coronel Remigio Toledano; llegando la desmoralización á tal extremo que cuando los franceses atacaron el Fortín de la Libertad, Adrián Valdés, Mayor de uno de los batallones de Sinaloa, vitoreando á sus soldados, los hizo saltar el foso y se fué con más de cien hombres de los que defendían la trinchera, y á no ser por la energía que desplegaron los Coroneles Corella y Toledo para detener el mal, se hubiera perdido el reducto.

Pocos días después desertó el Coronel Modesto Martínez, quien fué muerto por las avanzadas enemigas que le creyeron un espía. Así llegaron á desaparecer, pues, compañías enteras hasta con sus comandantes.

Al comenzar el mes de Febrero la desmoralización fué

mayor, al grado de que los jefes de los principales puestos, con excepción del Coronel Don Juan Espinosa y Gorostiza, mandaban comunicaciones á Don Porfirio manifestándole que no respondían de la situación, pues sería imposible defender los puntos de un ataque serio de los franceses con tan pocas y tan profundamente desmoralizadas fuerzas.

Ya se comprenderá cuanto sufriría el General Díaz con estas noticias y más aún con las quejas escandalosas que en público hacían las pocas familias encerradas en el recinto de la ciudad, con motivo de verse agotados los víveres.

En tal situación, no quedando ya disponibles sino cosa de 1,000 hombres, no quiso Don Porfirio que corriera más sangre por ser infructuosa toda resistencia, y el día 8 de Febrero ordenó que se rindiera la plaza. Al efecto, á las diez de la noche de ese día y sabiendo que Bazaine tenía empeño en asaltar la plaza al día siguiente, sabedor de que no podía defenderse más, quiso Don Porfirio quitarle esa efímera gloria; y acompañado de los Coroneles Angulo y Echeagaray para que le sirvieran de testigos, se presentó á una de las avanzadas, la que le iba á hacer fuego; pero Don Porfirio habló á los soldados y les dijo que no era enemigo armado, con lo que consiguió que suspendieran sus tiros y lo remitieran á otra avanzada que se hallaba á la izquierda del río Atoyac, de donde le mandaron á otro destacamento, el que por fin le condujo á la Hacienda de Montoya en la que se encontraba el General Bazaine.

Cuando estuvo ante este General, Don Porfirio le manifestó que podía disponer de la plaza; pues no tenía elementos para defenderla. Creyendo Bazaine que Don Porfirio se sometía al Imperio, le dijo:

—Mucho me alegro que vuelva Ud. sobre sus pasos, y de un extravío tan grande como es el de tomar las armas contra su soberano.

El General Díaz contestó con serena altivez:

—Considero de mi deber manifestarle, que yo, ni me adhiero al Imperio, ni lo reconozco; le soy tan hostil hoy como cuando estaba detrás de mis cañones; pero no puedo defender más la plaza y por eso me rindo.

Indignado Bazaine con tan noble y enérgica respuesta, replicó con cierta acritud:

—Ha rompido Ud. la protesta que firmó en Puebla, de no tomar las armas contra la Intervención.

—General, yo no he firmado tal protesta, contestó Don Porfirio. Entonces Bazaine dijo á su Secretario, el Coronel Napoleón Boyer:

—Deme Ud. el libro en que firmaron los prisioneros de Puebla.—El Secretario tomó el libro y empezó á leer en voz alta, y al llegar al párrafo en que Don Porfirio había manifestado que no firmaba la protesta, porque tenía deberes sagrados con su país y debía cumplirlos siempre que estuviera en aptitud de hacerlo, le dió el libro á Bazaine, quien lo leyó en silencio, lo cerró y ni una palabra más dijo ya al General Díaz sobre el asunto.

Cambiando de entonación le habló de la dificultad que tendrían los franceses para tomar la plaza; pues se decía que estaba minada y fácilmente podrían hacerse estallar las minas.

Don Porfirio le manifestó que efectivamente había puesto algunas; pero que las mandó descargar para hacer cartuchos cuando se le acabó el parque, y que las pocas que aún quedaban, podrían inutilizarse, para lo cual mandaría un oficial de artillería. Así se hizo, en efecto, habiendo, sin embargo, estallado una accidentalmente.

Escoltado el General Díaz por un oficial francés, mandó suspender los fuegos que aún se hacían, de los cerros y para ello fueron hasta la trinchera francesa que estaba frente á la de los mexicanos. Angulo habló desde allí á Corella, el que sacando la cabeza comenzó á insultarle y mandó hacerle fuego, porque creía que se había pasado al enemigo. Con muchas dificultades pudo explicarle Angulo á Corella que la plaza se había rendido

y que llevaba orden de Don Porfirio para que se suspendiera el combate. Cesó éste en los cerros, y Bazaine detuvo á Don Porfirio, á Echeagaray y á Angulo, el resto de la noche, dándoles un cuarto que él personalmente dispuso.

¡Había quedado segunda vez el heroíco Caudillo de Oaxaca, prisionero de los franceses sin saber cuál sería su suerte, pues no pidió ninguna garantía ni para él ni para sus dignos compañeros de armas!

Al día siguiente Don Porfirio mandó á Echeagaray, por acuerdo de Bazaine, para que se entregaran otros puntos y después entró con Don Juan Pablo Franco y escoltados por los Cazadores de Africa y el General Brincourt con un regimiento, en la plaza. Luego pasó Don Porfirio prisionero á Montoya y de allí, en la noche del 9, fué conducido á Etla, con tal luje de precauciones, que indicaba á las claras el gran concepto en que le tenían los franceses. Lo escoltó con una compañía de zuavos el Comandante invasor Chapie, quien después llegó á General de División en el ejército francés. Conducían á Don Porfirio entre hileras abiertas y al lado de cada una marchaba otra de caballería; á retaguardia un pelotón de húsares y otro adelante, guardando entre sí una distancia de cien metros; además, de cada lado, como á cincuenta metros, entre los sembrados, iba la caballería de los traidores. Ya se verá si no era ésto un derroche de vigilancia. Acompañaban á Don Porfirio, los Lics. Don Justo Benítez y Don Miguel Castellanos Sánchez, los Generales Don Cristóbal Salinas y Don José María Ballesteros; los Coroneles J. Ignacio Echeagaray y Apolonio Angulo; todos ellos antiguos compañeros de armas del Caudillo. Al llegar á Etla se alojaron en la casa de Don José M. Filio, que era la mejor del pueblo. En este mismo punto, se presentó á Don Porfirio el Vizconde de Kelan, que había pertenecido al Estado Mayor de Napoleón, y le dijo que estaba encargado de custodiar á los prisioneros hasta Puebla.

Este militar trató con muchísimas consideraciones al ilustre prisionero, sin que por eso dejara de redoblar su vigilancia y frecuentemente le pedía permiso para ordenar la marcha, y le preguntaba si quería hacer alto en algún punto.

Atravesaron la Mixteca, pasaron por Acatlán, y de allí tomaron el camino nacional hasta Puebla, casi detrás del General Bazaine, que regresaba á México.

En Puebla fueron entregados á las fuerzas austriacas y encerrados en tres prisiones distintas. Mandaron á los Generales, Coroneles y Tenientes Coroneles, al cerro de Loreto donde había otros prisioneros mexicanos, entre los que se encontraban el General Santiago Tapia y el General Arce, que fué después Gobernador del Estado de Guerrero.

En la prisión de Loreto permanecieron como tres meses; allí les volvieron á amonestar para que no tomaran las armas contra la Intervención, ni contra el Imperio, y casi todos los Generales y Jefes protestaron en ese sentido, hasta Don Justo Benítez; pero Don Porfirio se negó á hacer tal protesta y con él los Generales Don Santiago Tapia, Don Miguel Castellanos Sánchez y el Capitán Don Ramón Reguera. Castellanos lo hizo con la intrepidez propia de su carácter y en términos tan duros, que eso motivó que le pusieran por algunos días en una prisión obscura y solitaria y lo trataran con excesiva dureza.

Don Guillermo Carbó, al principio se negó á protestar, pero después que le dijeron que á media noche iban á ser pasados por las armas todos los que no lo hicieran, llamó al oficial y otorgó la protesta. A Don Justo Benítez y al General Ballesteros, no obstante haber firmado, no se les puso en libertad, sino hasta dos meses depués, debido á las gestiones de Don Bonifacio Gutiérrez.

De Loreto fué transladado Don Porfirio á Santa Catarina. Aquí estuvo algún tiempo en una celda acompañado de Don Justo Benítez y de Ballesteros. Como sabía que no le habían de poner en libertad, comenzó á practicar

una excavación debajo de su cama con objeto de hacer una mina y evadirse, y para mejor asegurar el éxito, fingió que se había disgustado con sus compañeros de cautiverio y consiguió que los separasen, quedando solo como lo deseaba para continuar su trabajo.

La celda en que hacía la escavación era una capilla y perteneció á una monja reputada como muy milagrosa; cerca había un pozo que le sirvió á las mil maravillas para depositar la tierra que sacaba. Cuando llegó á los cimientos de la pared, cavó horizontalmente con dirección á la calle. Tenía el propósito de elegir dos oficiales de los más valientes de entre los prisioneros para que cuando la mina estuviese terminada evadirse con ellos; pero repentinamente lo sacaron de allí y todo su trabajo resultó infructuoso. Le dieron por nueva prisión el Colegio Carolino (hoy del Estado).

Luego que estuvo en la nueva cárcel y en los primeros días de su cautiverio, pedía permiso para salir á bañarse, pero le seguía un sargento, quien parecía su sombra, tan activa era la vigilancia que se ejercía con él. Esto molestó mucho al General y no volvió á pedir ese permiso.

El Jefe de la plaza, que lo era el Conde de Thum, salió en aquellos días á la campaña de la Sierra de Puebla, y dejó en el mando al Barón de Csismadia, Teniente del Regimiento de Húngaros. Este oficial le preguntó un día por qué ya no salía á bañarse, á lo que Don Porfirio contestó, que le molestaba mucho la compañía del sargento que se le daba por vigilante. Entonces el Barón, con mucha cortesía, le dijo que personalmente le acompañaría y así lo hizo en efecto, aunque con muchas precauciones, pues tomaba una silla y se sentaba frente á la puerta del baño en que estaba el General, dando orden de que mientras éste se bañaba, los cuartos contiguos no fueran ocupados.

Un domingo, después del baño, el Barón convidó á Don Porfirio á almorzar y le llevó á los toros. Al do-

mingo siguiente le hizo igual oferta, pero Don Porfirio la rehusó.

General, le dijo el Barón, ¿se creé Ud. deshonrado con mi compañía?

—Señor, contestó Don Porfirio, aunque personalmente es Ud. todo un caballero muy fino y recomendable, la circunstancia en que la guerra nos coloca, quizá me traería algo de deshonra, porque no es difícil que se supusiera que yo he aceptado y reconocido el Imperio, ó cuando menos, que estoy próximo á hacerlo.

—Muy bien, General, contestó el Barón, entonces lo acompañaré á Ud. solamente al baño. Después de ésto, el Barón dijo á Don Porfirio:

—General, casi todos sus compañeros de armas han hecho la protesta que se les exige y están en libertad, sólo Ud. rehusa á ello. Actualmente soy yo el jefe de la plaza ¿por qué no aprovecha Ud. esta oportunidad? Porque la verdad es que yo no veo esperanzas de que haya algún motivo para que le concedan la libertad, y quién sabe cuánto tiempo dure su prisión.

—Señor Barón, contestó el General Díaz, yo considero que el Imperio ha de durar muy poco tiempo.

—General, agregó el Barón, desde que le he tratado conozco que es Ud. un oficial muy honorable y por lo mismo, voy á dejarlo en libertad para que ande en la ciudad, y me basta con que sepa Ud. que si hace mal uso de esa libertad que le concedo, perderé yo mi título de Barón y mi grado en el ejército, y me vería en la necesidad de no volver á presentarme ni á mi Gobierno, ni á mi familia; en una palabra, lo perdería todo; pero juzgo á Ud. incapaz de causarme males tan graves y por lo mismo, confío en que jamás abusará de la amplia libertad en que lo dejo. Iba á contestar Don Porfirio, pero el noble joven le interrumpió diciendo:

—No exijo respuesta de Ud. porque ya presumo lo que va á decirme; y llamó en seguida al oficial de guardia, á quien notificó que el prisionero podía salir todos

los días, sin permiso, desde el toque de diana hasta el de retreta.

De tan amplia licencia hizo uso el General Díaz por algún tiempo; y la primera vez que salió á la calle se dirigió á la casa del Barón para darle las gracias. Las consideraciones que éste le guardó no fueron del agrado del Conde de Thum, cuando las supo, á su regreso de la campaña de la Sierra, y por ello impuso un arresto al Barón de Csismadia. El caudillo liberal nunca olvidó aquellos servicios, y al tomar la plaza de México encontró entre los prisioneros al Barón, que entonces ya era Mayor, y le mandó poner desde luego en libertad, así como á todos sus compañeros, los que fueron embarcados en la fragata *Novara* que había venido por el cadáver de Maximiliano, y así pudieron regresar á su país.

El Conde de Thum tuvo un éxito desgraciado en la Sierra de Puebla, lo que le predispuso mucho contra los liberales. Al día siguiente de su regreso llamó á Don Porfirio al salón de la Corte Marcial, que estaba en su misma prisión, es decir, en el Colegio del Estado, y con brusquedad le dijo:

Firme Ud. ésto—y le presentó una carta escrita previamente, en la que se ordenaba al General Don Juan Francisco Lúcas, que no fusilara á los traidores que tenía prisioneros, porque los imperialistas querían canjearlos.

—No puedo firmar, contestó con entereza el General Díaz.

—¿Por qué?

—Porque en mi calidad de prisionero no puedo dar órdenes, y las que diera yo, serían inútiles y el General Don Juan Francisco Lucas, no está obligado á obedecerlas.

—Ah! ¿con que no puede Ud. dar órdenes? ¿Cómo entonces en la prisión ha firmado el despacho del General Pérez Figueroa?

—Es cierto, contestó Don Porfirio; y agregó pero su-

puesto que mi palabra no merece fé, mucho menos firmaré esa carta.

—Nunca me había figurado que después de nueve meses de prisión, estuviera Ud. tan insolente. El Barón de Csismadia hubiera causado al Gobierno imperial un mal gravísimo, si Ud., aprovechando las franquicias que le concedió, se hubiera fugado.

—El Barón, contestó Don Porfirio, conocía mejor que Ud. el carácter de los oficiales liberales; pues vd. les compara con los traidores, y son muy distintos, en nada se les parecen; así es que las garantías tomadas por mi custodio para estar seguro de que no le comprometería, fueron de aquellas que nunca quebrantan los hombres de honor.

—Pues bien, yo tamaré otras, contestó muy mal humorado el Conde de Thum, Don Porfirio después de esta entrevista se retiró á su calabozo.

Aquel mismo día se mandaron tapar las ventanas de la prisión y se reforzaron por dentro con tablas muy bien clavadas, de modo que ni la luz penetraba, y hasta de día tenían que usar los prisioneros luz artificial. Se aumentó el servicio de vigilancia dando orden de que á ninguna hora de la noche se apagara la luz en sus cuartos, ni se cerraran las puertas para que los centinelas pudieran vigilar aun cuando los presos estuvieran durmiendo. También se taparon los arcos de los corredores para mayor seguridad, de modo que se convirtieron en callejones obscuros.

Esa conducta tiránica obligó al General Díaz á procurar su pronta evasión, la que se verificó el 20 de Septiembre, porque el 15, que era el día señalado para ello, no lo pudo hacer, á consecuencia de las fiestas del aniversario de la Independencia.

Con anterioridad había arrendado una casa donde sólo vivía su mozo, encargado de cuidar los caballos que había comprado para poder salir sin inconveniente de la ciudad.

El 20 de Septiembre, en la tarde, el General Díaz enroyó tres reatas en forma de pelota y se guardó otra en su equipaje, con una daga de muy buen temple y muy filosa y que era la única arma que tenía para su defensa. Cuando hubo arreglado muy sigilosamente estos aprestos, les dijo al Teniente Coronel Palomino y al Mayor Don Juan de la Luz Enríquez, únicos confidentes de la proyectada fuga, que invitaran á todos sus compañeros de prisión á jugar á los naipes para que, estando reunidos, no se dieran cuenta de la evasión y el éxito fuera mejor. Así lo hicieron y Don Porfirio, después del toque de silencio, se fué á un salón destechado, donde estaban los excusados y arrojó á la azotea la pelota de reatas y, con la que quedaba, lazó una canal de piedra y ascendio por la cuerda; una vez en la azotea quitó la cuerda de la canal y recogió las otras.

La noche era obscurísima. La azotea del edificio que servía de prisión á Don Porfirio, tenía en esa época, y aun tiene, pequeñas bóvedas semiesféricas, que corresponden á cada arquería y por entre esas ondulaciones se fué deslizando, arrastrándose mejor dicho, sobre el suelo, de modo que los centinelas no pudieran observarlo. La marcha fué penosísima y muy laboriosa, pues tenía que ir palpando los ladrillos con las manos para evitar que los muchos vidrios que había tirados, produjeran ruido; y á cada momento tenía que suspender la marcha, pues los relámpagos eran muy intensos y contínuos. Así llegó hasta la pared de la iglesia (la Compañía); allí se puso en pié, pues ya el centinela no podía verle y caminó hasta una ventana que daba al cuerpo de guardia; mas al asomarse para ver si no había ninguna alarma, se resbaló de la madia naranja y fué á dar contra los cristales que casualmente no se rompieron ni produjeron ruido; estando á punto este insidente de haber descubierto su fuga.

Cerciorado de que estaba todo en calma, se dirigió á la esquina del edificio, que mira hacia la Iglesia de San

Roque. Para llegar á ese punto que fué el elegido para descolgarse á la calle, el peligro en que se encontró fué más eminente, pues tenía que pasar por la casa que servía de habitación al Capellán de la Compañía y éste había denunciado á la Corte Marcial, pocos días antes, á los oficiales prisioneros que habían oradado la pared para fugarse, y los que, desgraciadamente, fueron á dar á la casa de este sacerdote, quien, como hemos dicho, los denunció y al día siguiente fueron fusilados; mas como el General Díaz jugaba el todo por el todo, bajó sin vacilar á la zotehuela de la casa del Capellán; pero apenas se encontraba en un rincón de aquella cuando se abrió una puerta dando salida á un joven, el que sin duda llegaba del teatro y tarareando una canción se encaminó á los excusados. Comprendió el General el peligro en que se encontraba y esperó en silencio á que el joven volviera á entrar; así sucedió, pero á poco volvió á salir con una vela encendida dirigiéndose al parecer al lugar en que se encontraba oculto Don Porfirio. Afortunadamente no se dió cuenta de nada y momentos después regresó á su pieza.

Cuando el General comprendió que ya estaría dormido el joven, volvió á subir á la azotea por el lado opuesto á aquel por el que bajó y continuó su marcha á la esquina que da á San Roque. Una vez allí fijó la cuerda por donde debía descender al Callejón de Alatriste, en la base de un santo de piedra que todavía se halla en el mismo sitio, y comenzó á bajar para un lote del Colegio que estaba cercado; pero sin edificio alguno y es en el que hoy se levanta el suntuoso Gimnasio del Colegio del Estado. Al descender se le desprendió la daga que llevaba en la cintura y calló probablemente sobre alguno de los cerdos que había encerrados en un corral de vigas, lo que hizo que se espantaran y dieran gruñidos que alarmaron mucho al General, que permaneció inmóvil un gran rato, temeroso de que alguien saliera á ver lo que causara el alboroto de los cerdos y entonces de seguro estaba per-

dido. Subió luego á la cerca para saltar á la calle; mas en este instante vió al velador que pasaba y se volvió á ocultar, hasta que aquel estuvo lejos; descendió por fin á la calle, sin que hubiera llamado la atención del velador una piedra que se desprendió del muro y que hizo bastante ruido. Estaba por fin libre y fuera de la prisión, y después de tantos peligros que sólo su buena estrella y su gran sangre fría pudieron conjurar.

Una vez en la calle cruzó rapidamente por la ciudad y llegó á la casa donde le esperaba su asistente con sus caballos y un guía.

Inmediatamente se pusieron en marcha los tres, saliendo de Puabla por el camino de Totimehuacán con gran riezgo de ser detenidos en la garita. Mas en aquella noche todo fué propicio al ilustre Caudillo ;los guardas estaban durmiendo y no se dieron cuenta de nada, no obstante que había luz en la pieza y estaba á la puerta un caballo ensillado.

Apenas hubieron pasado la garita comenzaron á galopar por más de una legua, cuando oyeron que les marcaron el alto con insolencias, creyendo de pronto que sería alguna patrulla oculta en la barranquilla de Atecomulco que estaba muy resbalosa. Mas á pesar de la increpación no detuvieron el galope y fueron á dar contra unos burros y unos arrieros que no podían salir de la barranca y eran los que les habían marcado el alto, temerosos de ser arrollados, como en efecto lo fueron. Los ginetes dieron las explicaciones del caso y entonces tomaron por fuera del camino, entre unas milpas que ya estaban secas y en mazorca, lo que no dejó de molestarlos mucho; pero en cambio evitaron el encuentro de gente por el camino. Siguieron su marcha violenta hasta el paso del río Atoyac que está á poca distancia de la Hacienda de Cuatzingo, á donde llegaron como á las nueve de la mañana del día 21 de Septiembre. En aquel punto, en tiempo de aguas, el vado es peligroso y los rancheros se convierten en pasadores de los que por allí

caminan; pero como el General Díaz sabía que por aquel rumbo estaba el tridor Flón con sus tropas, no quiso que lo pasaran ni que desencillaran su caballo y se lanzó, con toda intrepidez y admiración de los pasadores, al río, cruzándolo sin desmontarse del caballo ni dejar sus armas. Una vez del otro lado, esperó á que pasaran á sus compañeros y después que éstos fueron transladados, los pasadores volvieron al punto de partida por los caballos y las monturas. Ensillaron de nuevo los soldados, y siguieron su marcha con dirección á Coayuca, pueblo en el que había una fiesta: riñas de gallos, carreras, etc., y como los guerrilleros de Don Bernardino García eran muy afectos á esas diversiones. Flón tenía por allí su fuerza con el fin de sorprender á los concurrentes. El General Díaz pasó á orillas del pueblo, pero separado de sus compañeros de viaje para no llamar la atención y poder unirse después con ellos en el camino. A poco andar encontró al Alcalde y creyendo el General que no lo conocería, le dijo que iba á comprar ganado. El Alcalde en respuesta le felicitó por haberse evadido, ofreciéndole sus servicios y haciendo instancia para que entrara al poblado y permaneciera siquiera un día. Don Porfirio no aceptó la invitacion y apenas había comensado su marcha cuando oyó gran tiroteo en el centro del pueblo: era que las fuerzas de Flón caían sobre algunos guerrilleros de García que andaban en la fiesta. Se dirigió entonces el General á galope á una colina desde donde pudo ver perfectamente la escaramuza, y convencido de que había un encuentro entre liberales y traidores, apresuró más su marcha, á campo atravieza, hasta el rancho del Coronel Don Bernardino García á donde llegó la misma mañana. Allí pudo descansar de las fatigas del viaje y de la velada azarosa del día 20, en que emprendió su evasión.

En la noche fueron á felicitarlo como diez municipalidades de aquellos rumbos que, aunque al parecer obedecian al Imperio, en realidad eran liberales.

El 22 de Septiembre, en unión del Coronel García y un clarín, marchó el General rumbo á Tehuitzingo y en un paraje cercano al pueblo, se les incorporaron cosa de catorce guerrilleros de García, todos muy mal armados.

¡Quian había de creer que aquel grupo de rancheros perdidos allá en las montaña del Sur de Puebla, iba á ser la poderosa chispa de la gran epopeya nacional, llevada á cabo en su mayor parte por el genio guerrero de aquel Caudillo que no contaba al pronto con más elementos, que su fé en la causa republicana y su prestigio entre los pueblos amantes de la libertad!

Aquel puñado de valientes entró por dos puntos distintos al pueblo de Tehuitzingo, sorprendieron á la Guardia Nacional imperialista, sin efusión de sangre, y como la bola de nieve que cae de la cima de los altos ventisqueros, se combierte después en alud, así aquellos soldados de la República comenzaron á aumentar con los elementos quitados al enemigo. La noche del 22 los catorce hombres se convirtieron en cerca de sesenta. Ya era algo.

La bola de nieve iría engrosando.

Aquella pequeña fuerza necesitaba recursos y el General pensó obtenerlos del cura del Piaxtla, pues sabía que en dicho pueblo había muchas cofradías. Con este objeto salió el 23 para ese punto perteneciente también á Acatlán, en donde estaba el Teniente Coronel imperialista Carpintero. El cura puso evasivas para entregar el dinero que se le pidió, dando tiempo á que los imperialistas salieran de Acatlán á atacar la pequeña fuerza de Don Porfirio, quien sospechando el ardid, salió luego de Piaxtla, diciendo al cura que al día siguiente volvería por los recursos pedidos.

Al dirigirse por el camino de Acatlán, casi en los suburbios de Piaxtla, encontro al escuadrón de Carpintero y cargó sobre él con todo el empuje que en tales casos sabía desplegar, y lo derrotó persiguiéndolo largo tiempo por un paso cercado por ambos lados con bardas de

piedras sueltas; de modo que ni los perseguidos, ni los perseguidores, podían salir de aquel carril, salvándose sólo los que abandonaban el caballo y conseguían saltar la cerca. Tomó como sesenta caballos, armas y monturas, y temiendo que hubiera fuerzas superiores á las suyas en Acatlán, quiso poner entre esta población y su pequeño ejército el Río Mixteco de por medio. Se dirigió entonces á Tecomatlán donde dió descanso á la caballada y á la tropa, que bien lo necesitaba.

En este pueblo se engrosaron las filas de los heroicos patriotas con setenta y ocho infantes procedentes de Tlapa, al mando del Teniente Coronel Don Juan José Cano. Con ese refuerzo se marchó á Tepetlapa enmedio de un aguacero torrencial, porque allí tenía de amiga á toda la población. Permaneció cuatro días en este pueblo á causa de que durante ese tiempo no cesó la lluvia, ni de día ni de noche. En esta misma población se puso á sus órdenes, con treinta caballos, el guerrillero Tomás Sánchez.

Aquellos cuatro días de inacción no los perdió el General, puesto que tomó informes y supo que Visoso estaba en Tulcingo, pueblo cercano, con trescientos infantes y cincuenta caballos. Pensó que aquella tropa estaría como la de él, esperando que cesara la lluvia y concibió el proyecto de batirla luego que parase el temporal. Así lo hizo.

El 1º de Octubre que despejó un poco la atmósfera, supuso que, la fuerza de Visoso, la primera ocupación á que se dedicaría era la de limpiar el armamento; y sorprenderlo en esa operación, sería obtener el triunfo. Concebido el proyecto, salió muy de madrugada; al llegar á una loma próxima al pueblo encontró á un hombre que llevaba pan, lo que le llamó la atención; lo amenazó con fusilarlo si no confesaba con verdad si era ó no espía. En efecto, el hombre confesó ser explorador y dijo que la tropa enemiga en aquel momento limpiaba sus armas.

Sin pérdida de tiempo se lanzó Don Porfirio al ataque

por medio de un movimiento rápido sobre el atrio y el templo, donde estaba el enemigo, y después de una lucha, ruda y sostenida por una resistencia desesperada, obtuvo el triunfo, del que solamente pudo escapar Visoso con su caballería, quedando á merced del vencedor toda la infantería y poco más de tres mil pesos en oro que tenía el enemigo. Hubo más de cuarenta muertos y muchos heridos. Dicha cantidad costó al General Díaz mucho trabajo recojerla, pues los guerrilleros que le acompañaban no tenían la disciplina militar á que después y con gran perseverancia y trabajos, los sujetó

Inmediatamente nombró Tesorero al Lic. Don Manuel Guerrero, que se le había incorporado en Piaxtla. Aquella suma fué la primera que formó la contabilidad del Ejército de Oriente, la cual se cerró al tomar la capital de México y volver al heroico General á la vida privada.

Después del triunfo, su primer cuidado fué organizar á los prisioneros, formando dos compañías á las que dió el pomposo nombre de batallones y los puso al mando, uno, del Teniente Coronel Don Juan José Cano, y otro, á la del Teniente Don Mucio Martínez, que se había distinguido mucho por su intrepidez y bizarría y quien es uno de los notables colaboradores de la gran obra de regeneración del país y hoy General, y Gobernador del floreciente Estado de Puebla.

En esta época de prueba para los heroicos republicanos, en que nadie podía contar con un porvenir lisonjero, ni siquiera con el día de mañana como vulgarmente se dice, era muy difícil que el joven Teniente Don Mucio Martínez, como otros muchos entonces obscuros soldados de la libertad, creyera que años después habría de colocarse en una envidiable altura, sin contar para ello más que con su arrojo en la pelea, su energía de carácter y su claro juicio. Y sin embargo, al ponerlo al frente de ese pequeño batallón sin disciplina, sin instrucción, sin armamento, pero sí lleno de coraje en la defen-

sa de la santa causa de la democracia, se le había colocado en el sendero que conduce al engrandecimiento, cuando, como sucedía en él, se poseen las cualidades requeridas. Su designación no había sido hecha al acaso; el General Díaz, con esa penetración exquisita que ha tenido siempre para elegir á sus colaboradores y con la que parece adivinar lo que los hombres serán en lo futuro y la utilidad que de ellos puede obtener en bien de la patria, comprendió desde luego que el joven Teniente era de aquellos hombres que llegan muy lejos, si las circunstancias se les presentan y son favorables á sus impulsos; por eso al organizar aquella pequeña agrupación, á que había dado el nombre de brigada, y que fué la piedra angular sobre la que se erigió después el Glorioso Ejército de Oriente, que años más tarde condujo al Caudillo al triunfo épico del 2 de Abril, los oficiales elegidos eran, como los de entonces, recios al combate y hechos á todas las privaciones, y si no tenían por completo la instrucción de los soldados permanentes, sí poseían las grandísimas cualidades que conducen directamente al éxito: fe en su caudillo, valor, actividad y pundonor.

El tiempo vino á probar después que ninguno de aquellos fué desleal á quien les ponía en el camino de la inmortalidad.

He aquí en comprobación de nuestras afirmaciones, esa pléyade que al lado del Caudillo, combatió también sin descanso por afianzar la nacionalidad mexicana:

Comandantes Guillermo Carbó, Juan Enríquez, Feliciano García, Higareda; Tenientes Coroneles Márcos Bravo, Luis Mier y Terán; Coroneles Manuel González, el bravo guerrillero Bernardino García, el denodado General Francisco Leyva y otros más que figuran en esta obra.

Mas sigamos nuestra narración.

El Presidente de la República que estaba radicado en Paso del Norte, supo por la legación mexicana en Was-

hington, que el General Díaz se había fugado de Puebla y continuaba la lucha en territorio de Oaxaca, con escasísimos elementos. Desde luego se dispuso que fuera repuesto en el mando de la línea de Oriente, la que al caer prisionero el Caudillo, se había encomendado al General Don Alejandro García, quien estaba con su Cuartel General en Tlacotalpan, del Estado de Veracruz.

Don Porfirio se encontraba en el pueblo de Atoyaquillo, en el Estado de Oaxaca, cuando recibió el 2 de Febrero de 1866, las órdenes respectivas, giradas por la Secretaría de Guerra, y fechadas en Paso del Norte el 12 de Noviembre del año anterior; órdenes á virtud de las cuales quedaba como General en Jefe de la línea de Oriente y como su segundo el General García.

Desde antes que recibiera el nombramiento, todas sus miras se habían dirigido á levantar el espíritu de los pueblos en favor de la libertad y concentrar las pocas guardias nacionales en las Mixtecas, con el fin de preparar la famosa batalla que se dió en Miahuatlán y que tan decisivo influjo tuvo en aquella titánica lucha.

El 25 de Febrero de 66, acampó el General Díaz en una ranchería llamada Lo de Soto, con objeto de dar encuentro al jefe reaccionario Don Juan Ortega, el que salió de Oaxaca con armamento para organizar un batallón en Jamiltepec, del propio Estado. Supo la noticia en Tlapa y desde luego se dirigió por Ometepec á Jamiltepec, auxiliado por el General Alvarez con 200 guardias nacionales.

La avanzada de Don Porfirio, que estaba á tres leguas de Lo de Soto, fué sorprendida, y se diseminó, en vez de replegarse al campamento, lo que ocasionó que en éste no se supiera la proximidad del enemigo y solamente la advirtieron cuando ya hacía fuego sobre las tropas.

Al oír los tiros salió Don Porfirio de un jacal donde se hallaba con el General Leyva y se encontró con la caballería enemiga á muy corta distancia, la que le hizo fuego, no quedándole otro recurso que volver al mismo

sitio, en donde tomó sus pistolas del arzón, dejando el caballo y romper la cerca de la choza, para salir por allí, pues los soldados se hallaban ya en la puerta. Del primer jacal pasó á otro y de éste á un tercero, abriendo los cercados, porque el enemigo le seguía á corta distancia.

En esta ocasión las fuerzas habían ido á bañarse al río inmediato, que estaba un poco retirado del campamento, pero desde donde se oyeron las primeras detonaciones, las que las pusieron en alarma é hicièron que se organizaran violentamente y salieran desde luego algunos soldados con el Teniente Coronel Márcos Bravo á la cabeza, en auxilio de su Jefe. Al verlos el General Díaz, tomó el caballo de aquel y protegido por el fuego que hacía el batallón «Fieles de Oaxaca,» que se encontraba situado sobre una altura proxima á la ranchería, al mando del Teniente Coronel Martín Rivero, cargo con desesperación sobre la caballería enemiga, con tal denuedo y acertada maniobra, que la hizo retroceder hasta el camino que era el único paso para la expresada ranchería. Arrojada así la caballería al otro lado, siguió el General Díaz defendiendo el estrecho paso, donde se le incorporaron Don Bernardino García con cien hombres y el Teniente Coronel Márcos Bravo, que ya regresaba en otro caballo que había quitado á uno de sus soldados. Ya con este refuerzo le fué posible organizar la defensa, mientras Leyva y Bravo perseguían al enemigo hasta el Rancho del Alacrán, donde se encontraban su artillería é infantería, por lo cual se vieron obligados á emprender la retirada.

El General Leyva le dió aviso de que las mulas que pastaban á más de una luega del lugar del combate, estaban ya aparejas y formados los infantes. Ordenó que marcharan hasta los Horcones, en el camino de Ometepec y allí lo esperaran; pues el sagaz General Díaz con la rápida concepción que le es peculiar, había comprendido que aquel punto estaba en buenas condiciones para

presentar batalla. Mas el enemigo no se atrevió á ir á allí y paso la noche en la ranchería, mientras las fuerzas republicanas se retiraban á Ometepec.

En ese reñido combate sólo la serenidad de Don Porfirio pudo librarle de caer prisionero, y en él murió el Teniente Coronel Don Manuel Aburto, asesinado vilmente en su cama, pues estaba enfermo y sus compañeros lo dejaron olvidado.

Después de aquella sorpresa las fuerzas del Sur se dispersaron dejando al General Díaz con poca gente, por lo que se fué á los llanos de Quetzala, donde los hermosos pastos sirvieron para que la caballada se repusiera, pues los recursos con que contaba, eran sumamente limitados y por lo mismo, aprovechaba cuanto la naturaleza feraz de aquellos lugares podía brindarle. Con la pesca que en aquel sitio era abundante, pudo durante ocho días, sostener á sus soldados. Allí recibió auxilios del General Alvarez, quien le mandó otros 200 hombres. Con ese refuerzo fué á atacar á los traidores que estaban en Pinotepa, los puso en fuga, reconcentrándolos á Jamiltepec perseguidos por los liberales. Eso desmoralizó á Ortega que estaba posesionado de aquel punto con dos piezas de artillería y un número competente de fuerzas. Luego que supo que Don Porfirio se acercaba, abandonó la población y el General Leyva lo persiguió hasta Juquila, con las fuerzas de caballería, forzando el paso de Rioverde.

Al regresar Don Porfirio á Jamiltepec, el 13 de Abril de 66, encontró cuatrocientos fusiles nuevos que no se habían desempacado y eran del sistema Enfield, y por consiguiente muy superiores á los que sus tropas tenían. Entonces devolvió al General Alvarez el armamento que le había prestado y permaneció unos cuantos días en aquel pueblo, en tanto que se curaban los heridos y se procuraba recursos. En seguida tomó rumbo á Putla, y valiéndose de su perfecto conocimiento del terreno sobre

que operaba, dividió sus fuerzas y las hizo avanzar silenciosamente por sendas escondidas á fin de que llegaran al pueblo sin ser vistas, en tanto que él, que en el camino había tenido noticia de que el jefe español Ceballos, había evacuado el punto con el destacamento que lo guarnecía, se adelantaba en igual dirección seguido de su Estado Mayor, compuesto de todos los oficiales á quienes no había podido dar mando en las filas de su improvisado ejército, entre los cuales se encontraban Don Carlos Pacheco, heróico soldado de la República que después llegó á ser General y Ministro de Fomento, Don Juan de la Luz Enríquez, que era Mayor y después fué General y Gobernador del Estado de Veracruz, el Coronel José Pérez Milícua, el Teniente Coronel Guillermo Palomino, y otros muchos que corriendo el tiempo ilustraron sus nombres con eminentes servicios prestados á la Patria.

Cuando llegó á Putla con su Estado Mayor, en número de treinta individuos, tenía la creencia, por la noticia que le habían dado, de que no se encontraba allá el enemigo, por lo que le llamó la atención ver un hombre con banderola. Pensó de pronto que fuera alguno que anduviera robando, y concibió entonces la idea de dividir su Estado Mayor en dos grupos para penetrar en la plaza por dos calles paralelas y sorprender á los rezagados: mas no bien habían recorrido las primeras, cuando Ceballos, que allí estaba con su destacamento, rompió un fuego nutrido sobre aquel puñado de valientes; fuego que al ser oído por el General Leyva que venía con la caballería, hizo poner á ésta á toda rienda en auxilio del General en Jefe. Las fuerzas de Ceballos, que venían subiendo por el camino que conduce á Tlaxiaco, vieron el movimiento veloz de Leyva y se pusieron en precipitada fuga hasta el pueblo del Rosario, donde fueron alcanzadas y derrotadas completamente; dejando en poder del General Díaz muchos prisioneros y pertrechos de guerra.

Entretanto el jefe reaccionario Visoso, amagaba á Tlapa, del Estado de Guerrero; el General Alvarez dió aviso de ello á Don Porfirio, quien inmediatamente se puso en camino en esa dirección; pero á pocos días de llegado á aquel lugar, lo entrevistó un enviado de Visoso ofreciéndole sus servicios, pues estaba procesado por una derrota. Aceptó el General Díaz la propuesta, á condición de que se le presentara con tropas, y antes hiciera algunas operaciones contra el Imperio, como garantía de su buena fé.

Visoso aceptó la condición y consiguió salir de Puebla, donde estaba preso; y se dirigió á Chiautla, sublevó á la guarnición de aquel punto, y mató al Prefecto y Comandante Militar.

Dió aviso á Don Porfirio de este suceso y se dirigió á su encuentro uniéndose en Chila á la fuerza liberal que se había mandado para proteger su incorporación. Este jefe llevó á las filas del General Díaz, un obús de montaña y cerca de doscientos hombres.

Mientras que estos acontecimientos se desarrollaban dando prestigio inmenso á la causa liberal y á su primer Caudillo, otros de gran trascendencia tenían lugar en el seno de ese mismo partido, que estuvieron á punto de destruir los esfuerzos hechos en favor de la República.

El General González Ortega, que era Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, apoyado en su propio prestigio y por el de hombres tan eminentes como Don Guillermo Prieto, el Lic. Don Manuel Ruiz, los Generales Huerta, Patoni, Negrete y otros de no menos influjo en el partido republicano, partió á los Estados Unidos pretendiendo que se le reconociera como Presidente interino de la República; porque opinaba que el período del Presidente Juárez terminaba el 30 de Noviembre de 64. Con ese motivo el Sr. Juárez lo mandó encausar y se dió un decreto que prorrogaba el período constitucional por un año más; decreto que fué aceptado con satisfacción por la mayoría de los jefes y hombres

más distinguidos del partido liberal. El General Díaz también aprobó esa disposición y así lo comunicó al Sr. Juárez y á la Legación Mexicana en Washington.

El General Díaz extiende su círculo de acción.

Seguro ya Don Porfirio de poder operar con mayores elementos en el Estado de Oaxaca, procuró extender sus operaciones al de Puebla y se puso en combinación con los partidarios que tenía en Ixcaquixtla, promoviendo un pronunciamiento; pero antes de que este se verificara entró en combinación con el General imperialista Trujeque que estaba en el Rancho de Tacache, punto desde el cual le era fácil observar los movimientos que pudieran hacerse en Ixcaquixtla ó Silacayoapan.

Trujeque mandó á su Ayudante, el Capitán Travesí, hermano del Secretario particular de Don Porfirio, ofreciendo á éste ponerse á sus órdenes con todas sus fuerzas dándole como garantía la vida del emisario, quien quedaría en rehenes.

No dudó Don Porfirio de la promesa de Trujeque y con sólo un Ayudante salió para el rancho donde se encontraba aquel.

Don Márcos Bravo, temiendo con justicia una celada, sin que lo supiera el General Díaz, salió del pueblo de Xochihuehuetlán donde estaba el Cuartel General, con cien hombres del Regimiento de «Lanceros de Puebla,» entre los cuales se contaba el Capitán Mucio Martínez que fungía ya como Mayor, y lo siguió á corta distancia.

Pasó la avanzada enemiga el General Díaz sin novedad, pero al llegar al jacal donde se alojaba Trujeque, le hicieron fuego desde otro que estaba en el lado opuesto, hiriendo el caballo de su Ayudante; sin embargo, Don Porfirio pudo escapar de esa infame celada, aunque perseguido á una distancia como de 500 metros por gente de aquel imperialista; mas por fortuna encontró á la fuerza de Márcos Bravo, se incorporó á ella y cargó en-

tonces sobre sus perseguidores, obligándolos á retroceder al rancho.

Poco después, recibió una carta de Trujeque en que se disculpaba en vano de aquel suceso que estuvo á punto de costar la vida al Caudillo denodado de Oaxaca.

Por su parte, el General Figueroa, obtenía en Soyaltepec un triunfo de trascendencia, pues batió y derrotó á una columna de austriacos, cuyos cadáveres fueron quemados en unión de noventa y cinco más que habían sido recogidos en el camino que conduce á Tehuacán; distinguiéndose en la tenaz persecución que se hizo al enemigo, los pueblos de Ixtlán y Ojitlán, los cuales incendiaron sus sembrados para que los invasores no encontraran auxilios. Los indios se situaban además en lugares á propósito y hacían á los austriacos todo el mal que les era posible.

Los pronunciamientos de San Juan Ixcaquixtla y el de Chiautla extendieron el plan de operaciones del Geneneral Díaz al Estado de Puebla y con ellos tuvo á su disposición cincuenta caballos de Flón, ciento cincuenta más de los que se le unieron para el asalto de Ixcaquixtla, ciento cincuenta infantes, cincuenta caballos, un obús y un depósito de armamento en Chiautla.

El General se había trazado el siguiente plan de campaña, señalando el día 14 de Agosto de 66 para realizarlo.

El General Leyva operaría en el tercer Distrito de México; el Coronel Segura entretendría á los trescientos austriacos que estaban en Huajuapan, en tanto que el General Ramos, atacaría Tepexi y Acatlán; Figueroa amenazaría á Tehuacán; el Comandante Felipe Cruz atacaría al Mineral de Peras con los montañeses mixtecos que tenía á su mando; el Coronel Manuel López Orozco saldría de Ometepec y atacaría á Zolá y la guarnición de Juchitán se situaría en Tequisistlán, para cortar el camino de Oaxaca á Tehuantepec. Todas estas operaciones deberían verificarse simultáneamente y si los resul-

tados eran satisfactorios, se acercaría á Puebla para aprovechar los poderosos elementos de la Sierra del Norte y del Estado de Tlaxcala.

Prematuramente se pronunció Ixcaquixtla, y el valiente Ignacio Sánchez Gamboa, derrotó al Prefecto de Tepexi, que era el poeta Don Francisco Granados Maldonado, haciéndole siete muertos y cogiéndole diez y seis prisioneros y treinta fusiles.

Perseguido Ignacio Sánchez por fuerzas de Tepeaca y embarazado con el botín de guerra que había obtenido, tuvo que incorporarse al General Díaz.

Poco después del levantamiento de Don Vicente Ramos, Don Ignacio Sánchez y Don Antonio Gamboa, Trujeque dejó sus posesiones de Tecache y se unió á la guarnición austriaca de Huajuapan.

En esos días Don Miguel Ibarra, tío del actual Arzobispo de Puebla, que era dueño de una hacienda situada en el Valle de Huamuxtitlán, le facilitó al General Díaz $500 y Don Mariano Ruiz, vecino de Silacayoapan, le prestó otros mil; ya con estos recursos, aunque pequeños, pero muy valiosos en aquellas circunstancias, pudo moverse con sus tropas y se incorporó á Don Vicente Ramos que estaba en Piaxtla. De aquí avanzó hasta Tepexi, donde mandó sorprender la diligencia de Tlacotepec, para interceptar la correspondencia que llevaba, entre la cual iba una carta de Don Francisco Sáenz de Enciso, Administrador de Alcabalas de Oaxaca, dirigida al Lic. Don Manuel Dublán, que se encontraba en México sirviendo al Imperio y en la que le decía que ya Porfirio Díaz tocaba el territorio del Estado y si cogía á Enciso lo fusilaba sin duda, por lo que le suplicaba le proporcionara otro empleo en la capital del Imperio.

El General Díaz que, como á todos los hombres superiores, cualquiera pequeña circunstancia les abre ancho campo á sus deducciones, comprendió por tal misiva el estado de ánimo de los imperialistas, y desde entonces adoptó en su correspondencia y en sus actos, un tono im-

perativo y amenazador en contra de los traidores que le dió muy buenos resultados; pues disminuyeron considerablemente sus filas. He aquí cómo una pequeñez que para un talento común hubiera pasado inadvertida, no lo fué para el Caudillo oaxaqueño, lo que prueba la superioridad de su talento, su gran penetración y sagacidad.

Los imperialistas movieron fuerzas de Tehuacán, Tepeaca, Acajete y Huajuapan, en persecución del General Díaz; mas cuando la de este último punto ocupó Santa Inés Ahuatempan, las fuerzas de Don Porfirio salieron para Atexcal y á marchas forzadas llegaron á Chasumba, siguiendo el camino hasta Huajuapan.

Inmediatamente desplegó el General Díaz una línea de batalla provocando al enemigo al combate. Al fin salió Trujeque; pero fué obligado por el arrojo de las fuerzas liberales á entrar de nuevo en la plaza en completo desorden.

Veinticuatro horas permanecieron los republicanos á orillas de la población sin que el enemigo se resolviera á aceptar el duelo á que se le retaba, y entonces el General Díaz se retiró haciendo un movimiento de flanco frente al enemigo, rumbo á Tezoatlán y forzando su marcha hasta Chilapilla. Sobre la misma marcha hizo avanzar una fuerza de cien hombres á Tepexcolula la que logró sorprender y al Jefe Político quien dejó sobre la mesa el producto de capitación que acababa de recaudar. Esos fondos sirvieron para haberes de la tropa.

Al día siguiente continuó el Caudillo su marcha hasta Tlaxiaco que ocupó sin resistencia.

El General Oronoz, al saber el movimiento del General Díaz, salió de Oaxaca en su persecución, con fuerzas muy superiores en número y armamento.

Cuando á su vez el Jefe liberal supo la marcha é intensiones de Oronoz, abandonó Tlaxiaco, yéndose á situar á un punto de la montaña que se llama Chalcatongo y que reunía mejores condiciones para la lucha; mas el jefe traidor no se atrevió á atacar allí á los liberales.

Las lluvias, la inacción y la escacés de víveres, comenzaron á sembrar el disgusto entre las fuerzas liberales y á provocar la dispersión.

He aquí la situación y nombramientos que se hicieron en aquellos días.

Don Rafael García fué nombrado Gobernador interino de Puebla; el General Cuéllar, Comandante Miiltar de Tlaxcala y Distritos del Norte de Puebla; el General Ramos, Jefe de los Distritos de Acatlán y Tepexi, en tanto que Leyva expedicionaba en Cuernavaca y Figueroa en Tehuacán.

El Caudillo oaxaqueño tiene también su «Noche Triste».

La noche del 24 de Septiembre de 1866, el Jefe de Día, dió aviso de que las avanzadas habían desertado de sus puntos con todo y sus oficiales. El General Díaz, acompañado nada más que de su clarín de órdenes, fué á desengañarse de la novedad, y cuál no sería su tristeza al ver que todos los caminos estaban desamparados y por consiguiente la División de Chacaltongo había quedado á merced del enemigo.

Inmediatamente ordenó que la fuerza de «Lanceros de Puebla» que acababa de rendir su servicio, fuera á cubrir nuevamente los sitios abandonados. El Capitán Mucio Martínez salió en el acto á cumplimentar las órdenes del General.

Las referidas deserciones le llenaron de profunda amargura. Se hallaba aun en medio del camino de Chacaltongo á Tlaxiaco, con su clarín de órdenes, pensando lleno de tristeza, qué haría al día siguiente, para evitar la desmoralización que cundía en sus tropas; meditaba profudamente acerca de su situación, sin que encontrase solución plausible que lo decidiera á tomar determinación alguna, cuando oyó pasos de caballo y voces como de dos personas que conversaban. Permaneció

en silencio y esperó. De pronto distinguió los bultos y se adelantó para sorprenderlos. Eran los que hablaban un hombre de á caballo y un indio que le servía de guía. El de á caballo era un español apellidado Durán, conocido de Don Porfirio. Luego que se vieron y reconocieron el español entregó al general una carta firmada por Don Félix Díaz.

La sola noticia de que estaba en el país el hermano del Caudillo, disipó las nieblas que por un momento habían enlutado su frente y como si se descorriera un velo, vió el porvenir iluminado por los destellos del triunfo de la causa republicana.

Veamos por qué.

Cuando Don Porfirio cayó prisionero en Oaxaca y fué conducido á Puebla, su hermano Don Félix, se incorporó á las fuerzas que operaban en el Estado de Veracruz. Disgustado por lo indisciplinado de los cuerpos en que prestara sus servicios, se marchó á los Estados Unidos y solicitó desde allí del Sr. Juárez, servir en cuerpos mejor organizados.

Don Porfirio no volvió á tener noticia de su hermano durante el tiempo que transcurrió desde su evasión hasta el momento en que recibió el recado de que hablamos. Creía, pues, que Don Félix estaba aun en el extranjero. Ya se comprenderá ahora, cuán justa y profunda fué su alegría al saber que, como por obra de magia, su aguerrido hermano no sólo estaba en el país, sino que amenazaba la capital del Estado de Oaxaca, en el instante en que la desmoralización de sus tropas le había hecho vacilar acerca de la conducta que debería seguir en aquella tenaz y desigual contienda.

El General Don Felix Díaz, después de haber estado como dos meses en los Estados Unidos, vino al país á prestar sus servicios incorporándose con el General Terrazas, Gobernador de Chihuahua, y concurrió en unión del célebre General Rocha á la toma de la capital de aquel Estado; mas teniendo noticia de que su hermano

Don Porfirio se había evadido de su prisión, y continuaba la guerra en favor de la República, hizo una penosa travesía desde Tampico, cruzando la Huasteca y Veracruz, hasta Oaxaca, y organizó sus fuerzas, batiendo al enemigo á inmediaciones de esa ciudad, cuando Don Porfirio andaba por las Mixtecas, lo que impidió que éste lo supiera antes, hasta que Dnrán le entregara en Chacaltongo el recado de Don Félix, la noche del 14 de Septiembre de 1866.

Reanimado el espíritu del Caudillo oaxaqueño con tan plausible noticia, y al saber que las fuerzas enemigas de Tlaxiaco desocupaban la plaza para reunirse con la guarnición de Oaxaca amenazada por Don Félix, no se cuidó más de los caminos, sino que, lleno de esperanzas, volvió al pueblo, mandó tocar diana y llamada de honor, y cuando estuvieron reunidos los jefes y oficiales, les leyó el recado que había recibido, y les manifestó lo conveniente que era marchar desde luego para Tlaxiaco.

Acto continuo se dió el primer toque de marcha y el día quince en la mañana, entró en dicha población; se procuró recursos de algunos comerciantes y en seguida marcho en pos del enemigo que acababa de dejar aquel pueblo.

En la tarde alcanzaron á un oficial enfermo que conducían en camilla y prosiguió la fuerza liberal caminando hacia Yanhuitlán; donde había un destacamento austriaco que no quiso salir de las trincheras de la población, sin embargo de haberlo provocado toda una tarde y toda la noche.

El General imperialista Oronoz hizo alto en Nochistlán, y al saberlo el General Díaz, se dirigió al pueblo de las Andallas, donde tuvo el placer de abrazar á Don Félix, quien iba en busca de su hermano para recibir sus instrucciones á fin de acediar á Oaxaca.

Oronoz siguió su marcha rápidamente para esa capital, en tanto que el General Díaz permaneció con sus fuerzas en Tecomatlán, pueblo que está al pié de las

montañas del Sur de Nochistlán, á distancia de dos leguas.

En este punto supo la aproximación á Nochistlán de una fuerza húngara. Inmediatamente alistó los cuerpos de caballería y se dispuso á marchar á su cabeza.

En la noche salió el General Díaz dejando su infantería en Tecomatlán al mando del Coronel Don Manuel González, dirigiéndose á Nochistlán á sorprender á la mencionada fuerza que había llegado de Yanhuitlán á las órdenes del Conde de Gants.

Cuando llegaron á ese pueblo ya los húngaros habían salido otra vez para Yanhuitlán y entonces Don Porfirio dividió su tropa en dos grupos, uno, que personalmente mandó, y el otro, á las órdenes del General Vicente Ramos. A poco andar vieron al escuadrón extranjero posesionado de una loma y lo atacaron con denuedo; pero la disciplina de aquel era muy superior á la de las fuerzas que lo combatían, por lo que pudo después de un reñido ataque, en el que pereció el Conde de Gants, retirarse por medio de una marcha llena de táctica hábilmente ejecutada. Las fuerzas de Don Porfirio tuvieron también algunas bajas, y entre los heridos se contó al valiente Mayor de Caballería, más tarde Coronel, Don Manuel Bueno, que recibió siete balazos de los austriacos.

Después de aquel encuentro volvió Don Porfirio á su campamento de Tecomatlán y de allí mandó al General Don Félix á que se colocara cerca de Oaxaca, rumbo al Norte, por San Felipe del Agua y amagara seriamente á la capital de aquel Estado, en tanto que él hacía lo mismo por el Sur y con ese objeto marchó para las Andallas; de aquí para el mineral de Peras; llendo á pernoctar á Zimatlán. En este pueblo supo que Oronoz lo perseguía con una fuerte columna y entonces se dirigió á Ejutla donde permaneció hasta que la fuerza imperialista salió de Zimatlán, ocupando D. Porfirio Miahuatlán.

La famosa batalla de Miahuatlán.

El 3 de Octubre de 1866, cuando las tropas de Don Porfirio estaban limpiando el armamento, se presentó de improviso el enemigo. Al notarse la polvareda que levantaba en el camino, violentamente se mandaron armar los fusiles, se cargaron las mulas con los bagajes, y el Coronel González recibió órdenes de tomar el camino de Cuixtla con la infantería, en tanto que Don Porfirio ordenó al General Don Vicente Ramos que saliera al frente de las caballerías para detener al enemigo, mientras él organizaba la acción con el Batallón Fieles de la Patria, Lanceros de Puebla, Batallón de Chiautla y otros. En seguida se dirigió con su Estado Mayor y escolta á una loma que está como á un cuarto de legua de Miahuatlán en el camino de Oaxaca, y allí, en la cumbre, colocó una cadena de tiradores de modo que el enemigo, como no podía ver lo que estaba detrás del cerro, creyera que se hallaba la fuerza con que debía batirse. Esta extratagema produjo el mejor efecto, pues apenas el enemigo distinguió á los soldados, hizo alto y montó sus cañones. Como en esos momentos vió salir del pueblo á la infantería y caballería liberales, se figuró que los que estaban en el cerro querían cortarle el camino para dar tiempo á que las demás tropas evacuaran la población. En esa inteligencia reunió su caballería que estaba á los costados de la infantería, para dar un ataque decisivo al cerro. Don Porfirio con su gran pericia militar y su pronta concepción en estrategia, comprendió el pensamiento de los contrarios y sacó partido de su error mandando al General Ramos que por el mismo camino que había salido, volviera al pueblo con la caballería y se incorporara al Coronel González que debía esperar en la loma, para simular numerosas fuerzas.

El Cuartel General republicano tocó alto frente á la infantería de González y destacó un Ayudante ordenando que se mandaran cincuenta infantes de los que no

había aun visto el enemigo y que por dentro de la barranca fueran á situarse entre el cementerio y el pueblo. El enemigo no vió esta maniobra, ni la que se verificó con la caballería liberal, á la que incorporó Don Porfirio su Estado Mayor, quedándose sólo con un Clarín en las bocacalles de la población por donde debía pasar tanto la caballería liberal como la del enemigo que había descubierto á la primera cuando iba entrar al pueblo y por consiguiente cargó con todo empuje sobre ella. Al pasar por donde estaba Don Porfirio y cuando ya atacaban la retaguardia liberal al arma blanca, se presentó una partida de paisanos de Miahuatlán, armados y organizados por sí sólos, sin que el General Díaz tuviera ni noticia ni antecedentes de ellos; y desde un sembrado de maiz á la izquierda del enemigo, hizo un fuego muy certero y casi á quemaropa; á su vez los cincuenta hombres colocados en el cementerio salieron de allí, se emboscaron entre las milpas haciendo descargas nutridas sobre el enemigo, que se vió atacado por sus dos flancos, lo que comenzó á desmoralizarlo, dando tiempo á que la caballería liberal saliera del pueblo y se incorporara á la infantería, como lo había ordenado el General en Jefe.

La caballería imperialista se incorporó á su vez con su infantería cerca del camposanto y dió su frente al Coronel González habiendo entre unos y otros combatientes una barranca de por medio.

El General Díaz, después del encuentro en que la caballería se retiró para incorporarse á la línea de batalla y quedando aun ocultos los cincuenta tiradores entre las milpas por dentro de la barranca, fué á reforzar al Coronel González, llegando en los momentos en que los imperialistas destacaban en tiradores, una columna al mando del Teniente Coronel Garay, y formaban su infantería en líneas paralelas, con la caballería atrás. Inmediatamente ordenó Don Porfirio al General Ramos que por dentro del río que estaba del otro lado de la loma que ocupaban, se fuera con la caballería de modo que

no se alzara polvareda para que el enemigo no viera el movimiento; y de esa manera quedara oculta la caballería liberal y á espaldas de aquel, con orden de atacar con energía y sin reserva, en los momentos que oyera tres toques de atención. Al capitán que mandaba los cincuentas infantes ocultos en las milpas, le ordenó que hiciera lo mismo, sin salir del maizal para que no se viera el pequeño número de soldados que atacaban por aquel lado.

Al verificarse este movimiento, que sin embargo no pasó inadvertido al enemigo, hizo sobre los patriotas tan certero fuego que casi diezmó las filas republicanas; mas no comprendió el fin estratégico que envolvía tanto sacrificio de vidas.

Cuando se generalizó el fuego por ambos lados de la barranca; supo Don Porfirio por un Ayudante, que el parque se había agotado y que no alcanzaría, por tanto, para hostilizar al enemigo hasta la llegada de la noche.

En esta situación, el General Díaz, con esa resolución suprema de los grandes genios militares, ordenó heróicamente el avance sobre el enemigo hasta rebasar la barranca para batirlo en su propio terreno.

Al ver ese movimiento, los imperialistas destacaron su caballería, la que fué rechazada con tal ímpetu, que desorganizó su infantería y volcó los cañones. En esos momentos de confusión sonaron los tres toques de atención y se empeñó con tal vigor y denuedo la caballería liberal oculta á espaldas del enemigo, dando una carga terrible al sable, que se apoderó desde luego de los caballos de la oficialidad, cargamento y municiones que habían quedado á retaguardia.

El destrozo de las fuerzas imperiales fué completo. La infantería tiró las armas y se desbandó por la llanura; y la caballería huyó á escape perseguida en un espacio como de tres leguas, no obstante que comenzaba la obscuridad de la noche.

Como á las nueve regresó el General Díaz de la per-

secusión hecha al enemigo, y el resto de la noche se pasó en recoger heridos y armas y hasta el día siguiente se recogieron los muertos. La mayor parte de éstos eran oficiales franceses, pues como perdieron sus caballos, no pudieron huír. Se mandaron fusilar á veintidos jefes y oficiales mexicanos que cayeron prisioneros, por la circunstancia de que todos eran traidores; pues habiendo pertenecido al partido republicano se pasaron al enemigo. Los oficiales franceses se remitieron en calidad de prisioneros á la Sierra.

Las fuerzas liberales recogieron de aquel glorioso campo de batalla, más de mil fusiles, dos piezas de artillería, y como cuarenta mulas cargadas de parque.

El día cuatro de Octubre se pasó en organizar un Hospital para curar á los heridos y en dar colocación á los soldados prisioneros, en diversos batallones del ejército del intrépido caudillo oaxaqueño.

La división del General Díaz apenas contaba, antes de la batalla, con setencientos hombres mal armados, sin artillería, y con parque tan escaso, que no hubiera alcanzado para sostener un fuego nutrido durante un cuarto de hora. La división imperialista tenía, en cambio, dos piezas de artillería, infantería y caballería bien armada y disciplinada en número de dos mil cuatrocientos hombres. ¿A qué debió pues su derrota? A la estrategia de Don Porfirio, á la oportunidad con que éste mandó, como se ha visto, ejecutar un ataque rápido é inesperado por el enemigo y al valor y arrojo con que pelearon las tropas liberales que tenían suma confianza en el plan de maniobras de su General. No sin razón la historia ha considerado esta batalla como la más notable de las que verificó el General Díaz en su larga carrera de triunfos contra la Intervención y el Imperio. Con ella se descorrió el velo de lo porvenir y fué el preludio del gran hecho de armas que verificó después, asaltando la plaza de Puebla el 2 de Abril de 1867.

He aquí la disposición de los batallones, y Jefes que los mandaban en esa jornada memorable:

Línea de batalla: se prolongó de Sur á Norte en la loma de los Nopales, con frente al Este. A la derecha, el Batallón de Morelos (de Tlapa,) con cien hombres al mando del Teniente Coronel Don Juan José Cano. En seguida, el Batallón Tiradores de la Montaña qne mandaba el Comandante Don Felipe Cruz, con doscientos treinta hombres, muchos sin armas; cerrando la izquierda el Batallón "Patria," con noventa y seis hombres, al mando del Coronel José Segura y Guzmán. Apoyaba la derecha el Batallón de Chiautla con ochenta plazas y la izquierda el Batallón Fieles de la Patria, que mandaba el Comandante Don José Guillermo Carbó. Al grupo de paisanos que detuvo primero el empuje de la caballería imperialista, lo mandaba el Capitan Don Apolinar García. El General Don Vicente Ramos, con el Escuadrón de Tepexi, se colocó á retaguardia del enemigo. El General Díaz se puso á la cabeza del Escuadrón Lanceros de Puebla, y el Batallón de Fieles.

Dirigió el ataque de la derecha el Coronel Don Manuel González, á cuyas órdenes se encontró el Ayudante de Estado Mayor Comandante Don Juan de la Luz Enríquez. (Después General y Gobernador de Veracruz.)

La línea de tiradores la mandó el Jefe del Estado Mayor de Don Porfirio, Coronel Don Juan Espinosa y Gorostiza. Los cincuenta hombres que estuvieron ocultos en las milpas, los mandó el Capitán Rojas.

Al terminar aquella gloriosa batalla, el General en Jefe supo que Don Félix Díaz había ocupado la plaza de Oaxaca, reduciendo á los imperialistas á los Fuertes de Santo Domingo, El Carmen y Cerro de la Soledad. Con tan plausible noticia el 6 de Octubre se dirigió á aquella ciudad.

Sitio de Oaxaca y Batalla de la Carbonera.

El día 8 de Octubre de 1866 llegaron las fuerzas del General Díaz á las puertas de Oaxaca, cuya plaza el Coronel Don Félix Díaz había ocupado en parte; quedando los imperialistas sólo con los fuertes de Santo Domingo, el Carmen, Santa Catarina y el de Zaragoza.

El día 8 en la noche, las tropas de Don Porfirio, reforzaron el sitio, ocupando la Casa Mata, Monte Pelado y la Hacienda de Montoya y se estableció el cuartel General en la Hacienda de Aguilera. En los ocho días siguientes se fué estrechando más el sitio hasta quedar con una sola calle de por medio ambos combatientes. De un momento á otro los sitiadores esperaban las tropas de Figueroa y las de López Orozco. En esta situación, el 16 de Octubre fué interceptado un pliego en el que se decía á Oronoz, que se sostuviera en el sitio y protegiera la entrada de una columna que iba en su auxilio, compuesta de mil trescientos hombres, franceses y austriacos. Esto obligó al General Díaz á leventar el sitio y esa misma noche reuniendo sus fuerzas, se alejó de Oaxaca, cruzando la serranía para no dejar huellas en el camino carretero y se dirigió á la Villa de Etla á dar encuentro á la columna de Figueroa, la que traía el camino de Teotitlán; y como el que llebaba la columna que iba á proteger á los imperialista de Oaxaca, se une con el de Teotitlán, pensó Don Porfirio, con esa clarividencia que tiene en todos sus actos, que era muy posible fuese batida la tropa de Figueroa, si no la auxiliaba á tiempo. El día 17 llegó Figueroa á San Juan del Estado, como á las nueve de la mañana, y momentos después, Don Porfirio. De allí regresó otra vez á Etla con toda la fuerza, y en seguida, con toda la caballería, hizo un movimiento hasta la Hacienda Blanca, á legua y media de Oaxaca, habiendo dejado orden para que la infantería y la artillería por el camino de Tenexpa y Huitzo, se situaran en la Carbonera, temeroso de que el enemi-

go llegara primero, en cuyo caso batiría á las fuerzas liberales estando en posesión muy ventajosa, pues tocaría á ésta la parte alta y á aquella la baja del terreno, por ser aquel punto la eminencia más elevada de la montaña.

Llegaron primero las fuerzas liberales y se colocaron en los puntos más adecuados, cortando la retirada del enemigo las tropas del Coronel Segura que se ocultaron detrás de una colina con una barranquilla de por medio y con orden de atacar al enemigo en su huida.

Don Porfirio formó su columna de ataque poniendo en el centro á su hermano Don Félix; á la derecha al Gral. Figueroa; á la izquierda al Gral. D. Fidencio Hernández y la caballería á las órdenes de D. Vicente Ramos.

Todavía no terminaba de formarse la línea cuando el enemigo destacó una cadena de tiradores franceses, que con grande intrepidez avanzó hasta cerca de las posiciones de los liberales, sin que se lo impidiera el nutrido fuego de fusilería y artillería de éstos. Fué necesario hacer un ataque serio para rechazarlo, lo que motivó que la línea enemiga empeñara un decidido combate contra las líneas republicanas, las que, á pesar de que fueron reforzadas con otras nuevas, se vieron obligadas á retroceder ante el empuje de los contrarios bien sostenido por la caballería húngara. En estos momentos angustiosos en que parecía que las probabilidades del triunfo estaban del lado de los imperialistas, el Gral. Díaz mandó entrar á toda la reserva que le quedaba á la línea de fuego, lo mismo que á la caballería. Dió el toque de combinación para que el General Figueroa, que aun estaba oculto, atacara por la espalda al enemigo cortando la carretera, único camino por donde podía retirarse. El ataque se hizo general, lo que desconcertó al enemigo, quien había visto el violento é inesperado movimiento de las fuerzas liberales y, desmoralizado con el rudo combate de frente, huyó la caballería mexicana de traidores

y parte de la húngara, sembrando el pánico en la infantería que se desbandó, dejando en el camino cinco cañones, mucho parque y todos sus infantes, entre ellos muchos oficiales austriacos.

Las fuerzas de Don Porfirio persiguieron con tenacidad á los imperialistas por más de cuatro leguas, quitándoles todavía un cañón que les quedaba.

La caballería traidora y la húngara casi escaparon en su totalidad, pues sólo cuarenta hombres que perdieron el caballo fueron sorprendidos en la selva por paisanos armados.

Así terminó aquella gloriosa acción, en que el valor de las tropas liberales y la pericia de su Caudillo suplió á la superioridad del número y armamento del enemigo, abriendo ancho campo á los subsecuentes hechos de armas que habían de derrocar más tarde al gobierno del Archiduque de Austria.

Después de la batalla de la Carbonera, tomaron las tropas liberales el camino de Huitzo, donde estuvieron el 19 de Octubre, y el 20 llegaron á estrechar el sitio de Oaxaca. Con poco trabajo tomaron las posiciones que antes tenían, y se preparó el asalto del fortín de la Soledad; pero como las fuerzas de Oronoz no tenían ya quien las auxiliara, pues éste había sabido la derrota que sufrió en La Carbonera la columna que se dirigía á Oaxaca con este objeto, luego que vió los preparativos del asalto, tocó á parlamento, y ofreció entregar la ciudad. Arreglaron las condiciones de la capitulación los Coroneles D. Félix Díaz, D. Manuel González, y el General Figueroa, autorizados por Don Porfirio, y el día 31 de Octubre de 1866, se rindió la plaza á discreción. La tropa fué refundida en las filas liberales y la oficialidad quedó prisionera.

Una vez en posesión de tan importante plaza Don Porfirio, recompezó al denodado Coronel González, con el grado de General de Brigada, para lo cual estaba autorizado, y dió también al mismo grado el Coronel Don

Faustino Vázquez Aldana. Un rasgo digno de notarse en estas recompesas fué el hecho de que al Corónel Don Félix Díaz no lo ascendiera también á General, no obstante sus servicios y á pesar de que se lo suplicaron mucho sus demás compañeros de armas; pero tuvo en cuenta que era su hermano, y quiso evitar, con esa muestra de delicadeza, cualquiera interpretación desfavorable á los verdaderos méritos que como soldado poseía el Coronel Don Félix. Tal delicadeza la supo apreciar el Gobierno, y pocos días después, desde San Luis Potosí, mandó el nombramiento de General al valeroso hermano de Don Porfirio.

Todo el mes de Noviembre y parte de Diciembre se empleó en reorganizar la División de Oriente, sin salir de Oaxaca, hasta el día 12, que tomó el rumbo de Tehuantepec. En este punto se encontraba el Coronel Remigio Toledo, el mismo que se pasó á las fuerzas del Imperio, cuando Bazaine sitiaba Oaxaca. Al saber el movimiento de las fuerzas republicanas, les puso una emboscada en un lugar llamado el Tablón, lo que sabido por Don Porfirio, esquivó el encuentro tomando el camino que conduce á Guevea, por Lachitova. El enemigo, vió el movimiento y atacó la retaguardia, siendo contenido por un nutrido tiroteo que sostuvo el Capitán Mucio Martínez con un escuadrón de Lanceros de Puebla, hasta que al llegar á Lachitova, dispuso el General Díaz el ataque, mandando á Don Félix Díaz situarse con el valiente batallón Libres de Oaxaca, oculto en un arroyo que se encuentra en la mitad del camino, con orden de atacar por la espalda á los imperialistas, mientras Don Porfirio lo hacía por el frente. Luego que la artillería hizo sus disparos frente al enemigo, éste fué batido vigorosamente por la espalda, con tan buen éxito, que inmediatamente lo puso en dispersión por el tupido monte que hay á los lados y en el que crece con abundancia un espino que se llama «Uña de gato.» Las fuerzas liberales no ejecutaron ya la persecución, por lo difícil

que ésta era, atentas las condiciones del monte. Sin tropiezo especial continuó al día siguiente la columna hasta Guevea; y á otro día, sin resistencia alguna, tomó Tehuantepec. A los dos días de estar las fuerzas liberales en este lugar salieron á perseguir á los imperialistas que en número considerable estaban en Tequisixtlán. De este punto, volvió rápidamente á Oaxaca el General Díaz, dejando en Tehuantepec una guarnición de juchitecos y una compañía del Batallón Fieles de Oaxaca, con el objeto de expedicionar contra el enemigo en los lugares que apareciera.

Esta disposición dió un magnífico resultado, pues el Capitán Don Carlos Pacheco, que tenía á su mando la compañía del referido batallón, el día 3 de Febrero sorprendió á los imperialistas en Tlacolutitla y los derrotó completamente, en términos que ya no volvieron á reunirse en ningún punto, y pudo incorporarse á Don Porfirio.

Preparación del Ejército de Oriente para la Gran batalla del 2 de Abril de 1867.

Con la toma de Oaxaca quedó abierto ancho campo á las fuerzas republicanas de Oriente, para dirigir su esfuerzo á la posesión de la ciudad de Puebla y de la Capital de la República.

Tomada Oaxaca, el General en Jefe del Ejército se ocupó desde luego en reunir todos los elementos que le fueron favorables; y cuando de ellos se ocupaba, recibió la propuesta del General Bazaine para que se efectuase un cange de prisioneros á lo que accedió gustoso el General Díaz. Al efecto comisionó para el arreglo del cange al Coronel Don José Pérez Melícua, á quien sirvió de intérprete el escritor francés Don Carlos Thiel, que era secretario particular de Don Porfirio, y quien le tenía en gran estima por su inteligencia, serenidad é iniciativa. Este caballero se presentó al General Díaz cuan-

do andaba en las Mixtecas el mes de Septiembre de 1866 y le ofreció sus servicios, que fueron aceptados y quedó desde luego como Auxiliar de la Secretaría Particular, de la que era el Secretario entonces Don Manuel Travesí, el que disgustado con posterioridad por la rectitud y predominio del Sr. Lic. Don Justo Benítez, cuando fué Secretario General de la línea de Oriente, dejó el cargo y se fué á Guatemala donde murio siendo fotográfo.

El Coronel Melícua avanzó hasta Tehuacán y arregló el cange.

Bazaine aprovechó la oportunidad con motivo del cange de prisioneros, para proponer al General Díaz la venta de armamento, carros, mulas, municiones, etc. á un precio ínfimo y aún entregarle la ciudad de México y al mismo Maximiliano; proposiciones que á otro Caudillo de menos inteligencia que Don Porfirio, tal vez lo hubieran deslumbrado, pues ellas proporcionaban un triunfo seguro y sin los grandes peligros que había aún que correr. Pero el General Díaz rehusó la oferta por la convicción íntima que tenía de que su causa era justa y necesariamente había de triunfar, cubriendo de gloria al Ejército de Oriente, con victorias alcanzadas á fuerza de valor, de atrevimiento y de inteligencia; lo que no sucedería aceptandc lo que Bazaine le propuso. Este hecho, comentado desfavorablemente por el Mariscal, dió lugar, mucho tiempo después, cuando se encontraba prófugo en España, á que se cambiaran cartas entre el General Díaz, Presidente entonces de la República Mexicana, y el referido Bazaine con motivo de haberse publicado en París, la carta que Don Porfirio, relatando ese hecho, escribió al Embajador de México en Washington, quedando como siempre en claro la nunca desmentida honorabilidad del Caudillo oaxaqueño, de los cargos que se atrevió á hacerle; pues le decía entre otras cosas lo siguiente: «No debía Ud. haber olvidado que la víspe-

ra de la rendición de Oaxaca, vino Ud. á pasar parte de la noche en mi cuartel general, hecho contrario á todas las leyes militares, y que hubiera estado en mi derecho tratarlo como insurrecto, en lugar de hacerlo como prisionero de guerra;» cargo risible que el General Díaz, con una decencia sin límites deshizo con la caballerosa contestación que dió á Bazaine.

Cuando el General Díaz expedicionaba por Tehuantepec, recibió en Tlacolula un correo que le mandó el Sr. Lic. Don Justo Benítez, participándole que había llegado de los Estados Unidos, y desembarcado en Minatitlán, con armamento y pertrechos de guerra. Dió orden desde luego al Capitán de Ingenieros Don Lorenzo Pérez Castro, para que recibiera el armamento. Con muchas dificultades lo dejaron pasar los indios de Acayucan que se habían pronunciado contra el General García. El general Ampudia era el comisionado para conducir el armamento; pero juzgó conveniente ocultar su nombre y se puso al amparo de Don Justo Benítez, quien consiguió convencer á los insurrectos, manifestándoles que las armas eran para Don Porfirio, y entonces no opusieron dificultades por la simpatía que entre ellos tenía el Caudillo oaxaqueño. Todo ese armamento lo recibió el General Díaz cuando regresó de Tehuantepec el 10 de Enero de 1867 y comenzó sus preparativos para salir contra Puebla; pero antes tuvo lugar el proceso de Don Juan Pablo Franco, aprehendido por la fuerza de Don Ignacio Sánchez Gamboa en Tlacotepec.

Don Pablo Franco fué Prefecto Superior de Oaxaca durante el Imperio y expedicionó con Bazaine y el General Curtois de Hurbal, sirviéndoles con mucha eficacia cuando fueron á sitiar á Oaxaca. Fué Fiscal de la causa el Teniente Coronel Don Joaquín Ballesteros, asesorado por el Lic. Don Ramón Redríguez, y defensor, el Lic. Don José Isaac Cañas. El reo fué condenado á muerte y fusilado el 30 de Enero de 1867, cuando ya las fuerzas de Don Porfirio habían salido con rumbo á Puebla.

Antes de emprender la campaña de Puebla, el General Díaz se vió en la necesidad de reorganizar su ejército, con el carácter de permanente, á consecuencia de que había licenciado á las Guardias Nacionales, á quienes les ofreció que al tomar Oaxaca los licenciaría regalándoles las armas. Cumplió su promesa, y por eso desde que se fué para Tehuantepec, encomendó al General Don Alejandro García, á quien había hecho venir de su cuartel general de Tlacotalpan, la organización de la columna; pero al regresar de Tehuantepec faltaba aún uniformar á los batallones 1º, 2º y 3º de Cazadores de Oaxaca, y no estaban aún concluidas las baterías rayadas que había mandado construir; en consecuencia, encomendó el arreglo de aquella brigada á su jefe el General Don Manuel González y al ya citado General García. Como las fuerzas con que contaba no fueran suficientes para una campaña tan grandiosa como la que iba á emprender, atacando á los imperialistas en su más importante núcleo, destacó antes de salir de Oaxaca á la brigada de Figueroa, con el fin de aumentarla en los Distritos de Tuxtepec y Teotitlán y esperarlo después en Ixcaquixtla. Igualmente ordenó á los Generales Alatorre y Don Juan N. Méndez que aumentaran sus fuerzas en el Norte de Puebla y Veracruz y concurrieran en su oportunidad al punto que les indicara. Don Cristobal Palacios recibió también órden de organizar un Regimiento en los Distritos de Tepexi, Tepeaca y Tecamachalco; en los llanos de Apam, el Coronel Don Florencio Mercado organizó también una fuerza de caballería y el General Cuellar una de infantería en Tochimilco y Chalco, en tanto que Don Anastacio Roldán, que desertó del Imperio y se puso á las órdenes de Don Porfirio con 200 caballos, recibió orden de permanecer en Acajete y amagar á Puebla por el rumbo de Ayotla, mientras el Coronel Rodríguez Bocardo, quien también se pronunció contra el Imperio y se pasó á las fuerzas republicanas, permanecía en Tlaxcala mejorando sus

tropas. Tomadas esas disposiciones, y seguro del cumplimiento de las órdenes que había dado, salió de Oaxaca el General Don Porfirio Díaz el 26 de Enero de 1867, con rumbo al distrito de Acatlán y acompañado de una pequeña fuerza de caballería como de 300 hombres á las órdenes del Teniente Coronel Marcos Bravo y del Comandante Albino Zertuche. En Acatlán permaneció unos dias en observación de los movimientos del enemigo y para proteger al Coronel Gorostiza que había marchado sobre Izúcar de Matamoros para organizar allí una fuerza de infantería y caballería. El Gral. D. Vicente Ramos, por su sentida muerte, no pudo inspeccionar las fuerzas que se organizaban en el Sur de Puebla; pero en lugar de este valiente patriota, cumplió esa encomienda el General Toro Manuel.

Estando en Acatlán Don Porfirio, le fué presentado Don Carlos Bournot á quien remitió la avanzada de Acajete; llevaba por objeto manifestarle que Maximiliano le pedía que no le batiera en la marcha que pensaba hacer para embarcarse en Veracruz en la fragata *Novora*; y además, indicó como opinión suya el enviado de Maximiliano, que éste tal vez podía unirse al partido liberal.

Asalto de Puebla.

El 9 de Marzo de 1867, el Ejército de Oriente llegó á los suburbios de Puebla y el General en Jefe ocupó sin resistencia el cerro de San Juan, donde estableció su Cuartel General.

El edificio que hay en el cerro sirvió de alojamiento al General, y el ilustre abogado Don Manuel María Zamacona, dueño de aquella casa y rancho, mandó á su familia á Cholula, para dejar en la más completa amplitud á su distinguido huesped á quien colmó de atenciones dejándole muy agradecido.

Pocos dias antes del asalto se incorporaron á las tropas sitiadoras el General Don Diego Alvarez con 600

hombres, y el Coronel Don Mucio Maldonado con 400 caballos procedentes de Texcoco.

El círculo del sitio fué reduciéndose con facilidad hasta llegar por el poniente á la plazuela de San Agustín, quedando sólo el lado oriente al enemigo; de allí siguió la línea hasta la Merced; por el sur se habían ocupado las manzanas del barrio de la Luz hasta cerca del respaldo de San Roque; envolviendo aquel rumbo por una línea quebrada y por el barrio del Alto, incomunicando los Cerros de Guadalupe y Loreto con las caballerías, de las cuales la que estaba en la Garita de Amozoc, la mandaba el Coronel Ignacio Sánchez Gamboa.

Es digno de mencionar el episodio siguiente que tuvo lugar una semana antes del asalto, y que fué causa de que el General Don Manuel González hubiera perdido un brazo.

En el Ejército sitiador había oficiales enteramente arrojados, entre los que se debe contar el Teniente Coronel Domínguez, que ocupaba un puesto en la manzana que hace frente al Mesón de Nobles Barones. (Renacimiento) Este oficial, con mucho arrojo, pero también con imprudencia, emprendio un ataque vigorosísimo á la manzana mencionada, y fué tan nutrido el fuego de fusilería y el cañoneo en toda la línea, que alarmó á los jefes superiores del Ejército sitiador, y el General González, cuya línea de batalla estaba comprendida en la manzana que ocupaba Domínguez, acudió presuroso al lugar del combate donde lo nutrido del fuego le fué funesto por que apenas había subido á la azotea, cuando una bala le destrozó el codo. En los momentos en que bajaban herido al General González, por la escalera, se presentó Don Porfirio, que también había acudido al lugar de la refriega, atraído por el ruido del combate; dió violentamente las órdenes necesarias para que curaran al herido y evitaran desde luego la hemorragia, y en seguida, con el refuerzo que pudo encontrar en el momento se lanzó al

lugar de la lucho, y poco después fué tomada toda la manzana al enemigo.

Como se ve, nunca el General Díaz dejaba de acudir con la violencia necesaria al lugar en que había algún peligro ó se verificaba algún suceso de trascendencia. Esta activa vigilancia le iba á costar la vida pocos días antes del asalto, porque en la línea en que estaba el General Carreón, se incendio una tienda en la que había almacenada mucha madera. Luego que lo supo Don Porfirio, acudió presuroso al lugar del incendio y personalmente pretendio apagarlo. Al efecto mandó colocar una mesa en el centro del cuarto, cuyo techo comenzaba á arder, y puso una caldera de las que servían para el rancho de la tropa encima de la mesa y los soldados la llenaron con prontitud de agua, en tanto que él la arrojaba sobre las vigas; pero ya el techo del piso superior se había desplomado y el otro no pudo resistir. Oyó el General el ruido que hizo el techo al caer en el otro y entonces brincó desde la mesa á la puerta de salida, y fué á dar contra el Lic. Don Juan José Baz, que era el único que lo animaba en su faena de apagar el fuego; con el choque lo arrojó fuera del peligro, pero ésto ocasionó que el desplome alcanzara al General Díaz y le cubrió medio cuerpo el escombro, y para mayor conflicto, cayeron las puertas de las ventanas, y quedó el General á la vista del enemigo, quien le mandó una granizada de balas y algunos soldados llegaron hasta á meter los fusiles por las rejas de las ventanas y hacerle fuego á quemarropa. Allí hubiera perecido si el General Carreón no desaloja á los que lo atacaban. Entretanto Don Porfirio hacía sobrehumanos esfuerzos por salir de entre los escombros y puertas que le habían caído sobre las piernas, en tanto que Don Luis Terán lo ayudaba jalándolo de los brazos con tal fuerza que el General pensó que se los iban á arrancar. Felizmente un Ayudante fué con presteza á traer una palanca de manio-

bra de una pieza de artillería y levantó las vigas que estaban sobre el General Díaz.

Así consiguieron librarlo, pero las botas quedaron dentro de los escombros; de tan grave peligro sólo sacó algunas quemaduras de poca importancia. El hecho se supo en toda la línea de los sitiadores y corrió el rumor de que había muerto, lo que le obligó á ir violentamente al baño de Carreto que estaba cerca en la misma manzana, y allí le llevaron ropa. Montó á caballo recorriendo todos los puntos en los que fué victoriado, y volvió á reanimar el espíritu de aquellos valientes que tanta simpatía tenían por su ilustre Caudillo.

Los sitiadores también incendiaron algunas posesiones de los imperialistas enviando granadas en cuya espoleta se ponía un alambre con un trozo de brin impregnado de aguarraz. Así fué quemado el circo de Chiarini y algunas casas contiguas, medio que dió por resultado que se apoderaran de toda la manzana contigua á San Agustín que era de las mas bien defendidas.

En tanto que esto acontecía en Puebla, en Querétaro se completó el cerco con seis mil hombres que mandó Don Porfirio á Escobedo, fuerzas que tenían por Jefes al gran demócrata D. Juan N. Méndez, al ilustre General D. Vicente Riva Palacio, y al General Martínez con sus tropas de Pachuca, así como el Coronel D. Florentino Mercado. Esos seis mil hombres se llevaron seis obuses de montaña.

No obstante ese refuerzo, el temible imperialista Don Leonardo Márquez, pudo salir de Querétaro, sin ser visto, el 22 de Marzo, con 1,200 soldados de caballería acompañado de Don Santiago Vidaurri, quien había sido nombrado Jefe de Gabinete y Ministro de Hacienda, y Márquez, Lugar Teniente del Imperio.

El 27 de Mayo llegó á México donde recibió noticias del General Noriega, Jefe de los imperialistas sitiados en Puebla, de que ya no podía sostenerse más tiempo en la plaza si no recibía auxilios. Márquez comprendiendo

lo importante que era á su causa que Puebla no cayera en poder de los liberales; inmediatamente organizó una división de cuatro mil hombres de las tres armas, en la cual había varios cuerpos extranjeros, y se dirigió á Puebla el 30 de Mayo. Ese mismo día, en la noche, lo supo Don Porfirio, y en aquel gran cerebro cruzaron multitud de ideas que no dejaron de turbar su espíritu.

Pero hombre sereno en todo, antes de resolver nada definitivamente, quiso estar seguro de cuál fuese el punto objetivo de aquel terrible imperialista, y como tenía establecido un telégrafo militar desde Río Frío hasta Tlalpam, y otro hasta Apizaco, además de una locomotora en este último punto, pudo recibir prontas noticias dadas por el General Leyva, quien le comunicó que Márquez estaba en San Cristóbal Ecatepec. Le ordenó que lo vigilaran y dieran pronto aviso del derrotero que siguiera, pues de este último punto, tanto podría dirigirse á Querétaro como á Puebla. Cuando tuvo noticia de que seguía rumbo á los Llanos de Apam, no le quedó duda de que su objeto era atacar á Puebla. Entonces fluctuaron por su mente tres soluciones al problema, cuya incógnita sería ó la salvación de la Patria ó la prolongación indefinida de la guerra. Esas soluciones eran: esperar á Márquez, ir á su encuentro, levantar el sitio ó dar un asalto. ¿Por cuál de todas decidirse, siendo cada una de trascendentales consecuencias? El ilustre Caudillo, después de una madura meditación, se resolvió por el asalto, solución la más arriesgada, es cierto, pero también la más fecunda en resultados benéficos si se conseguía el triunfo.

Tomada la resolución, á nadie absolutamente comunicó nada, pues comprendió que el éxito en mucho dependía de que hasta sus soldados ignorasen lo que se iba á practicar.

Tomada ya su determinación, llamó al Cuartel Maestre, que lo era el intrépido General D. Ignacio Alatorre y le dijo, que citara á una junta á los Jefes elegidos.

Reunidos éstos en una casa que estaba cerca de la línea de ataque á fin de que no se alejaran mucho de su puesto, el General Díaz y el General Alatorre, señalaron sobre el plano de la ciudad, y dieron verbalmente á cada Jefe instrucciones respecto de los puntos que deberían atacar y del número de tropa de que se compondría la columna que cada uno mandaría, de modo que cada columna saldría á una distancia de 50 á 100 metros de la trinchera que se le señaló para asaltarla, en la inteligencia de que para desorientar á los sitiados se haría un ataque falso al Convento del Cármen, puesto el más distante de la línea de circunvalación á fin de que el enemigo concentrara allí sus elementos de defensa, y fuera más eficaz el ataque de los asaltantes en los otros lugares.

Al efecto se formaron 17 columnas de asalto y tres de ellas, con toda la artillería de aproches, al anochecer el 1º de Abril, tomaron sus puestos para el ataque falso del Cármen.

La 1ª de esas columnas la mandaba el teniente Coronel D. Jesús Figueroa, la 2ª el General Eutimío Pinzón, y la 3ª el General Luis Pérez Figueroa.

Las del ataque verdadero, estuvieron al mando de los Grales. Rafael Gravioto, Doroteo León, Ramón Márquez Galindo, Juan C. Bonilla, F. Carreón y Manuel Andrade Párraga; Coroneles; Luis Mier y Terán, y Vicente Acuña; Tenientes Coroneles, Juan de la Luz Enríquez, Francisco Vásquez, y Genaro Rodríguez; y Mayores José Guillermo Carbó y Carlos Pacheco (después General y Ministro de Fomento.)

Cada columna tenía de 130 á 150 hombres. La orden que se comunicó formalmente á la media noche del 1º de Abril expresaba lo siguiente:

El General Cravioto asaltará la trinchera de la calle de la Alcantarilla.

El General Carreón asaltará la trinchera de Belem, Iglesias y la brecha abierta de Malpica, encabezando el asalto con 100 hombres el jefe del Batallón de Zapadores

Teniente Coronel Don Genaro Rodríguez.

Don Vicente Acuña asaltaría la formidable defensa de la calle de Iglesias, con 150 hombres. Al teniente Coronel D. Francisco Vázquez, se le encomendó que penetrara por la brecha abierta por la artillería republicana, en la calle de Malpica. A los CC. Coronel Luis Mier y Terán y Teniente Coronel Juan de la Luz Enríquez, se les previno que *personalmente* asaltaran la trinchera de la calle de Miradores.

Al Teniente Coronel Guillermo Carbó que tomase el Noviciado.

Al General Juan Crisóstomo Bonilla se le encomendó la toma del Costado de San Agustín.

Los Jefes Luis Pérez Figueroa, Andrade, Doroteo León, Vázquez Aldama y otros concurrirían por el Oriente á la toma de la calle del Dean.

El mayor Carlos Pacheco, asaltaría la trinchera de la calle de la Siempreviva.

Al Coronel Manuel Santibáñez se le ordenó que en los momentos del asalto ocurriera al convento de San Agustín.

El General C. Ignacio Alatorre, con una columna del 3º de Cazadores de reserva, acudiría á donde fuera necesario su auxilio.

Dada á conocer la orden, las 18 piezas de artillería republicana se colocaron á medio tiro de las trincheras que se debían batir en brecha.

El General en Jefe, con ese exquisito don que tiene de observar cuanto atañe al asunta que se presenta á su reflección, hasta en el menor detalle, dictó órdenes conducentes á evitar el pillaje si se tomaba la plaza, pues entre la tropa había muchos soldados de mala conducta.

En todos éstos detalles se vée con qué serenidad y con qué cordura obraba el Caudillo aun en los casos más emocionales.

Cuando ya todo estuvo listo, el General Díaz, se colocó en un lugar del Paseo Nuevo (hoy llamado de Bravo)

desde donde podía ver el ataque del Cármen y el de algunas columnas del asalto verdadero.

2 de Abril de 67.—El Asalto á Puebla.

El día 2 de Abril á las 2 y 45 minutos de la mañana, se rompió el fuego de brechas sobre las trincheras del Cármen. Cuando la artillería agotó su parque, se lanzó la primera columna de ataque que fué recibida con un fuego vivísimo de metralla y rechazada con muchas pérdidas. Entonces se lanzó la segunda, la cual llegó hasta la contra escarpa, siendo igualmente rechazada; avanzó la tercera con mayor brío y llegó hasta el foso que dejó sembrado de cadáveres y también fué rechazada. En esos momentos se oyó un toque de clarín y el horizonte, hacia el cerro de Sn. Juan, se vió iluminado por algunos instantes: era la luz producida por un lienzo que se había mandado prender. Aquella luz era la señal del asalto general: fué el rayo que desencadenó la terrible tempestad. Todas las columnas se lanzaron intrépidas al combate . . . . . . Parecía un huracán que barría cuanto á su paso hallaba. Los fuegos atronadores de la fusilería y del cañón, hacían trepidar el suelo de la Ciudad.

A los 20 minutos de aquel terrible estruendo, todo había concluido, sólo las alturas de Sn. Agustín, el Cármen y Catedral, atronaban el espacio con sus últimos disparos. Las columnas rechazadas en el Cármen volvieron al ataque y tomaron el punto.

En la calle de la Siempreviva, el Mayor D. Carlos Pacheco atacó con brío la trinchera y fué herido en una pantorrilla, por el casco de una granada que le enviaron desde una de las azoteas; pero no obstante, siguió combatiendo, y su columna diezmada, al llegar al foso, arrojó los costales de paja que llevaba y asaltó la trinchera, en medio de una lluvia de plomo. Allí fué nuevamente herido en una mano, el denodado jefe de la columna, pero á pesar de ésto, tomada la trinchera, siguió comba-

tiendo hasta llegar á la esquina de la plaza; allí fué otra vez herido, por un tiro de metralla, disparado del atrio de Catedral, que le despedazó el muslo izquierdo y dejó fuera de combate á muchos soldados de su valiente columna.

En esos momentos llegaron á la Plaza de armas, como primeras columnas asaltantes, las de los bizarros Mier y Terán y D. Juan de la Luz Enríquez. Minutos después llegaban todas las demás. En el Portal de Morelos, se defendían con desesperación, un grupo de imperialistas, á quienes atacaban con furor los Tenientes Figueroa y D. Santiago Pou (Español) á los que prestó oportuno auxilio D. Juan de la Luz Enríquez, obteniendo un triunfo completo. Desgraciadamente murió en la refriega el Teniente Pou. Instantes después, cuando el sol doraba las agujas de las torres, el Ejército republicano era dueño del recinto de la ciudad y sólo los cerros de Guadalupe y Loreto, donde se habían refugiado los vencidos, lanzaban de vez en cuando, uno que otro cañonazo, cuyos proyectiles ningún daño ocasionaban. Aquel hecho de armas, fué considerado por el Caudillo oaxaqueño, como el más grandioso de los que ejecutó durante la intervención francesa, y efectivamente, sin el asalto de Puebla, mucha sangre hubiera costado la derrocación del Imperio. Tiempo llegará, en que ese triunfo de las armas republicanas, sea, como el 5 de Mayo, de fiesta nacional y regocijo para todos los mexicanos: cuando la historia imparcial, con su severa crítica, avalore en lo que verdaderamente fué de trascendental aquel triunfo, nunca visto en los anales de las guerras mexicanas.

Posesionado de la plaza el General Díaz, mandó desde luego recoger toda la artillería abandonada por el enemigo y la colocó circuyendo los cerros, con el fin de preparar un cañoneo general sobre aquellos fuertes. Como al terminar el asalto, casi ningún soldado tenía parque, pues la escasa dotación que se les hizo, la concluyeron, fué necesario surtirlo de los almacenes que

dejaron los sitiados. A las 9 de la mañana se presentó la división del General Leyva, compuesta de mil infantes, mil caballos y dos obuses; la que no tomó parte en el asalto, porque el 1º de Abril se movió del lugar en que se encontraba, y como la distancia era muy larga le fué imposible llegar antes, no obstante la marcha forzada que hizo.

Los imperialistas vieron llegar esta fuerza y notaron los movimientos de ataque que se proyectaba ejecutar contra los cerros, y comprendieron que el auxilio que Márquez pudiera prestarles, era ya ineficaz; por esta causa á las tres de la mañana del día 4, salió del cerro de Guadalupe, un oficial acompañado de un clarín que tocaba parlamento, y los dos se alumbraban con una linterna; el General Díaz ordenó que se condujera al Cuartel General.

Del cerro de Loreto, se mandó también un porta-pliegos, pidiendo garantías para rendirse. Esos emisarios no fueron devueltos, ni contestados los pliegos. A las 5 de la mañana volvieron nuevos enviados y entonces D. Porfirio ordenó al de Loreto que fuera á decir á su jefe, que los republicanos sólo esperaban la luz del día, para iniciar el ataque y que por eso no contestaba el General en Jefe los pliegos enviados; que no les quedaba á los imperialistas otro medio, que rendirse á discresión, y que si el jefe del cerro de Loreto lo quería, subiera al plano de fuegos del fuerte y allí abriera su capa extendiendo los brazos, lo que sería señal de que se rendía. Al enviado del Fuerte de Guadalupe, no le contestó nada por que supuso, que una vez que el de Loreto se rindiera, aquel haría lo mismo. Así sucedió, pues al recibir la fortaleza de Loreto el jefe comisionado al efecto, salieron del de Guadalupe los Generales Noriega y Tamaríz, General en Jefe uno y Cuartel Maestre el otro, de la Plaza de Puebla.

El General Díaz les recibió en un punto intermedio entre los dos cerros, y como los dos imperialistas hablaban á la vez, quitándose la palabra, Don Porfirio les dijo:

—Señores, ¿quién de vds. es el General en Jefe?

—El Señor— contestó Tamaríz indicando á Noriega; quien contestó á su vez:

—Efectivamente; pero como me enfermé, el mando recayó en el Señor, y señaló á Tamaríz.

—Muy bien—contestó D. Porfirio.–Puede vd. volver á la fortaleza, dijo á Noriega y que hable el Señor Tamaríz que tiene el mando.

Una vez solos, el General Tamaríz pidió garantías para entregar la fortaleza, mas el General Díaz le contestó que eso no era decoroso para el ejército vencedor; que en consecuencia, volviera á la fortaleza, con la seguridad de que no se dispararía un solo tiro hasta que no estuviera en su puesto. El General Tamaríz se desciñó entonces la espada y la ofreció al General Díaz, quien no la aceptó diciéndole:

—Compañero: cíñase vd. su espada; pues aun tiene que tomar algunas providencias relativas á su rendición incondicional. Vuelva vd. á la fortaleza, mande salir formada á la tropa, sin armas, primero á los soldados y después á los jefes y oficiales. Partió Tamaríz y ejecutó lo que se le había ordenado. El General Díaz mandó recibir á los rendidos y conducirlos á la Ciudad, á las prisiones respectivas; pero al ver que salieron los oficiales sin sus equipajes, les dijo que volvieran por ellos á la fortaleza y se llevaran todo, menos las armas. Ese acto les hizo concebir esperanzas de no ser fusilados; pues todos estaban en la creencia de que se les pasaría por las armas.

Cuando regresó de los cerros el General Díaz, los Generales prisioneros que estaban en el Palacio Municipal, solicitaron hablarle á fin de que les permitiera la entrada de algunas personas de sus familias y les dijera de qué tiempo podían disponer para arreglar sus testamentos y recibir los auxilios de la religión.

Les contestó, que podían disponer tranquilamente del que quisieran hasta las tres de la tarde. Esto fué á

las 8 de la mañana del mismo día 4. Se les proporcionó papel sellado y utensilios para escribir, y se les dieron otras piezas para que pudieran separarse en compañía de los sacerdotes, confesarse y hacer sus disposiciones testamentarias. En eso pasaron la mañana hasta las tres de la tarde.

A las tres y media se presentó el General Díaz, y les dijo que tomaran sus sombreros y lo acompañaran, y personalmente escoltado por sus ayudantes, los condujo al Obispado donde estaban prisioneros como 500 oficiales, de Coroneles á Subtenientes.

En aquel momento solemne, cuando todos estuvieron reunidos, el General Díaz les dijo:

—Señores, la ley condena á todos vds. á la pena de muerte . . Un silencio profundo acogió estas palabras, y más de uno de ellos palideció—pero como son vds. muchos–continuó diciendo D. Porfirio–cuando el Gobierno tenga conocimiento del caso, hará gracia de la vida á algunos;más para ello,es necesario que estén en una rigurosa prisión, y yo, que acabo de sufrirla, sé cuan penosa es y por lo mismo quiero evitarles esos sufrimientos, si se comprometen bajo sus firmas á presentarse cuando los llame por la prensa, si así me lo exije el Gobierno. Procedo de este modo, tanto para ahorrarles amarguras, cuanto por la gran confianza que tengo en el triunfo de la República, aun cuando llegaran á ser desleales á su compromiso.

Aquel cuadro antes siniestro, cambió por completo; todos los rostros se iluminaron y en muchos de aquellos aguerridos soldados, la emoción se tradujo en lágrimas de gratitud hacia aquel hombre admirable que les devolvía la libertad y les arrancaba de las garras de la muerte, sin más causa que el alto sentimiento de generosidad que se guarecía en su alma, grande en todos conceptos. El General Tamaríz quedó tan profundamente impresionado por ese hecho de humanidad, inusitado en aquella terrible guerra de exterminio, que jamás lo olvi-

dó; y hasta su muerte, tuvo veneración por el General Díaz, y se esforzó siempre que pudo en manifestarle cuán profunda era su gratitud.

Pero aun hubo otro episodio más conmovedor: en aquel mismo instante, el corazón del valiente Caudillo republicano supo ganarse el cariño de sus enemigos, así como se había ganado los laureles del triunfo.

Es el caso que entre los prisioneros se encontraba el Coronel D. Vital Escamilla, el que siendo Jefe Político de Matamoros, cuando el General Díaz se evadió de su prisión, el imperio pregonó á precio su cabeza y el Conde Thum publicó una circular ofreciendo diez mil pesos á quien aprehendiera ó matara á D. Porfirio, Escamilla, en su calidad de Prefecto y servidor del Imperio, al dar curso á la circular, ofreció que él agregaría de su propio peculio, mil pesos más de los diez mil ofrecidos.

Así pues, cuando todos los prisioneros aceptaron sin temor la libertad, y enchidos de placer y gratitud iban firmando el libro donde constaba su compromiso, y salían en absoluta libertad, D. Vital tuvo temor de que el Caudillo recordara lo de los mil pesos ofrecidos por la cabeza del que tan generosamente le daba la vida, y no se atrevía á firmar, temeroso de que no se le considerase comprendido en aquella conseción. Entonces se valió del General Visoso que era su compadre para que recabara el perdón del General Díaz: éste se lo concedió desde luego, y aunque personalmente no conoció á Escamilla, en aquel momento solemne, no faltó quien se lo señalara; pues Visoso, al pedir el perdón, había supuesto que no se encontraba aquel entre los prisioneros. Estando aun Visoso cerca del General Díaz, éste llamó á Escamilla, por su nombre y le dijo:

—Si aun no está vd. en libertad, es porque no ha firmado, luego que lo haga quedará enteramente libre.

Don Vital profundamente conmovido por tan sublime razgo de generosidad, quiso balbutir una excusa, pe-

ro sólo asertó á decir alguna frase sin ilación. El General Díaz vino en su ayuda y le dijo:

—¿Se refiere vd. á la circular que puso precio á mi cabeza?

—Sí Señor.

—Fué un exceso de celo por parte de vd. y me congratulo de que vd. no haya perdido sus mil pesos ni yo mi cabeza. Aquí tiene vd. esa famosa circular, dijo el General Díaz, y saco de su cartera un impreso que entregó al confundido Escamilla, agregando:

—Esto, Coronel, le servirá de experiencia. Pase vd. á firmar. Firmó Escamilla, quedando en absoluta libertad. Desde entonces fué uno de los más leales amigos del Caudillo Oaxaqueño, y murió siendo Diputado al Congreso de la Unión.

Con aquellos hechos se conquistó el Generrl Díaz el cariño eterno de más de 500 hombres que poco antes eran sus terribles enemigos ¡Cuánto sirve la bondad de alma y la generosidad bien entendida!

He aquí como relata el ilustre poblano Don Manuel María de Zamacona, el glorioso hecho de armas que perdurará en nuestra historia como uno de los más grandiosos.

«Era ya el 1º de Abril. Se obtubo la noticia de que el Lugarteniente del Imperio, con ejército respetable, se hallaba á dos jornadas. Un perspicaz instinto le había hecho comprender, lo mismo que al Jefe de las armas republicanas, que Puebla era el nudo y la clave de la situación. Lo más crítico y grave consistía en el agotamiento de las municiones entre los sitiadores. Etaba el día mediado. Una marcha de honor batida en la garita de México, anunció que el General en Jefe, después de recorrer las línias, volvía como de costumbre al Cuartel General. Apareció, en efecto, seguido de su Estado mayor, al son de los clarines y tambores, y encumbró á galope el cerro de San Juan. El mensajero de San Luis que lo veía conmigo desde el alfeisar de una ventana,

me dijo estas palabras, con toda la vehemencia del patriotismo desolado:—"Hoy todavía hay honores para ese hombre. Mañana él y nosotros vagaremos dispersos y perseguidos por los imperialistas". Bajo estas impresiones, que por desgracia habían cundido en el Cuartel General y entre las tropas, nos sentamos, preocupados y taciturnos á la mesa del almuerzo. El Jefe que la presidía hubo de fijar su atención en el silencio siniestro de los comensales y lo interrumpió de improviso con una de esas frases felices y preñadas de más fuerza moral para un campamento, que la proximidad de un aliado:—"Es presiso, nos dijo, prepararnos á celebrar en México el 5 de Mayo".—Esta idea, tan ajena á las que preocupaban los espíritus, produjo miradas recíprocas de sorpresa. Pero la chispa había prendido. El magnetismo de una resolución valerosa é inesperada, obró sobre los ánimos y los corazones se contagiaron del heroismo al entrever que no era la retirada y la fuga, sino la audacia y la gloria lo que se les preparaba. Crecieron estas impresiones, cuando á la sobremesa, comensaron á llegar los Jefes de las líneas para entrar en consejo y recibir órdenes. Todo fué animación desde entonces en el Cuartel General. La tarde se empleó en los preparativos misteriosos para el asalto. Un gran lienzo empapado de trementina, y tendido sobre el alambre del telégrafo, debía anunciar, ardiendo en la cima de San Juan, el momento en que las columnas se lanzarían sobre la plaza. Lo que pasó en aquella noche histórica, sí lo saben la Nación y el mundo. A la hora convenida, las columnas, rápidas é inflexibles, como saetas, penetraron á la ciudad por todos lados. Poderosas como locomotoras en movimiento, saltaron fosos, arrollaron barricadas, y con precisión cronométrica, se encontraron en la plaza, centro de su cita.

Cuando al clarear el día, yo, testigo obscuro é inútil de la gran hazaña, penetré sobre las huellas frescas del asalto á aquel punto de reunión, el General en Jefe se

encontraba allí concentrando el material de guerra quitado al enemigo y moderando las violencias propias de los momentos en que todavía dura el empuje del ataque y aún no termina la organización de la victoria. El mensajero del interior, que me había hecho la víspera tan lúgubres vaticinios, estaba allí también. Vino á mi encuentro y apretando mi mano con una de las suyas, y señalando con la otra al General en Jefe, me dijo en tono enfático: —"¡Ese hombre es un heroe!"—Y lo fué en efecto en aquel gran día, menos por el esfuerzo heroico que le dió el triunfo, que por la magnanimidad con que supo coronarlo.»

Derrota del General Leonardo Márquez.

Todos los sucesos acabados de narrar, pasaron el día 4 de Abril de 1867, y el día 5, en la mañana, salieron todas las caballerías republicanas con dirección á Apizaco, donde se suponía que estaba Márquez; pero éste marchó de aquel punto con dirección á Huamantla. El dia 6 salió la infantería de Puebla y siguió el mismo derrotero, y en la noche de ese día, llegó al molino de San Diego, donde estaba el General Díaz en asecho de Márquez.

En ese día, en la mañana, salió el General con las caballerías para San Diego Notario; y Márquez, luego que vió á los republicanos, destacó su caballería compuesta en su mayor parte de húngaros y polacos. Los republicanos atacaron con terrible empuje y la rechazaron hasta colocarla entre la línea de batalla que había establecido Márquez y el caserío de la hacienda de San Diego Notario. Entonces Don Porfirio tomó las colinas que estaban fuera del fuego de los cañones enemigos, en tanto que llegaban sus infanterías.

El encuentro de las caballerías fué terrible y hubo muchas pérdidas por ambas partes; pero más por la de los republicanos, debido al fuego de la artillería, pues murieron 118 hombres, y hubo bastantes heridos, entre los

que se contó el Teniente Coronel Don Ignacio Sánchez Gamboa, de Ixcaquixtla, que mandaba un escuadrón de guerrilleros, compuesto en su mayor parte de voluntarios de Tepeaca, Ixcaquixtla y Tepexi. Ese Jefe se adelantó á reconcer al enemigo, y sus soldados se batieron con excesivo valor; un casco de granada le destrozó una rodilla y poco después murió. Los heridos fueron conducidos á Tlaxcala para su curación. Al entrar la noche, apareció la vanguardia de la infantería republicana, y como su jefe no conocía el terreno, personalmente fué el Genral Díaz á establecerlo en el camino de San Diego á Tlaxcala.

Allí se presentó un contratiempo que pudo ser de funestos resultados. Al pasar revista á la infantería, se en contró con que ningún soldado tenía cápsulas. Entonces el General Díaz hizo que dos de sus ayudantes acompañados de sus asistentes, matando los caballos que fuera necesarios, corrieran hasta Puebla y regresaran antes de amanecer, con las cápsulas. Así lo hicieron y al aclarecer el día 7, estaban de regreso.

Márquez se dirigió á la Hacienda de Guadalupe, y los republicanos tuvieron que contramarchar para Tlaxcala, con el fin de cortarlo en el paso de Tortolitas; pues no podían seguirlo á campo atraviesa con trenes de artillería.

En la noche del 7, arribaron á Tortolitas, pero Márquez ya había llegado á Guadalupe y acampado allí. A media noche volvió á salir, y Don Porfirio llegó á dicho punto, al amanecer.

Al emprender la marcha la fuerza liberal, se presentó el Coronel Don Jesús Lalanne, y dijo á Don Porfirio que tenía en el monte de San Nicolás el Grande, mil hombres: 600 infates y 400 caballos. Le ordenó desde luego que hiciera lo posible por detener á Márquez, aunque fuera unos instantes, porque iba á toda priesa, en tanto que lo alcanzaba Don Porfirio haciendo marchar á la infantería junto con la caballería. Al efecto, man-

dó que los batallones 1º, 2º y 3º de cazadores de Oaxaca, montaran á la grupa de la caballería y que varios pelotones de artillería, á cabeza de silla, condujeran algunos cañones.

El valiente Lalanne, cumplió las órdenes recibidas y sus mil hombres pelearon con excesivo denuedo; pero Márquez los destrozó completamente. Sin embargo, se consiguió el objeto; pues detenido por el vigoroso ataque de aquellos heróicos soldados, hubo tiempo de que lo alcanzara la caballería liberal que llevaba á la grupa, como dijimos, á la infantería.

Márquez, se posesionó del caserío de la Hacienda de San Lorenzo, y mandó á su caballería á encontrar á la republicana, creyendo que sólo era tropa de esa arma.

Fué rechazada, después de un duro combate, la caballería de Márquez, hasta la Hacienda, y Don Porfirio comenzó á establecer una línea de circunvalación, colacando sus batallones según iban llegando, y comenzó á batirlo hasta obligarlo á penetrar al caserío; pues estaba acampado en los barbechos y había dejado el casco de la finca como punto de defensa contra el fuego de cañón.

El día 9, al obscurecer, un Ayudante del General Guadarrama, le manifestó que aquel General que había salido de Querétaro en observación de Márquez, tenía cinco mil caballos y que estaban á su disposición. El General Díaz ordenó á Guadarrama que atacase á Márquez con toda su caballería, cortándole el paso por el Sur y el Occidente para cerrar el sitio de la Hacienda. Márquez comprendio la idea de Don Porfirio y entonces hizo salir un carro cargado con dinero y escoltado por un escuadrón de húngaros. Derrotados éstos por la caballería de Guardarrama, los soldados se apoderaron del dinero, dedicándose al pillaje, lo que entorpeció las operaciones que iba á ejecutar Guardarrama, y en medio del desorden que el botín metálico produjo, pudo Márquez salirse con rumbo á San Cristóbal, tomando la carretera que conduce á Texcoco. Luego que tuvo conocimiento de ésto

D. Porfirio, mandó á los presidentes municipales de Calpulalpan, que estaban con él, que inmediatamente fueran á destruir el puente de S. Cristóbal, único punto por donde podía pasar Márquez, y salió en persecución de éste con las caballerías de Toro y de Leyva. En el camino se le unieron Lalanne y Guadarrama con sus dragones.

Márquez, al tener noticia de que el puente estaba destruido, mandó que se adelantaran los ingenieros á componerlo; mas éstos cometieron la torpeza de meter el carro que llevaba las herramientas por el puente que no es taba acabado de destruir, y en las vigas que lo formaban, había unos claros por los que metieron los pies las mulas y quedó el carro obstruyendo el puente. Esto hizo que Márquez no pudiera pasar su artillería y la arrojó al fondo de la barranca, atravesando con muchos trabajos por las orillas del puente la caballería y la infantería, en completo desorden, consiguiendo á duras penas que pasaran en hombros dos piezas de montaña. En esas condiciones lo alcanzaron los republicanos y comenzaron á batirlo. Él, por lo pronto, pensó que podía defenderse del otro lado del puente, y con los pocos elementos que le quedaban, estableció una línea de defensa; pero luego que fué atacado rudamente, huyó, y los republicanos tomaron prisionera á toda su infantería que era como de dos mil hombres. Siguieron persiguiéndolo á corta distancia, y al llegar á la Hacienda Blanca, hizo una última y desesperada resistencia, causando algunas pérdidas á sus perseguidores, quienes le quitaron allí las dos piezas de artillería únicas que le quedaban. En este ataque perdió la vida el Coronel Don Mucio Maldonado.

La tropa de Don Porfirio estaba enteramente fatigada y por eso ordenó al General Leyva que siguiera la persecución con sólo la caballería. Leyva lo persiguió durante la noche y parte del dia siguiente hasta cerca de Chalco, ayudado por los indios cazadores de patos de los lagos de Texcoco y Chalco; viéndose obligada la caba-

llería de Márquez á cruzar por pantanos en los que se atascaban los caballos, y con gran dificultad conseguían salir los ginetes. A estos horribles peligros se unía el fuego que desde las márgenes se les hacía; y sin embargo, Márquez consiguió entrar en México, sano y salvo.

Luego que el General Díaz llegó á Texcoco, mandó que allí se le reunieran todas las fuerzas que venían en camino, y envió una sección de ingenieros al General Carreón que había quedado cuidando el material de guerra que Márquez abandonó en el puente de San Cristóbal para que sacaran de la barranca la artillería arrojada allí por el enemigo, y con todo el material de guerra y prisioneros que se le unieron en Texcoco.

Sitio de México.

Permanecieron los republicanos dos dias en Texcoco, y una vez unidas todas las tropas que formaban el Ejército de Oriente, el 13 de Abril partieron para Ecatepec y la Villa de Guadalupe, abandonados por los imperialistas. En esta última, estableció provisionalmente su Cuartel General, que después transladó á Tacubaya. Comenzó á formar su línea de aproche por el occidente de la ciudad, la que no pudo cercar desde luego porque las fuerzas de Guadarrama fueron llamadas de Querétaro.

Para establecer un sitio formal á México se necesitaban muchos pertrechos de guerra y buena dotación de artillería, dado el gran perímetro de la ciudad que desde el tiempo de la conquista jamás había sido sitiada formalmente. Don Porfirio se proveyó de cañones fundidos en Panzacola que le transladaban por el ferrocarril de Apizaco, así como todas las municiones de que hizo uso durante el sitio. Como en Puebla había más de doscientas piezas de artillería desmontada, en almacén, y cerca de ochenta en servicio, que quedaron en poder de los republicanos cuando asaltaron la Ciudad, el General Díaz hizo que en los talleres de Panzacola armaran esos

cañones y se los remitieran, con los cuales y las doce piezas rayadas del sistema austriaco que fundió en Oaxaca, eran suficientes para el ataque de la Capital.

No acababa aun de cercar á México, cuando recibió carta del General Escobedo, quien le manifestaba que gustoso se pondría bajo sus órdenes, si iba D. Porfirio á auxiliarlo á Querétaro; pues no le era suficiente el refuerzo que le había mandado con D. Juan N. Méndez. Contestó que se movería luego que recibiera de Puebla municiones bastantes para servir á los dos ejércitos, al de Querétaro y al que sitiaba á México. Cuando se disponía Don Porfirio á hacerlo, recibió otra carta en la que se le decía que había dificultad para obtener víveres para todas las tropas. En vista de ésto se resolvió continuar el sitio, porque juzgó con acierto que dejar á Márquez que se rehiciera de las pérdidas sufridas, era tanto como prolongar el triunfo de la República.

Antes de cerrar el sitio, Márquez hizo una tentativa para salir de la Ciudad, y atacó con el grueso de las fuerzas de que disponía, por un punto situado entre la Escuela de Agricultura y la Hacienda de la Asunción. El Coronel Téllez que defendía el lugar huyó hasta Azcapozalco, lo que sabido por D. Porfirio se trasladó con su Estado Mayor á aquel sitio y con la fuerza de Cravioto que estaba más cerca, y ayudado por el fuego de la artillería, hizo volver á los sitiados á la plaza.

Cuando aun no estaba completo el cerco de la Ciudad, salió el padre Fischer, Secretario de Maximiliano, á hablar con el General Díaz, quien le recibió en la Hacienda de Morales; hecho que pasó el 18 de Abril. Le propuso dicho personaje, la abdicación del Emperador, á condición de que se le dejara salir del país. Contestó D. Porfirio que no tenía facultades para tratar del asunto, y mandó regresar á la plaza al padre, dando cuenta al Gobierno de lo acontecido.

Pocos días después, la Princesa Salm Salm, hizo iguales proposiciones y recibió idéntica respuesta.

Los sitiados intentaron diversas veces romper la línea de circunvalación; pero fueron rechazados y el sitio continuó con más vigor.

El 15 de Mayo, el General Escobedo, comunicó al General Díaz que había tomado la plaza de Querétaro y tenía prisioneros al Emperador y á los Generales Mejía y Miramón. Don Porfirio hizo comunicar esa noticia á los sitiados, pero Márquez ordenó que se desmintiera para concervar la moral de sus tropas; mas cuando vieron que se concedió permiso para que salieran los defensores de Maximiliano, que lo fueron el Lic. Don Rafael Martínez de la Torre y Don Mariano Riva Palacio, entonces se creyó en la noticia y el desaliento cundió entre los imperialistas.

Márquez hizo un supremo esfuerzo y á la cabeza de doce mil hombres, intentó salir por la Piedad, el día 9 de Junio. El General Díaz que estaba en su Cuartel General de Tacubaya, al oir el fuego de cañón que se hacía por el Puente de Los Cuartos, salió con su Estado Mayor y una escolta, y se dirigió á dicho puente. En el camino encontró al Coronel Don Venancio Leyva, el que le dijo que el referido Puente había sido forzado, y destrozado su batallón.

Como cerca estaba el campamento de Terán que tenía á su mando los batallones 1º, 2º y 3º de Cazadores de Oaxaca, tomó Don Porfirio el 1º y lo condujo á paso veloz hácia el puente que ya casi estaba en poder de Márquez, y que debido al esfuerzo del Teniente Coronel Jaramillo y del Mayor Don Manuel María Zamacona, quienes con los restos del batallón de Leyva hacían una desesperada resistencia, no había caído aún en poder de los imperialistas. Aquellos valientes soldados, al ver aproximarse al General Díaz, redoblaron su resistencia Poco después se presentaron al lugar del combate la caballería del Coronel Don Francisco Naranjo, al mando de Loera y la de Don Félix Díaz, á quienes ordenó Don Porfirio que respectivamente formaran, Don Félix, en

los llanos de Navarrete, y Loera, entre la Condesa y Chapultepec; en tanto, la artillería funcionaba con éxito sobre las columnas de Márquez que retrocedieron con mucha dificultad, pues tenían que pasar por un pequeño puente que tendieron sobre una zanja, lo que ocasionó que tuvieran muchos heridos, que quedaron abandonados entre el trayecto que hay de la Piedad al Puente de Los Cuartos; pues después de que las tropas de Márquez volvieron á sus trincheras, hacían un fuego nutrido sobre los republicanos que pretendian recojer á los heridos. Fueron muertos y heridos también varios ambulantes de los que iban á ejecutar aquella humanitaria obra, sin que se hubiera respetado la bandera de la ambulancia. Ese proceder bárbaro por parte de Márquez, hizo que perecieran aquellos desgraciados en los más horribles tormentos por falta de auxilios, abandonados en la intemperie, siendo así que eran de sus tropas. Este rasgo pone de relieve la crueldad de aquel hombre á quien no en vano se le puso por mote «La Pantera.»

Rendición de México.

Después de aquella intentona no volvió Márquez á pretender romper el sitio, y éste quedó completamente establecido de la manera siguiente:

El Cuartel General, se instaló en Tacubaya.

El General Corona con la División de Occidente, en la Villa de Guadalupe.

El General Riva Palacio, con la División del Sur, en Mexicaltzingo.

El General Hinojosa, quien después fué Ministro de Guerra y Marina, con la División del Norte, en el Peñón Viejo.

El General Naranjo, con la caballería, en la Hacienda de los Morales y el General Don Félix Díaz, con la caballería que había llevado de Oaxaca, en la Hacienda de Portales.

El General Terán con la primera Brigada, organizada por el General Don Manuel González, y los batallones Fieles de Oaxaea, Ingenieros, Escuadrón de Juárez y la escolta del Cuartel General, formaban la reserva.

El ejército sitiador se componía de veinticinco mil hombres y el sitiado de doce mil.

Como la noticia de la toma de Querétaro había desmoralizado á los sitiados, la condición de éstos era ya insostenible. En consecuencia, se hacían frecuentes proposiciones de varios jefes para defeccionar y facilitar la toma de la plaza; mas Don Porfirio no las aceptó por la seguridad en que estaba de que aquella se rendiría incondicionalmente.

El principe Khevenhüller, jefe de los austriacos y de los húngaros, luego que supo que Maximiliano estaba preso, se comunicó con el General Díaz, y le dijo que si le dejaba embarcarse en Veracruz con toda la tropa que estaba á sus órdenes, no tomaría parte en la defensa de la plaza, pues que su objeto al venir á la República había sido servir á Maximiliano; pero que una vez preso éste, la resistencia que se hiciera, más bien le perjudicaría que aprovecharía de algún modo.

El General Díaz le contestó que se le concedería lo que solicitaba, si rompía la línea y se le presentaba con sus tropas, entregando sus armas y caballos. El Príncipe manifestó que le era imposible hacerlo; pero que se encerraría en el Palacio Nacional, izaría una bandera blanca al comenzar el combate y no tomaría parte en él.

Después de que se tomó la plaza, por mediación del Barón de Csismadia á quien el General estaba agradecido por las consideraciones que le guardó cuando estuvo prisionero, se le concedió que conservara su mando y sus armas, durante tres días, á condición de no salir del Palacio Nacional, quedando bajo su vigilancia el archivo. Algún tiempo después ordenó Don Porfirio que se le recogieran las armas y se le facilitaran recursos para em-

barcase en Veracruz. Lo mismo se hizo con el Capitán francés Chainét que había hecho iguales proposiciones y uno y otro se embarcaron en *El Novara.*

También Don Nicolás Portilla que figuraba como Ministro de Guerra del Imperio, por intermedio de la esposa de Don Juan José Baez, ofreció la entrega de la plaza; pero el General Díaz no hizo aprecio de esa proposición.

El General O'Horán, por conducto de un hermano del Lic. Don José María Aguirre de la Barrera, quien después fué Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, solicitó hablar con Don Porfirio, diciendo que era conveniente al General, lo que tenía que decir. El enviado entregó una linterna con un lente rojo, diciéndole que al mostrar la luz roja saldría O'Horán á conferenciar.

El General Díaz se acercó en la noche hasta la Garita de Peralvillo, antes del Rancho de la Vaquita, y se colocó dentro de una zanja con cuatro muchachos tambores, (el motivo de haber elegido muchachos, fué porque está probado que, para casos como ese, son mejores, pues no tienen miedo) y sacó la linterna. Apenas aparecieron los destellos de la luz roja, de la trinchera cercana, hicieron un fuego nutrido de fusilería y metralla, que afortunadamente no le hizo daño, por estar dentro de la zanga. Sin esa precaución, lo probable es que no hubiera quedado con vida; por su puesto que O'Horán no se apareció. Calmado el fuego, salieron los muchachos uno por uno, y después Don Porfirio y regresó á su puesto por los potreros y no por el camino, pues estaba enfilado por los fuegos de artillería.

Al día siguiente mandó O'Horán á decirle que lo dispensara por lo acaecido; pero que cuando la luz roja apareció, estaba Márquez en la trinchera, comprendió que la luz era señal del enemigo y mandó hacer fuego. Le rogaba que volviera á esperarlo. Fué Don Porfirio en la noche hasta la Vaquita, salió O'Horán, y le ofreció entre-

garle la plaza, á Márquez y á los demás jefes principales, si le concedía un pasaporte para el extranjero.

—No puedo hacer lo que me propone Ud., contestó Don Porfirio, porque la plaza la conceptúo mía; en cuanto á los jefes, yo cumpliré con mi deber.

—Está bueno, General, dijo O'Horan: la plaza será de Ud., pero no los *pollos grandes*; en tanto que si acepta mi propuesta, todos caerán en su poder.

—Ya dije á Ud. lo que resuelvo.

- ¿Tiene Ud. mucho empeño en fusilarme?

—No señor, contestó Don Porfirio. Si Ud. cae en mi poder, haré lo que sea mi obligación.

¿Si sabe Ud. donde me escondo, me mandará aprehender?

—Si alguien me lo dice, ordenaré que lo aprehendan; no puedo hacer ni más, ni menos.

—Está bueno—arguyó el imperialista al marcharse—Ojalá que pueda Ud. deberme algo.

Se retiró, y al irse, se llevó á uno de los centinelas avanzados que había colocado el General Díaz, sin que éste hubiera sabido con qué objeto lo hizo.

Por último, el General Tavera mandó ofrecer en representación de Márquez, que entregaría la plaza con ciertas condiciones. Se le contestó que no se aceptaba la rendición, sino incondicionalmente; y al efecto, si quería hablar con el General Díaz, fuera á verlo en presencia de algunos Generales del ejército sitiador. Se presentó el General Tavera y lo recibió Don Porfirio en la Casa Colorada, siendo testigo el General Alatorre. Lo invitó á almorzar y le manifestó que ninguna condición podía conceder para el rendimiento de la plaza. Regresó Tavera sin comprometerse á nada, y con el solo objeto de dar cuenta á Márquez de los resultados de su comisión.

Al día siguiente mandó un recado con el Cónsul de los Estanos Unidos Americanos, Mr. Marcus Otterbourg, con las mismas pretensiones; pero no permitió el Gene-

ral Díaz que saliera del carruaje que lo había conducido á la calzada de Chapultepec, donde aquel estaba, y le mandó decir que iba en esos momentos á romper el fuego sobre la plaza y le daba cinco minutos para que regresara; que si en ese tiempo aun estaba sobre la calzada el coche, haría fuego sin consideración ninguna.

Regresó el Cónsul, y cuando su carruaje estuvo más allá de la estatua de Carlos IV, se dió la señal de fuego, y la artillería comenzó á disparar en toda la línea, moviéndose todas las columnas hacia los puntos que tenían á su frente.

Cuando el humo de la artillería impidió á los sitiados ver el movimiento de las columnas de ataque, éstas regresaron á sus puestos, sin ser notada la maniobra por el enemigo; pues la órden se dió por medio del telégrafo de banderas.

Los sitiados suspendieron sus fuegos, y á poco el vigilante del Caballero Alto, avisó que en las torres de Catedral, flameaba una bandera blanca.

Suspendieron el ataque los republicanos y entonces se vió que en todas las trincheras ondeaban banderas de igual color.

Al mismo tiempo apareció en la Calzada de la Reforma un coche de bandera blanca, en el que iban los Generales Piña, Díaz de la Vega y Palafox, comisionados por Tavera para entregar la plaza incondicionalmente; pues Márquez desde el día anterior había desaparecido de la ciudad.

Cuando llegaron á Chapultepec, los recibió el General Alatorre por oredn de Don Porfirio, y se firmó una capitulación incondicional que fué ratificada en el mismo día por Tavera y el General Díaz, y la cuál dice así:

«El General de Brigada del Ejército Republicano C. Ignacio Alatorre, nombrado por el General en Jefe del Ejército de operaciones, C. Porfirio Díaz, para ajustar la ocupación de la plaza de México, y los Señores Generales del Ejército Imperial, Don Miguel Piña, Don Carlos

Palafox y Don Manuel Díaz de la Vega, nombrados por el Señor Gral. D. Ramón Tavera, después de mostrarse sus respectivos poderes y encontrándolos en forma, han convenido en los artículos siguientes:

1º Cesan desde luego las hostilidades hasta la ratificación del presente convenio.

2º Las vidas, propiedades y libertad de los habitantes pacíficos de la plaza, quedan bajo la garantía y protección del General Díaz.

3º El Señor General Tavera, nombrará una comisión compuesta de tres personas que pondrán la plaza á disposición del General Díaz, en la forma siguiente:

Un empleado de Hacienda, para este ramo; un General para las fuerzas imperiales y un jefe de Artillería para el material de guerra. El General podrá ser el Jefe del Estado Mayor. Igual número de personas serán nombradas por parte del C. General Porfirio Díaz para hacer la recepción.

4º Las fuerzas imperiales nacionales, al ser reelevadas en las líneas que ocupan, se reconcentrarán en la Ciudadela, donde quedarán reunidas para su entrega. La contraguerrilla «Schenet» se acuartelará en San Pedro y en San Pablo, y las otras fuerzas extrangeras en Palacio.

Los Señores Generales, Jefes y Oficiales, conservarán sus espadas y se presentarán en los locales que se designen á la hora que acordarán los Señores Generales en Jefe. En dichos locales permanecerán hasta que el C. General Díaz reciba instrucciones.

Los artículos anteriores se ejecutarán á la hora que se fije, después de ratificado el presente convenio, del que se sacarán dos ejemplares.

Chapultepec, Junio 20 de 1867.—I. R. Alatorre, Miguel Piña, Carlos Palafox, M. D. de la Vega.

Ratifico el presente convenio.—Porfirio Díaz.

Ratifico el presente convenio.—Ramón Tavera.

Al siguiente día de firmado el convenio, los republi-

canos ocuparon la ciudad y su General en Jefe, Don Porfirio Díaz, para evitar el pillaje y conservar el orden, nombró un servicio con tres batallones de cazadores de Oaxaca que le merecían confianza y distribuyó patrullas que recorrieran la ciudad, formadas de soldados de los batallones Libres de Oaxaca, Lanceros de Oaxaca y Escuadrón de Juárez, para que condugeran á los delincuentes á la Diputación.

Al tomar la plaza el General Díaz, dió orden de que ninguno saliera de la Ciudad sin autorización escrita del Cuartel General, ni que entrara nadie sin requisito igual; pero los imperialistas no esperaron, como se les tenía mandado, la llegada de las fuerzas republicanas, las que tuvieron que recoger las armas, las municiones y los materiales de artillería y sólo pudieron hacer en las primeras horas de la mañana, siete prisioneros, lo que visto por D. Porfirio, publicó una circular, dando el plazo de 24 horas, para que todos los jefes y oficiales que habían servido al imperio, así como los jefes de oficinas, consejeros y ministros, se constituyeran prisioneros.

Pasaron las 24 horas, y muy pocos se presentaron. Entonces mandó que la policía buscase á los que indicaba la circular y fué aprehendido el General D. Santiago Vidáurri, quien había sido hasta los últimos momentos del Imperio, Ministro de Hacienda y Jefe del Gabinete de Maximiliano, y estaba designado como Regente para el caso de que aquel muriera. Además, había contribuido á la prolongación de la guerra; por lo cual había incurrido en las penas terribles de las leyes vigentes en aquella época. Luego que fué identificado se le mandó fusilar, para escarmiento de los que no habían obedecido lo ordenado en la circular á que se ha hecho referencia. Después de la ejecución se prorrogó por doce horas el plazo concedido en la circular, advirtiendo que durante esas doce horas la policía suspendería sus pesquisas. Esa medida dió como resultado inmediato que se presentaran desde luego todos los designados en la circular, con excepción

de Márquez y de O'Horán; pero este último fué aprehendido cuando ya D. Benito Juárez estaba en la Capital.

El Presidente Don Benito Juárez iza solemnemente el pabellón mexicano en el Palacio Nacional.

El General Díaz salió á encontrar al Presidente de la República, D. Benito Juárez, hasta Tlanepantla.

Cuando iban á comer el Presidente y el General Díaz, aquel manifestó á éste que su escolta, desde hacía muchos dias, no recibía sueldo, y que si estaba en posibilidad de poder cubrir esa urgente necesidad. Contestó el General Díaz que sí podía cubrirla, como en efecto lo hizo. Animado el Presidente con aquella respuesta, dijo que los ministros también hacía tiempo no recibían sueldos; que si les podía dar algo. D. Porfirio respondió afirmativamente, y así fué como el Presidente ordenó que se le dieran diez mil pesos con cargo á ese ramo, y permaneció en Chapultepec, mientras se disponía su entrada solemne. Entretanto Don Porfirio mandó construir una gran bandera para que el Sr. Juárez personalmente la izara en el Palacio Nacional á su entrada, pues tenía empeño aquel de que realizara los deseos que en una carta le había expresado, cuando se consideraba difícil recobrar la Capital. En esa carta decía: «Volveremos á izar la bandera mexicana en el Palacio Nacional,» y como aquel pronóstico se había cumplido, recordando las frases el General Díaz, quiso que realmente se hiciera como antes lo había predicho el ilustre Presidente. Así se verificó el 15 de Julio de 1867 á la entrada triunfal del Ejército Republicano y su Presidente.

El Gral. Díaz, cuando aun estaba Juárez en S. Luis Potosí, le escribió suplicándole que lo eximiera de la orden que le había dado de reducir á prisión al Ministro francés cerca de Maximiliano, por que no le parecía prudente; y además le indicó que, como ya no había enemigo en el país con quien combatir, no tenía inconvenien-

te en entregar el mando del Ejército de Oriente á quien le indicara.

Después de la entrada del Señor Juárez, por decreto de 27 de Junio de 1867, cesaron las facultades extraordinarias concedidas á los jefes del Ejército en campaña y se redujo éste á 5 divisiones.

La del Norte, quedó al mando del General Escobedo; la del Sur, al del General D. Juan Alvarez; la de Oriente, al del General D. Porfirio Díaz, la de Occidente, al del General Corona y la del Centro, al del General Régules.

El General Díaz, al entregar el mando del Ejército de Oriente, rindió cuentas y de ellas resultó que su contabilidad que, como se recordará, comenzó con los $4.000 quitados á Visoso el 1° de Octubre de 1865, ascendió al terminar el sitio de México á la respetable suma de ciento cuatro mil pesos, existencia que puso á disposición del Gobierno en la Comisaría principal de Rentas del Distrito Federal; tres mil quinientos diez y siete pesos quince centavos, en la oficina de Contribuciones, y ocho mil ciento ochenta y cuatro pesos diez y nueve centavos, en la de Correos, después de haber cubierto con la exactitud posible los gastos de sus tropas. Este hecho habla muy alto en favor de la moralidad y economía de las fuerzas que estuvieron á sus órdenes y del talento financiero y honradez sin tacha de su ilustre Caudillo.

Rendidas sus cuentas, pidió su liquidación por los sueldos que se le adeudaban, y convino con el Sr. Juárez en que se considerase como si hubiera recibido una tercera parte de ellos, liquidándosele por el resto que ascendió á la suma de 21 mil pesos. Esta cantidad nunca la sacó el General Díaz de la Tesorería; pero el Presidente Juárez ordenó al apoderado de D. Porfirio, Sr. D. José de Teresa, que la sacara, quien la conservó en su poder, hasta que D. Justo Benítez dispuso de ella para sostener un periódico.

Cuando el General Díaz supo que sólo le quedaban $4.000 ordenó al Sr. de Teresa que se los remitiera; pero

dichos $ 4.000 se habían perdido en un robo que sufrió la casa del Sr. de Teresa, y éste ofreció pagarle el 50 por ciento. Esta insignificante cantidad recibió, en suma, el denodado Caudillo oaxaqueño por sueldos en aquella titánica lucha que comenzó con un puñado de guerrilleros mal armados y peor disciplinados, cuando se evadió de su prisión de Puebla, y que terminó devolviendo al Gobierno de la República un ejército de 25 mil hombres y una suma de dinero sobrante de ciento quince mil pesos.

Pocos días después se retiró, cubierto de gloria y honores, al Distrito de Tehuacán donde estableció su Cuartel General con la 2ª División.

Aquí puede decirse que terminó el período más hermoso de la vida militar del General Díaz, predestinado á ser una de las más grandes figuras de la historia patria; ya como guerrero; ya como hombre de Estado.

***

Aquí también damos fin á la historia del hombre que en nuestro concepto ocupa el primer sitio entre los héroes contemporaneos.

Bien pudiéramos haberlo seguido en los demás acontecimientos culminantes, que han determinado la consolidación de la paz con todas sus consecuencias políticas, económicas y sociales, que han traído la grandeza de nuestra Patria, si no fueran tan recientes y de todos conocidos que bien podrían acarrearnos la sospecha de parciales ó apasionados.

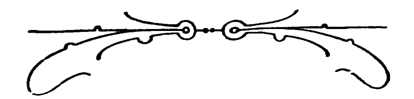
La batalla de Epatlán, acción íntimamente ligada á la vida guerrera del ilustre Caudillo y donde el General Mucio Martínez, actual Gobernador del Estado de Puebla, dió pruebas de grande arrojo y pericia en el arte militar, con la brillante carga de caballería en aquella sangrienta y memorable función de armas; Tecoac, clave del actual orden de cosas y de donde salieron la mayor parte de los hombres que secundan la política de

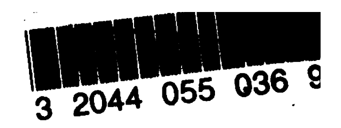
regeneración del país; la evolución económica, pública y privada de la nación, que ha abierto el triunfal camino que recorre actualmente; el desarrollo social é intelectual á que hemos llegado, gracias á esos dos factores importantísimos que han logrado fijar de una manera definitiva el porvenir de la República, son hechos que se han sucedido á nuestra vista y que al abordarlos en este libro, nos atraería, como ya dijimos, sin duda alguna, el dictado de parciales. Preferimos dejarlos, pues, á las generaciones que nos reemplacen, para que ellas, con espíritu más sereno, puedan juzgarlos y apreciarlos en todo su valer.

FIN DE PORFIRIO DIAZ ANTE SUS CONTEMPORANEOS.

INDICE.

PAGINAS.





[redacted]